

MOROS Y CRISTIANOS

(Declarada Fiesta de Interés Turístico)



ELDA,

del 7 al 10 de Junio de 1985

Joyería RAFA

Plaza Sagasta, 15 - Telf. 391392



Foto-Cine RAFA

LABORATORIOS COLOR

Juan Carlos I, 34 - Telf. 382859

ELDA



Moros y Cristianos

ELDA,
del 7 al 10 de Junio de 1985

sumario

- SAN ANTONIO ABAD.
- SALUDO DE LA JUNTA CENTRAL
- SALUDO DEL ALCALDE
- JUNTA CENTRAL DE COMPARSAS DE MOROS Y CRISTIANOS.
- MAYORDOMIA DE SAN ANTON Y COMISION DELEGADA.
- PREGON DE LAS FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS, por Juan Antonio Vallejo-Nágera.
- XIV CONCURSO NACIONAL DE DIBUJOS DE HUMOR 1984.
- VALIO LA PENA FUNDARLA, por Juan Vera.
- PREMIOS FOTOGRAFIAS.
- FALTABA UN JUGLAR, por Carolina Gonzálvez.
- INCORPORACION DE ELDA Y PETREL, Y LOS VALLES DEL VINALOPO AL REINO DE VALENCIA CON LA EXCEPCION DE VILLENA Y SAX, por José Navarro Payá.
- LOS DOS CONGRESOS, por Vicente Prats Esquembre.
- LOS MOVILES OCULTOS (CUATRO TELEOLOGIAS SOBRE LA FIESTA), por Alfredo Rojas.
- LA MAHOMA, por José B. Blanes.
- LOS MUSULMANES, por Paquita Díaz de Sáez.
- COMPARSA DE ZINGAROS, por José A. Sirvent.
- COMPARSA DE CONTRABANDISTAS, por José A. Sirvent.
- COMPARSA DE CRISTIANOS, por José A. Sirvent.
- COMPARSA DE PIRATAS, por José A. Sirvent.
- COMPARSA DE ESTUDIANTES, por José A. Sirvent.
- COMPARSA DE MUSULMANES, por José A. Sirvent.
- COMPARSA DE MOROS MARROQUIES, por José A. Sirvent.
- COMPARSA DE MOROS REALISTAS, por José A. Sirvent.
- COMPARSA DE HUESTES DEL CADI, por José A. Sirvent.
- A LAS FIESTAS DE ELDA, por Concepción Quero.
- ABANDERADAS Y CAPITANES 1985.
- LA FIESTA COMO MANIFESTACION COLECTIVA, por José B. Blanes.
- ACRISTIANANDO LO MORO EN ELDA, UNA CRUZADA IMPOSIBLE, por Antonio Guillén Gómez.
- UNA HISTORIA ZAPATERA, por Serafin.
- REFLEXIONES PARA EL II CONGRESO, por Luis Sánchez Sánchez.
- LA RECONQUISTA. LOS PAPAS BORGIA. LA MEDIA LUNA, por José Navarro Payá.
- SOLEDAD, por Evangelina Lorenzo.
- LOS ENTRESIJOS DE UN CONGRESO, por Salvador Doménech Llorens.
- LA CALLE NUEVA, por J. Tomás Aguado V.
- LA FIESTA Y LA HERMANDAD, por Joaquín Camarena Reig.
- EL SANTO Y LOS HOMBRES DE LA FIESTA, por Antonio Mallebrera.
- LAS FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS ES UN HECHO HISTORICO. ¿ES IMPRESCINDIBLE EL CASTILLO?, por Vicente Valero Bellot.
- RESUMEN DE UN AÑO DE FIESTA.
- JUNTAS DIRECTIVAS DE LAS COMPARSAS DEL BANDO CRISTIANO 1985.
- JUNTAS DIRECTIVAS DE LAS COMPARSAS DEL BANDO MORO 1985.

Edita: JUNTA CENTRAL DE MOROS Y CRISTIANOS

Imprime: GRAFICAS DIAZ, S.L.

Marte, 6 - Alicante

Depósito legal: A.309-1985



SAN ANTONIO ABAD

Bajo cuya advocación se celebran las Fiestas
de Moros y Cristianos de ELDA



Saludo de la Junta Central

Comentábamos el pasado año, aprovechando el Saludo de la Junta Central, que para la Fiesta y la gran masa de festeros e incondicionales con que tenemos la suerte de contar, se acercaban unas fechas interesantísimas y dignas de tener en cuenta por todos: las Bodas de Oro de nuestra Fiesta de Moros y Cristianos.

Admitiendo como buena la fecha de 1944, como el verdadero arranque de la reiniciación de la actividad festera en honor de San Antonio Abad, nuestro Santo Patrón, y también de los animales irracionales; si dejamos en el recuerdo histórico los años anteriores a 1883, en los cuales sabemos que estas conmemoraciones ya se celebraban; si en 1969 conmemoramos las Bodas de Plata de nuestra actual Fiesta, lógicamente en el muy próximo 1994 debemos de aprestarnos a celebrar, con el máximo esplendor, las Bodas de Oro de nuestros Moros y Cristianos.

En la vida de esta Fiesta, a la que auguramos una feliz supervivencia, a poco esfuerzo que hagamos todos para mantenerla, y se sepa guardar el turno y la oportunidad para dirigirla, 41 años no son suficientes para su consolidación definitiva. Si desde entonces hasta ahora, los logros conseguidos no han sido muy notables ni tan acertados, como algunos suponen, lo que sí es innegable es que se ha conseguido una superación nada despreciable. Hemos hecho avances dignos de tener en cuenta, a poco que recordemos las delicadas situaciones, felizmente superadas, que pusieron en peligro la supervivencia y el entusiasmo de aquellos pioneros que las reiniciaron están ya, por muchos, olvidadas. No podemos, a estas alturas, permitirnos el lujo de innovaciones impensadas y difícilmente realizables, que pondrían en peligro lo bueno que se haya conseguido, a cambio de la inseguridad de que fueran beneficiosas para todos. La Fiesta no es de unos pocos, sino de todo un Pueblo que está dispuesto a ofrecer lo mejor que tiene, en todos los aspectos, a cambio de un tolerable sacrificio.

Hoy, todos los actos que se realizan tienen una sólida base y unos bien estudiados principios, que pueden ser superados sin precipitaciones nada aconsejables. El que más trabajo y preocupaciones nos ha dado es el acto del Alardo o Guerrilla y Embajada; pero si el pasado año logramos estrenar Castillo propio, éste, gracias a la inestimable colaboración de nuestras primeras Autoridades, vamos a estrenar una ubicación más apropiada de nuestro Castillo y espero que todos los festeros nos hayamos hecho merecedores a esa confianza que en todos nosotros ha depositado nuestro Ayuntamiento.

Las Bodas de Oro de la Fiesta de Moros y Cristianos deben de marcar un hito, digno de tener en cuenta, y nuestros deseos de llegar a él paso a paso, y confiando con el entusiasmo y dedicación de todos, conseguirlo. Empleemos para ello todo el esfuerzo que podamos con el fin de dignificar la Fiesta, al mismo tiempo que demostrar a nuestro Pueblo que somos dignos continuadores de la misma, y de aquel sacrificado esfuerzo de los que, con tanto entusiasmo, las hicieron posibles en aquél, ya lejano, Enero de 1944.



ALCALDIA

Queridos amigos:

Un año más llegan a nosotros las tan esperadas Fiestas de Moros y Cristianos. Nunca como en estas ocasiones la alegría se desborda por nuestras calles y plazas, llenándolas de color y bullicio, haciendo de la tradición una festividad popular y participativa. Cada eldense está presente en las fiestas, desbordando la ciudad envuelta en música.

Como Alcalde de Elda y como un ciudadano más, quiero haceros llegar mis mejores deseos para todos, el reconocimiento que debemos a la magnífica labor de las comparsas para engalanar y dar vida a la fiesta, y el deseo de que todos sepamos aprovechar estos días para realizar un encuentro con nuestros ciudadanos en tan entrañable ocasión.

ROBERTO GARCIA BLANES



Junta Central de Comparsas de Moros y Cristianos

Presidente:

JENARO VERA NAVARRO

Vicepresidente 1.º y Contador:

JUAN MARTINEZ CALVO

Vicepresidente 2.º:

JUAN CARLOS SANCHEZ LOPEZ

Secretario:

JOSE RAMON GANGA GONZALEZ

Tesorero:

VICENTE VICENT VIDAL

Delegado de Prensa y Radio:

JUAN DELTELL JOVER

Delegado del Excmo. Ayuntamiento:

LUIS GABRIEL TORREGROSA MIRA

Delegado de Fotografía:

FRANCISCO SANTOS GONZALEZ

Secretario de Actas:

ROMUALDO GUALLART CREMADES

Vocales Natos:

Los nueve presidentes de cada una de las Comparsas.

De los Cristianos:

VICENTE QUINTANILLA COLOMINA

De los Piratas:

FRANCISCO DIAZ CHICO

De los Contrabandistas:

JOAQUIN PUCHE IBAÑEZ

De los Zíngaros:

REGINO PEREZ MARHUENDA

De los Estudiantes:

ANTONIO MIGUEL LUCAS DIAZ

De los Moros Huestes del Cadí:

ANTONIO BARCELO MARCO

De los Moros Musulmanes:

JOSE BLANES PEINADO

De los Moros Marroquíes:

RUBEN MARTINEZ PAYA

De los Moros Realistas:

MANUEL AMAT PIQUERAS

REPRESENTACION DE LAS COMPARSAS EN LA JUNTA CENTRAL**De los Cristianos:**

JOSE GAMBIN ROCAMORA
PEDRO BLANES AMAT

De los Piratas:

FRANCISCO VIDAL SERRANO
HELIOS VERA BOTELLA

De los Contrabandistas:

ANTONIO AMAT SANCHEZ
RAMON RICO MELERO

De los Zíngaros:

CAMILO VALOR GOMEZ
SALVADOR CASAÑEZ JUAN

De los Estudiantes:

JOSE MARTINEZ RIQUELME
LUIS VILAPLANA GONZALEZ

De los Moros Huestes del Cadí:

ANTONIO CASTELLANOS ARIAS
RAMON ALBERO GONZALEZ

De los Moros Musulmanes:

JUAN LATORRE ALBALADEJO
ANTONIO GARCIA CLEMENTE

De los Moros Marroquíes:

ANTONIO VALIENTE LLORET
LUIS CARRASCO MAESTRE

De los Moros Realistas:

ANTONIO GARCIA TARREGA
EMILIO SEMPERE SANCHEZ

Mayordomía de San Antón y Comisión Delegada de Guerrillas y Embajadas para la Fiesta de 1985 y Embajadores

MAYORDOMIA DE SAN ANTON

Presidente:

ANTONIO BARCELO MARCO
De las Huestes del Cadi

Vicepresidente:

JOSE RAMON GANGA GONZALEZ
De los Moros Realistas

Secretario:

JUAN CARLOS SANCHEZ LOPEZ
De los Moros Realistas

Vocales:

FRANCISCO DIAZ CHICO
De los Piratas

JUAN CALATAYUD BENITO
De los Moros Realistas

COMISION DE GUERRILLAS Y ALARDO

Presidente:

JOSE BLANES PEINADO
De los Moros Musulmanes

Vicepresidente:

JUAN CALATAYUD BENITO
De los Moros Realistas

Secretario:

ANTONIO MALLEBRERA COPETE
De los Moros Musulmanes

Vocales Delegados de Comparsas:

JOSE MANUEL AMAT NAVARRO
LUIS MIGUEL IBAÑEZ CARPENA
De los Estudiantes

FRANCISCO JAVIER RIVERA ESCRIBANO
JOSE PASCUAL CASAÑEZ BAÑON
De los Zíngaros

ANDRES MUÑOZ PINA
PEDRO CORREOSO MINGUEZ
De los Contrabandistas

JOSE VERA JUAN
De los Cristianos

JUAN JOSE GRACIA GARCIA
MIGUEL GOMEZ RIVAS
De los Piratas

FRANCISCO MOLLA CALVO
FRANCISCO JOVER ALFAZ
De las Huestes del Cadi

ROBERTO NAVARRO CANDELAS
IGNACIO RIVERA ESCRIBANO
De los Moros Musulmanes

VICENTE JUAN ESTEVE
MANUEL GONZALEZ PAYA
De los Moros Marroquies

JUAN JOSE MAÑEZ GARCIA
JOSE FRANCISCO GUASCH BUSQUIER
De los Moros Realistas

EMBAJADORES

Del Bando Cristiano:

JUAN DELTELL JOVER
De los Contrabandistas

Del Bando Moro:

MIGUEL BARCALA VIZCAINO
De las Huestes del Cadi



PREGON

para la proclamación de
Abanderadas y Capitanes de Elda,
pronunciado por D. JUAN ANTONIO VALLEJO-NAGERA
el 7 de Mayo de 1984 en ELDA

Queridos amigos festeros:

Me atrevo a daros el sagrado título de amigos, desde al Sr. Alcalde del Excmo. Ayuntamiento o Jenaro Vera, responsable de mi presencia, hasta todos y cada uno de los festeros, porque me habéis dado una gran prueba de aprecio: la de confiarme este pregón para la proclamación de Abanderadas y Capitanes de Elda.

Sé lo que significan para vosotros las fiestas de Moros y Cristianos, la importancia sentimental de este acto del Pregón y el lógico cuidado con que seleccionáis a vuestros pregoneros. Comprendo que nunca llamaríais para esta noche a alguien por el que colectivamente no sintiéseis simpatía, una inclinación afectuosa aun sin conocerle personalmente, y respeto. Simpatía, afecto y respeto son los tres pilares de la amistad, me los habéis brindado y por eso os llamo amigos. Las amistades se suelen crear sobre líneas de afini-

dad, no me extraña que en años inmediatos hayan ocupado este puesto tres amigos entrañables: Antonio Gala, Antonio Mingote y Fernando Vizcaíno Casas. Qué gran responsabilidad sucederles en el empeño. He estudiado atentamente sus pregones. Gala homenajea a «La Zapatera Prodigiosa» con su donaire literario. Antonio Mingote, corazón de oro, apóstol de la tolerancia, supo ver en las Fiestas de Moros y Cristianos de Elda una expresión perfecta de la capacidad de convivencia con nuestros semejantes y desemejantes, con nuestro pasado de historia y de leyendas y con nosotros mismos. Me consta que Mingote, ese coloso llamado Mingote, tiene de su viaje a Elda uno de los mejores recuerdos de su vida, por haber palpado ese espíritu de tolerancia, afecto y cordialidad que es su anhelo para nuestra Patria, y que en ella en algunos sitios no se encuentra. El pregón de Fernando Vizcaíno Casas es una proeza de penetración psicológica.

No sé si en la euforia de una noche equivalente a ésta, os encontraríais con ganas de enjuiciar críticamente ese pregón. Vale la pena que lo repaséis un día sin prisa. Es difícil realizar, entre bromas y verdades, un análisis más sutil de la esencia de vuestras fiestas: Fiesta, dice Vizcaíno «que no es triunfalista, ni mucho menos rencorosa, ni pretende en absoluto un ajuste de cuentas», esto lo habéis logrado en una nación noble y digna, pero envenenada tantas veces por el rencor, el triunfalismo y el ajuste de cuentas. Vizcaíno supo ver en vuestras fiestas «una apoteosis de hermandad», y enjuicia positivamente la interpretación festiva, y amablemente deformada de la historia, pues como dice Fernando: «vosotros tampoco pretendéis hacer historia... buscáis acogeros a unas leves sugerencias históricas... para dejar enseguida testimonio de vuestro hermoso sentido de la generosidad y del perdón».

Os repito estas consideraciones de Fernando Vizcaino porque estoy plenamente conforme con ellas. También estoy conforme en que es un acierto deformar la historia en ocasiones como éstas; llenar la representación de esos anacronismos que algunos cretinos os censuran. Pero, ¿no comprenden que sin anacronismos, sin deformación del pasado, esos días serían por una parte aburridísimos, y por otra un recuento de horrores? Hacéis muy bien en trucar la representación.

La Historia es terrible, tal como suele narrarse, porque no nos cuenta la armonía en el trabajo creador, la abnegada laboriosidad que permite subir al progreso y al bienestar, sino las tragedias colectivas que los desbaratan.

Fijaros en lo que evocan vuestras fiestas: invasiones, conquistas y reconquistas. Esto, traducido a la realidad significa: saqueos, deportaciones masivas, prisiones, torturas, expropiaciones, actos de piratería con secuestros para vender como esclavos para toda su vida a vuestros antepasados. Ríos de sangre y llanto bañando una y otra vez una tierra de gentes pacíficas y laboriosas.

La última de vuestras tragedias masivas, la expulsión de los moriscos en 1609, ha servido para insultar permanentemente a España los historiadores ajenos, y tontamente muchos de los propios, en una manifestación más de esa tendencia masoquista al autocastigo, que afecta a ciertos de nuestros intelectuales, otro día analizaremos por qué, y que es una de las bases de la leyenda negra española. Naturalmente es imposible no repasar el bando de expulsión sin estremecerse de horror. La gran injusticia está en que se insista sin descanso en atribuírsele a España. ¿Es que antes y después no se ha repetido constantemente en otras tierras? Vamos a repasar nuestra propia generación. Quienes vivimos nuestra guerra, vimos inmediatamente después deportaciones equivalentes a la de los moriscos; en Checoslovaquia, en Polonia; de los judíos, de los alemanes inicialmente culpables, de Hungría. ¿Quién recuerda sin escalofrío las caravanas de fugitivos de Vietnam, de Camboya, de Afganistán, de Biafra, India, Pakistán, Bangladesh, Nigeria, Etiopía, Uganda... Los campos de concentración, las prisiones, los genocidios? ¿Quién se puede atrever, sin cinismo, a hacernos un reproche?

Lo asombroso de Elda, es que habéis conseguido, como en otras ciudades de vuestra región, convertir la evocación de dramas similares en un motivo de fiesta. Esto es, un milagro y los milagros deben verse con respeto. Por esto no voy a hacer en el Pregón ningún chiste fácil. No voy a decir que las abanderadas son unas mujeres de bandera, ni que las moras hacen bien en encuadrarse en esa comparsa porque están para ponerse «morao» de mirarlas, etc., porque sería rebajar la categoría de estas fiestas. Las fiestas de Moros y Cristianos son mucho más importantes de lo que pueda parecer a primera vista. No sirven sólo para divertirse unos días, que ya sería mérito. Son esenciales para crear un clima psicológico, una forma especial de relación, que da aroma a vuestras vidas y nos sirve de lección y ejemplo a los que os vemos disfrutarlas.

Vuestras fiestas son una explosión de alegría y humor. Por eso conviene analizarlas completamente en serio. La risa y su pariente elegante, el humor, son dos privilegios del género humano. Resuelven una necesidad emocional. Constituyen un mecanismo de descarga de la angustia. Vamos a repasar juntos un aspecto del humor cuya finalidad es provocar la risa: el chiste. El chiste tiene como fondo, aunque parezca absurdo, el miedo, la repugnancia o lo prohibido. Los temas preferidos de los chistes son consecuentemente la muerte, la religión, los tabúes sexuales, el horror, la política y los excrementos, o cualquier combinación de estos elementos. Haciéndolos tema de un chiste, al ver que la amenaza sólo es verbal, hay una descarga del subconsciente y como reacción nos reímos, y la risa se vive como algo alegre, liberador y saludable.

Vamos a comprobarlo con algunos ejemplos. El horror, la crueldad y la desesperación forman el argumento de los chistes llamados morbosos. Recordemos tres de estructura común: el «mamá, mamá y cállate niño», conocidos de todos.

«—Mamá, mamá, no quiero ir al colegio porque me llaman monstruo—. Cállate niño y no digas tonterías, anda, ponte las gorras en las dos cabezas y vete a clase». Es un chiste de horror. Os habéis reído porque al concentrar la atención en quien cuenta el chiste nos embarga, de pronto, la angustia de un drama similar en un

hijo; y luego viene instantáneamente el alivio de que sólo es un chiste, de que no nos ha ocurrido y brota la risa como expresión de ese alivio.

La crueldad como tema en un chiste similar: «—Mamá, mamá, que sólo puedo andar dando vueltas. —Cállate niño, o te clavo también el otro pie».

La desesperación como tema: «—Mamá, mamá, ¿falta mucho para llegar a América? —Cállate, niño, cállate y sigue nadando».

Todos estos chistes tienen un componente sádico-masoquista, enfermizo, recordemos que se llaman morbosos y dejan un regusto amargo. No son de buena ley. Reímos, pero con desgana.

El mundo del humor está lleno de paradojas. Resulta que el chiste sucio es mucho más limpio que éstos, y deja mejor estado de ánimo. Un ejemplo es el que le atribuían ayer en Madrid, a ese ministro al que ahora le cuelgan todos los chistes, aunque el chiste, como todos, es muy viejo. Dice así: «El ministro al despedirse pregunta: —¿Les molestaría a ustedes que rebañe la taza? —No, en absoluto, pero ¿por qué no hace usted como todo el mundo y tira de la cadena?».

Para abreviar, voy a concentrar en un solo chiste los que sirven de descarga de la angustia ante tabúes religiosos o sexuales. He elegido uno que no es ni irreverente ni obsceno, porque detesto la grosería; pero que parece que va a ser las tres cosas, grosero, irreverente y obsceno. De no serlo arranca su gracia. Es una de tantas variantes del chiste de las monjitas y el señor con el canario: «Entra un señor gordito en el tren, con un canario en su jaula. El compartimento está vacío. Es un viaje de corta distancia, pero en esos trenes que tardan muchas horas y no tienen calefacción. El viajero obeso levanta los brazos de los dos asientos contiguos y se tumba. Ve temblar de frío al canario en su jaula... Le da pena, sacándolo de la jaula se lo intenta meter bajo la camisa pero le está apretada y el pájaro se ahoga. Al fin desabrocha un par de botones del pantalón, mete el canario, que abrigadito se duerme, y también su dueño. Entran poco después tres monjas. Ven dormido al pasajero y se sientan en los tres asientos de enfrente, la superiora en medio, y las otras dos a los lados. Rezan en voz baja para no despertar al dormilón. Pasan las horas.

Clarea el día y el compartimento se ha ido caldeando. El canario se despierta y asoma la cabeza. Las tres monjas se quedan mirando fijamente, como hipnotizadas. El canario rebulle sin salir del todo. Las dos monjas miran con angustia a la superiora, que al fin se decide, y levantándose sacude por el hombro al gordito dormido. —Oiga, buen señor, buen señor—. Abre éste los ojos. —¿Qué pasa, qué pasa? —Mire usted, nosotras no entendemos mucho de hombres, pero nos tememos que a usted se le ha roto un huevo».

Perdonad esta digresión aparentemente infundada, pero el repaso de cómo una broma tiene como finalidad descargar la angustia ante un peligro o un recuerdo penoso, sirve para un análisis de la entraña psicológica de las fiestas de Moros y Cristianos.

Recordad los títulos de vuestras comparsas: Moros y Cristianos traen a la memoria guerras de religión, invasiones, asedios... Los Moros Marroquíes son la representación de las guerras en Marruecos, de los mozos locales reclutados para luchar allí sin mucha más preparación que la de su resistencia de campesino a las privaciones. Las Huestes del Cadí, la amenaza otomana, mantenida durante tantos siglos de generación en generación. Los piratas, saqueos, incendios y el rapto para condenar a la esclavitud en África.

No son recuerdos para festejar y, sin embargo, habéis hecho de ellos la esencia de la fiesta. Esta broma colectiva, el convertir el drama en farsa, descarga la angustia que en el inconsciente colectivo de la zona festera se ha ido acumulando con la sucesión secular de calamidades. Representando la tragedia en broma se disuelve y conjura la amenaza. Por eso la vuestra es «una fiesta de guerra para la paz». Así está justificada la inclusión de cualquier anacronismo, de cualquier disparate, la entrada incongruente históricamente de zingaros, estudiantes, contrabandistas, húsares, garibaldinos de cualquier destello del pasado local. Todo vale, con tal de que esté representado con seriedad y con empeño de perfección y coordinado en un grupo amplio. Sin esta coordinación, sin este afán de hacerlo lo mejor posible en armonía con otros, la fiesta podría degradarse a una carnavalesca; y no lo es en absoluto. Vuestros atuendos no son disfraces,

son trajes festeros. Vuestro comportamiento, desbordando alegría y cordialidad es un comportamiento disciplinado. Es una fiesta de paz, es una fiesta para la Paz, pero hacéis bien en no olvidar que es una fiesta de guerra; y mantener las guerrillas, embajadas, el alarde, las entradas y todos los demás símbolos bélicos.

La participación masiva de los niños y de las mujeres de Elda no sólo añade belleza y atractivo. Hace que sea una fiesta total, en que se aunan todos los afectos del presente: familia y amigos con los del pasado. Vuestra cordialidad, entusiasmo, alegría y capacidad de organización, convierten las fiestas en un acontecimiento único. El sentido religioso, de ofrenda al patrón, San Antón, da una proyección hacia algo mucho más importante que la historia de siete siglos. Enlaza la fiesta con el origen y con el más allá.

Vosotros, hombres y mujeres de Elda, sois maestros seculares en el arte y en la virtud de la tolerancia y de la comprensión. El mantener o no mantener el sentido religioso de tradiciones locales, ha sido, como bien conocéis, un motivo de discordia en otras regiones. Habéis tenido la inteligencia y el acierto de superar este riesgo. La Religión brinda esperanza y consuelo. La devoción de los creyentes y el comprensivo respeto de los que no lo son, se aunan para lograr ese clima emocional, genérico, de esperanza y consuelo, en el repaso de una historia accidentada. Es uno de los mayores atractivos de las fiestas de Elda.

Queridos amigos. Una de las grandes amarguras de la vida contemporánea, es la de poderse encontrar solo entre la multitud. Vosotros, eldenses, en las fiestas de Moros y Cristianos lográis repetir, cada año, el milagro de una multitud en la que nadie se siente solo. ¡Enhorabuena!

Juan Antonio Vallejo-Nágera

XIV Concurso de Dibujos de Humor 1984



Primer Premio: FERNANDO FUSTER VILLANUEVA, de València



Segundo Premio: JOAQUÍN LAGUNA BLASCO, de Elda



Tercer Premio: PEDRO J. PEREZ FERRER, de Madrid



Accésit:
RAFAEL ALEMAÑ BAÑULS, de Alicante



Accésit Local:
SALUD MATEO REQUENA, de Elda



Valió la pena fundarla

Desde aquel arranque jubiloso
de amigos bien avenidos
sólo nos queda el recuerdo,
grato recuerdo, encendido
de nostálgicos momentos
por los pocos que quedamos
y los muchos que se han ido.
La vida, que es tan amarga
que siempre abre a diario,
por ser buen aperitivo,
los descos de comer,
suele dar ratos amenos,
y otros a mi parecer,
por muy diversos motivos,
otros, que no son tan buenos.
De aquella Comparsa nuestra
pocos quedan en activo;
permanecen, y que duren,
aquellos, que de infantiles
hicieron sus primeros pinos
y que fieles se mantienen
con admirable osadía
procurando que perduren,

con renovada porfía,
los entusiasmos de antaño
y hacerlo con alegría.
Con su nueva savia joven
son sus pilares hoy día,
y con antorcha encendida
proclaman a todos los vientos
su vocación decidida
de felices y contentos
ser Zíngaros de por vida.
Demuestran, con su presencia,
que no fue la idea vana
de añadir a nuestra Fiesta,
panderetas, cascabeles, sana
y desbordante alegría,
aunque algunos nos critiquen,
que de anacronismos llena,
dejad que nos crucifiquen,
los puros de nuestra gesta,
fundarla valió la pena
vuestra Comparsa, que es mía
que si Zíngaros no hubiera,
de nuevo lo intentaría.

Juan. Lora

Premios Fotografías

Tema: MOROS Y CRISTIANOS



Primer Premio:
RAFAEL GARCIA, «Rafa»



Segundo Premio:
AGUSTIN MATEO BRAVO



Tercer Premio: MANUEL MOYA CALLEJA

Premios otorgados por las Comparsas



AGUSTIN MATEO BRAVO

Lema: EXPRESION - Título: «Perfil»
Premio de la Comparsa MOROS REALISTAS



FOTOS ELY

Premio de la Comparsa MOROS MARROQUIES



FOTO ERNES

Premio de la Comparsa MOROS MUSULMANES



Premios Fotografías

Tema: ELDA



Primer Premio:
FRANCISCO SANTOS GONZALEZ



Segundo Premio:
RAFAEL GARCIA, «Rafa»



Tercer Premio: JOSE MARIN BAEZA

Faltaba un juglar

Romances del romancero
dicen que contando van,
la tragedia del cortejo
donde faltaba un juglar.

Al Castillo gris y pardo
cercaba la soledad
con fosos de verdes brazos,
con muros sin ventanal.

La Dama de rosa y nieve
matizaba su bordar,
con los oros del ocaso,
con el reflejo, lunar.
Poeta de los caminos
llegó al Castillo un juglar;
su voz, la del ruiñeñor
que quisiera enamorar,
y sus frases, versos eran
en cascada musical
que fluyendo por las horas
llenaban la soledad.

Un cisne de blanca nube
surcaba la inmensidad
de los lagos transparentes
del azul primaveral,
cuando la gentil Señora
dejaba el Castillo atrás,
para reinar, como bella,
en el desfile triunfal.

A su vera caminaba
el Trovador medieval,
y la tarde, verde y malva,
con su cielo de cristal,
sorprendía las miradas
de la Dama y del galán.

Así, cuentan los romances
y cuenta que contarán
la leyenda del cortejo
donde faltaba un juglar...

¡No faltaba, no faltaba,
que lo mandaron quitar,
los señores palaciegos,
celosos de su privar!

Y como nadie sabía
bellas historias contar,
la Dama de rosa y nardo,
la hermosa, llorando está.

¡Caballeros! ¡Caballeros!
¿No la vais a consolar?...

Carolina González



Incorporación de Elda y Petrel, y los valles del Vinalopó al Reino de Valencia con la excepción de Villena y Sax

Ya hemos escrito antes que los Valles del Vinalopó y la Vega Baja del Segura quedaron para la reconquista de Castilla por los pactos de Tudillén y Cazorla entre los reyes de Castilla y Aragón, pactos confirmados en el tratado de Campo de Mirra de 1244. Así es que Elda y Petrel fueron reconquistadas a los moros por las tropas del rey castellano Fernando III «El Santo», dirigidas por su hijo el infante Alfonso, más tarde Alfonso X «El Sabio».

También nos hemos referido ya a la venida de Jaime I de Aragón, «El Conquistador», que visitó Elda y Petrel en noviembre de 1265, con motivo de haberse sublevado los moros del reino de Murcia y los de esta zona; a los que sometió, devolviendo la soberanía de dichos territorios a su yerno, ya rey de Castilla, el indicado Alfonso «El Sabio», casado con su hija Violante.

Pero estas tierras del Vinalopó y la Vega Baja del Segura se incorporaron posteriormente al Reino de Valencia, exceptuando Villena y Sax. Veamos los acontecimientos:

Según Juan Bautista Vilar en su historia de Orihuela, la cuestión dinástica castellana, planteada por el infante don Sancho en los últimos años del reinado de su padre Alfonso «El Sabio», al desplazar de la sucesión a los hijos de su hermano mayor, los infantes de la Cerda, fue la oportunidad esperada por los descendientes de Jaime I para inmiscuirse en los asuntos castellanos, adjudicándose Elda y Petrel y la Vega Baja del Segura con todos los valles del Vinalopó, exceptuando Villena y Sax como veremos después, e intentando también conquistar para su definitiva soberanía todo el reino de Murcia.

A la muerte repentina de Sancho IV de Castilla, Jaime II de Aragón, dados los proyectos indicados de ampliar sus dominios a costa de Castilla, resucitó el fantasma de la legitimidad, encarnada por



el infante don Fernando de la Carda, a quien reconoció como rey de Castilla, y, en contrapartida, éste le cedió el reino de Murcia, al que correspondían entonces estos pueblos y territorios indicados en el párrafo anterior. Los hechos sucedían en febrero de 1296 y el castellano ordenó a Orihuela que reconociese al rey Jaime II como su señor natural.

Rotas las hostilidades, una fuerza encomendada al infante aragonés don Pedro, emprendió desde Ariza una campaña de distracción, en tanto que Jaime II invadía personalmente Alicante, Elda, Petrel, Elche, Orihuela y todas las tierras murcianas que acabamos de indicar, contando con el apoyo naval de la flota catalana.

En el castillo alicantino de Santa Bárbara, el alcaide Nicolás Pérez de Murcia, con limitados recursos y mucha bravura, ofreció una resistencia heroica, hasta que fue vencido y muerto.

Caído el castillo y aniquilada la guarnición castellana, la villa de Alicante abrió sus puertas al invasor aragonés. Una comisión de notables presidida por Ramón Sacoma y Jaume Bernat juró acatamiento y fidelidad al rey de Aragón, que confirmó los privilegios locales y dejó como alcaide a Berenguer de Puigmoltó, el cual le había salvado la vida durante el asalto al castillo.

Seguidamente marchó Jaime II a Elche, otro baluarte castellano; villa que dejó cercada mientras procedía a la conquista de Elda, Petrel, Novelda, Monforte y La Muela. El arráez de Crevillente se le presentó para hacerse su vasallo; abriéndole las puertas de inmediato Abanilla, Callosa de Segura y Guardamar. Elche capituló, siguiendo su ejemplo Aspe, El Puerto, Chinosa y Salinas. Todos estos pueblos eran señoríos del infante don Juan Manuel. Adelantado en Murcia del rey castellano.

A continuación, Jaime II se presentó en Orihuela con el acta de cesión que le había dado el castellano Fernando de la Cerda. Para evitar la lucha del castillo, uno de los mejores de la zona entonces, primero se apoderó de la villa, logrando que le fueran enseguida franqueadas las puertas. Cuando esto se supo en la fortaleza, el alcaide de la misma, para evitar correr la suerte de su colega alicantino, se rindió, entregando las llaves del castillo al rey de Aragón, al que se le prestó por Orihuela homenaje de acatamiento y fidelidad en un acto solemne. Estos sucesos se producían en mayo de 1296.

Desde Orihuela siguió Jaime II hacia Murcia, tomando a su paso el castillo de Monteagudo. Entró a continuación en la capital, cuyos fueros confirmó, sometiendo las plazas del interior, y de inmediato Cartagena.

Como hemos dicho, en aquellas fechas de finales del siglo XIII, fue cuando, por conquista de Jaime II de Aragón, se incorporaron a esta Corona y, por consiguiente, al Reino de Valencia, Elda, Petrel, los valles del Vinalopó y la Vega Baja del Segura, que venían dependiendo de Castilla.

A continuación explicamos las circunstancias en virtud de las que fueron excluidas Villena y Sax de dicha incorporación, pues siguieron estos dos pueblos bajo el dominio de Castilla, en el señorío del infante don Juan Manuel, Adelantado del rey castellano.

El cronista de Villena, José María Soler, en su obra «Villena - Prehistoria - Historia - Monumentos», dice que «según sentencia de Torrellas que puso fin a la guerra castellano-aragonesa, Caudete quedó por Aragón, constituyendo lo que el antiguo mapa de Abraham Ortelio denomina «Insula Valentiae in Castellae regione». (Isla de Valencia en la región de Castilla).

«Esta situación anómala dio origen, desde muy pronto, a sangrientos disturbios, al pretender los caudetanos enlazar sus territorios con los del resto del Estado (Aragón) a que pertenecían, ya que ello había de producirse a costa de los de Villena (Castilla), indiscutibles propietarios de la zona de separación».

«Las primeras noticias del litigio, “El pleito de los Alhorines”, se remontaba al año 1472. Los de Villena lucharon aislados contra una verdadera coalición de pueblos valencianos; pues Caudete litigó desde un principio con el apoyo de Onteniente, Mogente, Fuente la Higuera y algunas otras poblaciones de la comarca».

«La zona objeto del litigio comprendía la parte occidental del valle de los Alhorines, vía natural de penetración hacia las tierras valencianas en donde tenían su asiento las poblaciones coaligadas con Caudete...».

Sigue diciendo el autor del libro que los altercados adquirieron particular virulencia en los años 1485, 1489, 1495 y 1501.

El conflicto adquirió tal trascendencia que intervinieron los Reyes Católicos, y Soler transcribe cartas de los mismos, resaltando que casi al final del reinado de doña Isabel «La Católica», continuaba la disputa.

Opinamos que si después del casamiento de los Reyes Católicos, siguió este conflicto durante

varios años, se demuestra que la unidad de España (Castilla y Aragón), no se consiguió rápidamente con el matrimonio de los monarcas (al menos en la práctica), sino que debió ser un problema lento y complicado. Dadas las circunstancias de dicha unidad que se realizaba, el pleito de los Alhorines no debió prolongarse ni adquirir tal virulencia.

La enciclopedia Espasa, refiriéndose a la historia de Villena, dice: «A don Manuel sucedió en el señorío de Villena su hijo don Juan Manuel; mas, por sentencia arbitral de 1304 pasó a formar parte del reino de Aragón con otras poblaciones alicantinas que pertenecían a Castilla; pero, por costumbre o negligencia y no por derecho, volvió Villena a Castilla por ser vasallo de ella don Juan Manuel». Esto es contrario, seguramente por error o equivocada interpretación, a lo resuelto por las altas instancias, que le dieron la razón a Villena, defensora de su situación castellana, como veremos siguiendo la lectura.

Refiriéndose al castillo de Salvatierra en la Historia, dice José María Soler en dicho libro: «Nuevamente aparece el nombre de nuestra fortaleza en 1306, cuando se firmaron las estipulaciones entre Jaime II de Aragón y don Juan Manuel para el segundo matrimonio de este último con la infanta doña Constanza, hija del monarca aragonés, invasor del reino de Murcia. (Se refiere al mismo Jaime II de Aragón). Se comprometía entonces don Juan Manuel a entregar a la infanta que tenía que ser su esposa, siete mil quinientos marcos de plata en concepto de ajuar, arras y creces, para los cuales obligaba, como en la ocasión anterior, los castillos y villas de Villena, Sax y Salvatierra, con todos sus términos y dependencias, que se hallaban entonces en la jurisdicción del rey de Aragón por virtud del tratado de Campillo».

Juan Bautista Vilar en su historia de Orihuela, escribe de las sesiones arbitrales que se celebraban en Torrellas, en la ladera del Moncayo entre Agreda y Tarazona, al iniciarse el mes de Agosto de 1304. Fueron los jueces, el rey Dionís de Portugal, el infante Juan de Castilla y don Jimeno de Luna, arzobispo de Zaragoza. El día ocho de dicho mes fue dictada sentencia. Según ella:

«Cartagena, Guardamar, Alicante, Elche con su puerto de mar y con todos los lugares que recuden a él, Elda, Novelda, Orihuela con todos sus términos e pertenencias, cuantas han e deben haber, así como taja la agua del Segura, fasta el Reino de Valencia, entre el más susano cavo del término de Villena, sacada la cibdad de Murcia e Molina con sus términos; pasaban a ser propiedad del rey de Aragón e de los suyos, para siempre, así como cosa propia con pleno derecho y señorío, exceptuando Villena, posesión de don Juan Manuel». (Conforme al texto de Merino Alvarez, página 74).

Por otra parte, la sentencia de Torrellas ordenaba a Jaime II de Aragón que «desampare e dege al rey don Fernando la cibdad de Murcia e Molina e Moratalla e Lorca e Alama, con todos sus términos e los otros logares que tiene en el reino de Murcia, sacados los de suso nombrados, e los que se comprenden end los términos de suso asignados». (Texto de Merino Alvarez, página 75).

Pronunciada la sentencia, ambos monarcas dieron su conformidad en una entrevista celebrada en Campillo. Poco después comenzaron a realizarse las transferencias correspondientes, pero la delimi-

tación sobre el terreno resultó compleja, casi inviable, por la ambigüedad del documento arbitral.

Sax era entonces una prolongación o dependencia de Villena, y, por tanto, corría la misma suerte, quedando también exceptuada de la incorporación al Reino de Valencia, y siguiendo, por lo tanto, bajo la influencia de Castilla, a las órdenes del mismo infante don Juan Manuel.

Asimismo añade Vilar que la situación más ambigua se produjo en torno al señorío de don Juan Manuel, a quien se respetó la propiedad, pero repartida la jurisdicción entre Aragón y Castilla; de manera que, en tanto por una zona era vasallo de Castilla, por la otra, lo era de Aragón.

Este mismo autor, para juzgar al citado señor de Villena, lo llama turbulento nieto de San Fernando (Fernando III «El Santo»), dueño de un extenso patrimonio en la Mancha y Castilla la Vieja; Adelantado del reino de Murcia; suegro del rey de Portugal, y con fuertes vinculaciones matrimoniales con Aragón. Casado en segundas nupcias con la infanta Constanza, hija del rey Jaime II de Aragón.

Muchas de las claves de la dinámica política de aquel período, se vinculan a este inteligente, cultísimo, enredador e introvertido personaje.

Todo esto unido a sus singulares facultades como escritor y a su parentesco próximo indicado con las familias reales de Castilla y Aragón, daban a don Juan Manuel una talla fuera de serie.

Como hemos escrito, se había casado en segundas nupcias con una hija de su primo Jaime II de Aragón; la novia permaneció en el castillo de Villena hasta cumplir los doce años, edad mínima para la boda. Alfonso «El Sabio» de Castilla era hermano de su padre el infante don Manuel, que fue, antes que su hijo, Adelantado en Murcia y señor de Villena y de Elda entre otras muchas tierras. Tenía don Juan Manuel tanto poder que se hallaba en condiciones de mantener por su cuenta mil jinetes, pudiendo ir desde los límites de Granada a Navarra por territorio suyo.

Y, por si hay alguna duda sobre el conflicto de los Alhorines de Villena, José María Soler afirmaba en su libro que el litigio se prolongó hasta bien entrado el reinado de Felipe IV, pues la Carta ejecutoria del pleito a favor de Villena es del año 1623. Tuvo el sangriento conflicto más de siglo y medio de duración.

Añadiremos ahora que cuando Jaime II de Aragón conquistó Elda, la señora del castillo y de la Villa era su prima doña Violante Manuel, hermana de don Juan Manuel. La rendición se haría pacíficamente, siguiendo, por el momento, doña Violante en su puesto.

Para terminar, sigamos a Juan Bautista Vilar en lo que deja escrito textualmente en su obra sobre Orihuela con referencia a la familia Loaysa, señores de la Villa y castillo de Petrel:

Fueron patrimonio de dicha familia. Parece que un Jofré de Loaysa, francés de nacionalidad, llegó a Castilla como preceptor de la reina Violante. Hijo suyo fue su homónimo Jofré de Loaysa, a quien Alfonso el Sabio tuvo en mucha estima, hasta el punto de distinguirle con honrosos empleos en su Corte, en especial el de copero mayor. Fue uno de sus consejeros y hombres de confianza. Más tarde le encomendaría la educación de su heredero, el

infante Fernando de la Cerda, cuya muerte en plena juventud habría de desatar un cruento conflicto sucesorio.

Loaysa participó en el repartimiento de Sevilla, aparte de recibir en el reino de Murcia la Villa y castillo de Petrel, con los que constituyó un mayorazgo en favor de su primogénito García Jofré. Maestro Jofré, canónigo de Toledo, según se cree también hijo suyo, es el autor de una crónica de los reyes de Castilla, en que narra el acontecer histórico correspondiente al período 1248-1305, aproximadamente los reinados de Fernando III, Alfonso X, Sancho IV y Fernando IV.

Al hacer las particiones de Murcia, los Loaysa fueron dotados espléndidamente con 1.684 tahúllas de huerta, uno de los lotes más valiosos concedidos por el monarca, distribuidos entre diferentes miembros de la familia, aunque a don Jofré correspondió la mejor parte. Este, que sepamos, recibió además cuatro yeguas de tierra en el campo de Cartagena y veinte tahúllas de regadío en las afueras de Orihuela.

Era Jofré de Loaysa uno de los pocos caballeros llegados de Aragón que supieron conjugar su inclinación por la patria de origen y la lealtad que debía al monarca castellano. Su hijo García heredó, con el cargo cortesano de su padre, la confianza de Alfonso el Sabio, a quien acompañó hasta su posterior retiro en Sevilla. Fue primado también con huertas y campos de Murcia y Cartagena. Recibió además en premio a sus servicios la Villa y castillo de Jumilla. El rey Sancho, irascible y violento, pero conocedor profundo de la naturaleza humana, magnánimo y atento al bien público, supo valorar a toda prueba la lealtad de Loaysa para con su difunto padre. En 1284 le confió un puesto de máxima responsabilidad: el adelantamiento de Murcia.

Hijo suyo fue Juan García de Loaysa. Hallándose sus posesiones a uno y otro lado de la fluctuante frontera, mantuvo una postura ambigua entre ambas obediencias. Como señor de Petrel era vasallo de don Juan Manuel, en quien tuvo un modelo acabado de político intrigante, dúctil y ambicioso.

En los primeros años del reinado de Alfonso XI, ocupó en Murcia la lugartenencia de don Juan Manuel. Más tarde servirá indistintamente a Pedro I de Castilla y a Pedro IV de Aragón, pero gravitará cada vez más hacia el reino aragonés. No en vano había quedado aquí su principal dominio, el señorío de Petrel.

García Jofré de Loaysa, señor de Petrel, «aunque había venido a dicho lugar con cien caballos por orden del rey de Castilla», se comprometió a hostilizar a los castellanos desde su señorío, de manera que, de facto, puso fin al pleito sobre la jurisdicción a que pertenecía Petrel.

García de Loaysa fue heredado por su hija Leonor, casada con Joan de Rocafull. Como el matrimonio resultó estéril, Petrel y sus dependencias pasaron, por expresa disposición testamentaria de doña Leonor, a la familia Rocafull, enraizada en Orihuela.

José Navarro Payá



Los dos congresos

Parece que fue ayer, y ya hace doce años que unos hombres ilusionados nos veníamos reuniendo en el Palacio Municipal de Villena, sede de la Junta Central, para preparar la celebración del I Congreso Nacional de Fiestas de Moros y Cristianos.

Aquel acontecimiento ya ha sido valorado convenientemente y es innecesario que insistamos en ello.

Pero no estaría de más señalar los principios fundamentales que nos sirvieron de base para su organización, y que la Comisión que disponía el acontecimiento tenía asumidos desde el principio.

– EL CONGRESO SE CELEBRABA EN VILLENA, PERO NO ERA DE VILLENA

Y así resultó. Porque no solamente en su preparación intervinieron festeros de otras ciudades, a los que guardo imperecedero reconocimiento por su dedicación y comportamiento, sino que se celebraron reuniones en Alcoy, Petrel, Villajoyosa y Granada, donde la Comisión organizadora exponía los progresos que se realizaban y recogía las inquietudes y sugerencias de los pueblos participantes. Ello le dio carácter de universalidad festera, y, desde los primeros momentos, todos lo comprendieron así y trabajaron sin reservas para que el proyecto se convirtiera en esplendorosa realidad.

– LA PARTICIPACION EN EL CONGRESO DEBIA DE REALIZARSE EN UN PLANO IGUALITARIO, SIN EXCLUSIONES NI PRIVILEGIOS

Bajo ningún concepto debían ni podían admitirse peticiones de preferencia, en razón de importancia festera por antigüedad, número de participantes, u otras cualesquiera razones que se pudieran aducir. Y así, desde Zújar en Granada; Campillos de Arenas en Jaén; Caudete en Albacete; Boscailente en Valencia, o Villena en Alicante, que además convocaba el Congreso, todos los pueblos tendrían el mismo tratamiento, los mismos derechos, e idénticas obligaciones. Sólo hubo una preferencia: LA FIESTA.

– HABIA QUE HACER LLEGAR EL MENSAJE HASTA EL ULTIMO RINCON

Y con el mejor espíritu nos diseminamos por nuestra geografía, para decirle a los festeros de todas las latitudes, que lo que pretendíamos no era otra cosa que el reunirnos todos, en pie de igualdad, para estudiar los problemas comunes que nos afectaban, intentar solucionarlos, trabajar por el mejoramiento de nuestras representaciones y, a través de la Fiesta, unir a hombres y pueblos en un abrazo fraternal.

Estos principios, y los sacrificios personales de muchos festeros, fueron la causa de que se cubrieran los objetivos que nos habíamos propuesto.

* * * * *

Actualmente, y con motivo de la próxima celebración del II Congreso, se están recorriendo caminos paralelos, y yo diría que, en algunos casos, hasta coincidentes.

Los trabajos organizativos están muy adelantados, como requieren las fechas en que nos encontramos. Los problemas, que tampoco han faltado, se han ido solucionando con delicadeza y buena voluntad.

Tengo información de primera mano, de que el espíritu que preside la convocatoria es idéntico al de Villena. El éxito, pues, está asegurado. Lo único que debemos de hacer los festeros de buena voluntad es asistir a él, y apoyarlo sin reservas. ¿Por qué?

- Porque el Congreso es nuestro.
- Porque los objetivos que se persiguen van encaminados a mejorar nuestras representaciones.
- Porque los que aman la Fiesta, no deben ser inconsecuentes con lo que pregonan.
- Porque aglutinar, unir e integrar a hombres y pueblos a través de la Fiesta, entre otras razones, son objetivos elevados que deben merecer nuestro apoyo.

Reticencias y obstruccionismos son propias de espíritus mezquinos, que no deben existir entre los hombres de la Fiesta.

Hasta pronto. Hasta Onteniente.

Vicente Prats Esquembre
Presidente del I Congreso



LOS MOVILES OCULTOS

(Cuatro teleologías sobre la Fiesta)

Es joven, asustadiza la expresión, tímida, introvertida; lleva gafas de gruesos cristales que agrandan los ojos y alargan las pestañas. Va diariamente a una oficina, donde un administrativo indiferente y un jefe hosco y taciturno la hacen escribir incesantemente a máquina, relacionar en unos impresos datos prosaicos, sumar infinitas columnas de números sin vida. Después... una casa gris, unos padres cansados que bostezan, lasos, desvaídos. Pero, como contraste, tiene la Fiesta y la escuadra, que son para ella ilusión y motivo permanentemente renovados. Cada invierno trae consigo la creación de un nuevo atuendo: las telas, los tulles, los adornos... Y contar el tiempo que falta, comentar cada detalle del traje, visitar una y otra vez a la modista, probarse mil veces cada prenda, mirarse otras mil al espejo. Y sentir el nervioso cosquilleo provocado por la inminencia de la celebración; reunirse a vestir el traje en un viejo almacén, maquillarse, salir finalmente a la calle enlazadas unas a otras para desfilas al son del timbal cantando a media voz... «Los Musulmanes, una Comparsa valiente...».

Y soñar. Soñar mientras la gente, a la que ahora ve borrosa porque no lleva gafas, aplaude entusiasmada. Soñar con algo inconcreto y maravilloso, entreabrir la ciudadela interior que nadie conoce, ni la amiga más íntima, y con los ojos semicerrados por la introspección, entre el rumor de los aplausos y la música, rememorar las imágenes intuitivas al son de los versos que lee a escondidas, evocar los «capitanes rubios como arcángeles». La Fiesta es para ella la posibilidad del desdoblamiento en

una segunda vida que trasciende todas las barreras, que franquea la puerta de la fantasía; el sueño imposible en el que resuena la voz tantas veces leída y recordada...

...que en caballo con alas hacia aquí se encamina
en el cinto la espada y en la mano el azor...

* * * * *

El abuelo, todavía con arrestos y sin achaques, mantiene la tiranía de su terca voluntad: el día de la Entrada, los cuatro nietos, y los que puedan venir, ha de vestirlos la abuela, han de ir con él a la plaza de Castelar, y tienen que efectuar el desfile bajo su vigilancia. Lo tiene mil veces repetido a las dos hijas: los trajes, las cuotas, todo lo que concierne a la Comparsa o con ella tenga relación, no han de preocuparlas, es asunto suyo. Casi como la Comparsa; ya pueden integrarla, como ahora, quinientos o mil, cifra a la que tal vez llegue dentro de unos años; esta Comparsa la fundamos entre ocho o diez amigos, lo que ha llegado a ser, quién nos lo iba a decir. Lo de los nietos, dejádmelos a mí, quiero decir en lo que a la Fiesta se refiere. Vuestros maridos, si quieren salir en la Comparsa, que hagan lo que crean conveniente; a mí, tres pitos y un tambor. Pero, cada nieto, su traje desde el primer año, y el día de la Fiesta, en cuanto puedan andar, todos a casa, a comer; la abuela los viste y yo me encargo de ellos.

Y allá va la tropilla de chiquillos saltando en torno al abuelo, mientras, asomada al balcón, la abuela los mira y sonríe entre lágrimas para salir poco después hacia el lugar donde los verá desfilar. Y a la vuelta, el pequeñín en brazos, que se duerme a chorros, los otros saltando, incansables, el abuelo feliz por haber encontrado en la Fiesta su papel de viejo patriarca dispensador de goces. La Fiesta, que le propicia el reencuentro con la ternura que se acartonó al hacerse mayores las hijas y despierta de nuevo con los nietos. Y otra vez los manda callar, y andar junto a él para repetirles la vieja cantinela: ocho o diez amigos, no éramos más; por locos nos tenían. Y mirad ahora lo que es la Comparsa, la mejor de Elda, que nadie lo discute; ahí queda eso.





Ni alto ni bajo, ni flaco ni grueso, un hombre gris anclado en una vida gris sin altibajos, hora de aventuras y hasta de venturas. Una existencia lineal y monótona en la que no hay júbilos ni goces, hasta sin el halo trágico de amargos infortunios. No ha tenido hijos; apenas ha encontrado incentivos, razones para ser y existir, más que en la Fiesta. Es aquí donde este hombre gris se torna singular, donde cobra relieve y se agiganta. Cabo indiscutible de una escuadra, eterno directivo, presto a cualquier tarea; al servicio de todos para alcanzar a ser, así, insustituible. Todo pasa por su mano, todo lo sabe acerca de la Comparsa, recuerda nombres idos, fechas, avatares, fastos y aniversarios, con datos y detalles que repite mil veces. Llama la atención a los remisos, regaña a los díscolos, luce con orgullo la insignia de oro que una noche inolvidable le ofrendaron todos. La Fiesta es para él su verdadera vida; donde se realiza y cobra sentido su existencia. La otra vida, tediosa y desganada, es siempre igual: la casa, la fábrica, enojosas y baladíes funciones que hay que llevar a cabo, resignado y paciente. Termina, sin embargo, su trabajo, un puesto intrascendente sin relieve, y va hacia la Comparsa, donde siempre hay algo que prever, disponer o comentar. Y, cuando llega mayo, la incesante actividad de los días previos, los mil detalles, el gozo presentido y cierto de lo inminente. Y la Fiesta: la fiebre de los días que transcurren como si de un sueño se tratara. Es entonces cuando se convierte en pieza maestra al que miran los demás, consultan los neófitos, escuchan todos. Y, ya pasada, tantas cosas que hacer, tanto de lo que hablar, la mente anticipando el futuro. Proyectos, ideas, propósitos de perfección... Otra vez los eternos cangilones de la noria en incesante vuelta. El año que viene...

Este hombre joven, vestido de festero, se acerca a la Comparsa que espera distendida, aguardando el momento de iniciar el desfile. Corrillos varoniles donde se habla fuerte agitando las manos; apiñados grupos de muchachas con trajes suntuosos que susurran fútiles secretos entre rápidas y huidizas miradas a los hombres, corros de chiquillos que comparan sus armas, que ponen juntas las puntiagudas lanzas por ver cuál es más alta. Este mi hombre se acerca a uno de los corrillos de varones, saluda a los presentes, recibe de uno de ellos una palmada en la espalda y queda integrado en el grupo, el suyo, su Comparsa, la que tendrá siempre su apoyo y su presencia. No se busque la razón de ello en fervores religiosos, remembranzas de un pasado lejano de luchas medievales, en lazos de amistad, ni siquiera en los gratos momentos que la Fiesta propicia o trae consigo. Un solo motivo hay que sólo él conoce, firme y fundamental; y es que hubo un día, lejano ya en el tiempo, en que, inseguro el paso, desfiló por primera vez de la mano, amplia y rugosa, de su padre; aún conserva en la mente la sorpresa, la admiración que le produjo sentirse parte del desfile. La mano segura le llevó dos o tres años más; luego, junto a otros niños, sintió, aun sin verla, la vigilante y amorosa mirada pendiente de sus pasos. Pocos años después, desde un día aciago, ya no hubo mano ni miradas, ni cariñosas advertencias, ni mudas y sonrientes aprobaciones. Quiso entonces seguir la huella paterna, sustituirle en su puesto, llenar su hueco. Y así tiene el propósito, firme e inquebrantable, de que siga siendo mientras tenga fuerzas para ello. Aún ahora, más de una vez, entre el bullicio del desfile, al son de la música, parece sentir en la suya la mano del padre; al conjuro de la evocación, la emoción oprime su garganta. Y hasta tiene la sensación de que si mira hacia arriba, como entonces, contemplará de nuevo el rostro sonriente y bondadoso que se inclina hacia él con orgullo.

ALFREDO ROJAS



BANDO CRISTIANO
Abanderadas 1985



NATIVIDAD ROMAN ROMERO
Comparsa Zíngaros



M.ª TERESA ESTEBAN VILAR
Comparsa Contrabandistas



M.ª ANGELES JAVALOYAS GIRONES
Comparsa Cristianos



ENCARNITA BUSQUIER RICO
Comparsa Piratas



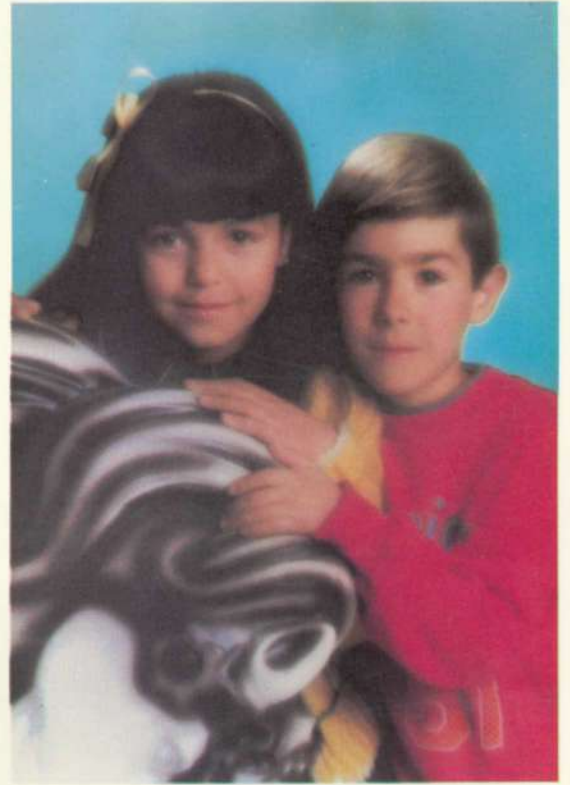
MARIA SALUD VERA JUAN
Comparsa Estudiantes

BANDO CRISTIANO

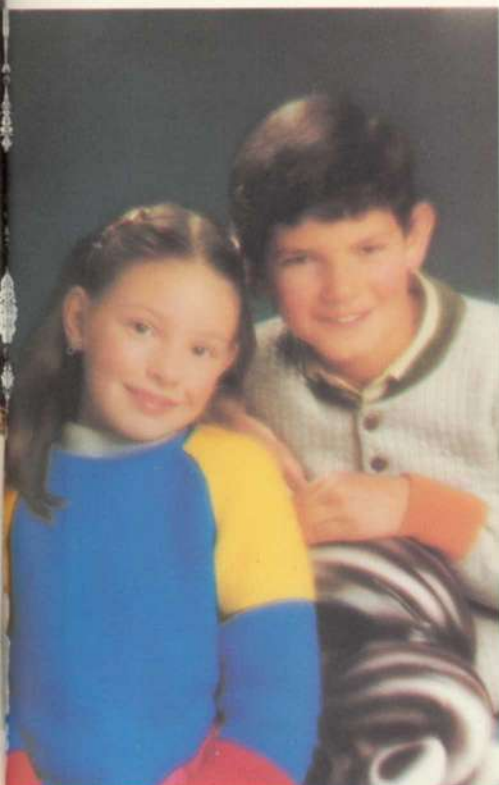
Capitanes y Abanderadas Infantiles 1985



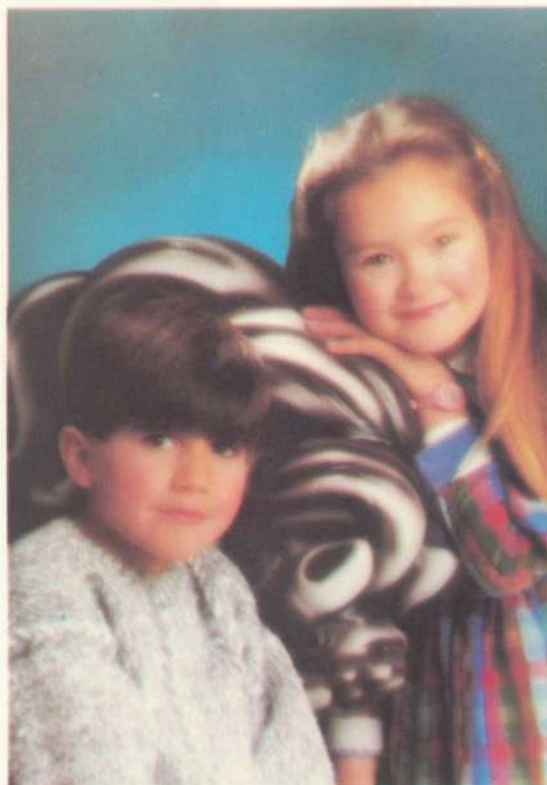
JAVIER NAVARRO CREMADES y RAQUEL ESTEVE GIL
Comparsa Zíngaros



FCO. J. GARCIA PEREZ Y IVANA M.^a CEBRIAN OLAYA
Comparsa Contrabandistas



JOSE MIGUEL VERA POVEDA
y RAQUEL GAMBIN ROCAMORA
Comparsa Cristianos

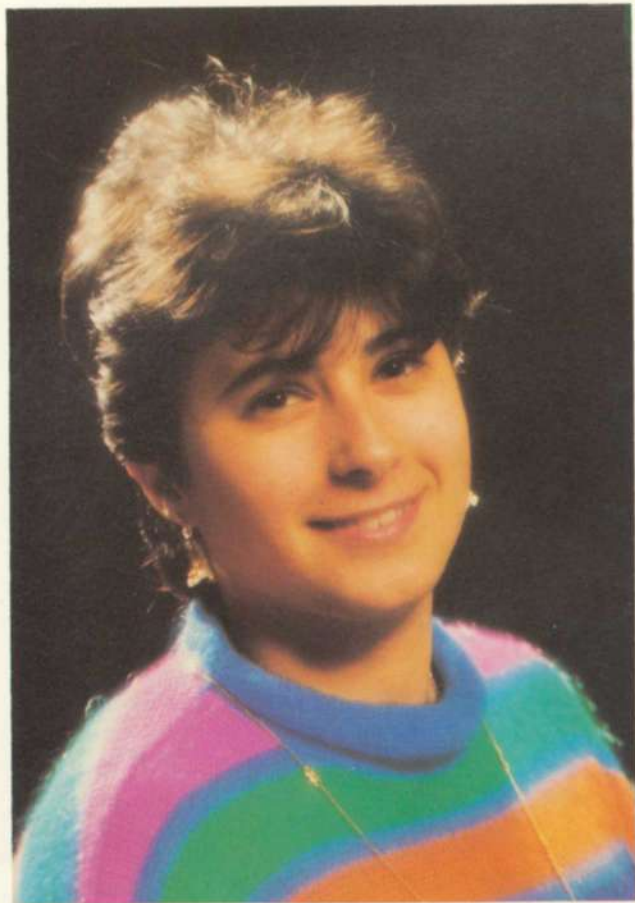


DIEGO VIZCAINO PEIRO
y M.^a ANGELES REQUENA MARTINEZ
Comparsa Piratas



RAFAEL SILVESTRE GUERRERO
y M.^a DEL CARMEN SANCHEZ ALBERT
Comparsa Estudiantes

BANDO MORO
Abanderadas 1985



ANA ISABEL AMANTE LLOPIS
Comparsa Musulmanes



TERESA GIL VERDU
Comparsa Marroquies



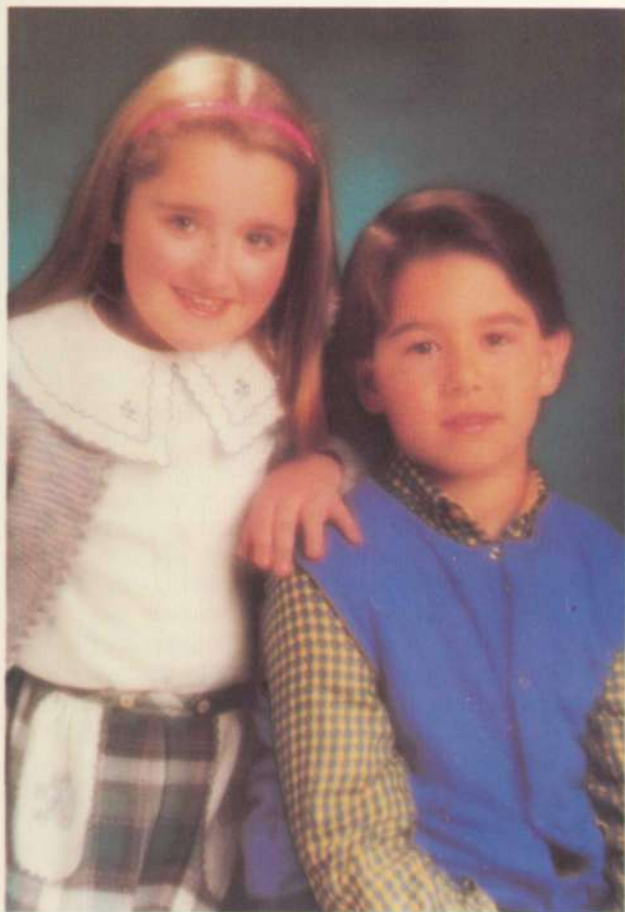
ISABEL RUEDA TOMAS
Comparsa Realistas



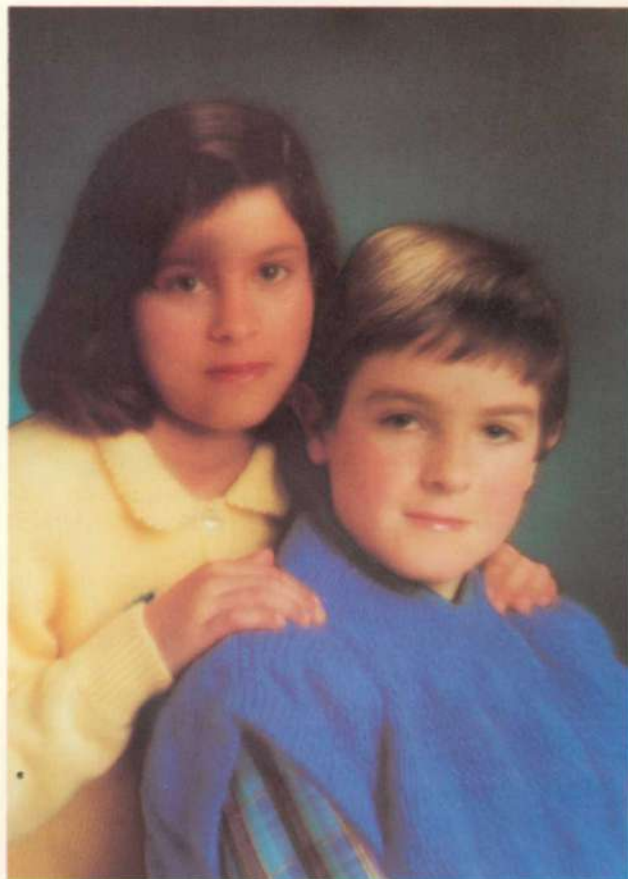
MARILUZ RUZAFÀ VIDAL
Comparsa Huestes del Cadí

BANDO MORO

Abanderadas y Capitanes Infantiles 1985



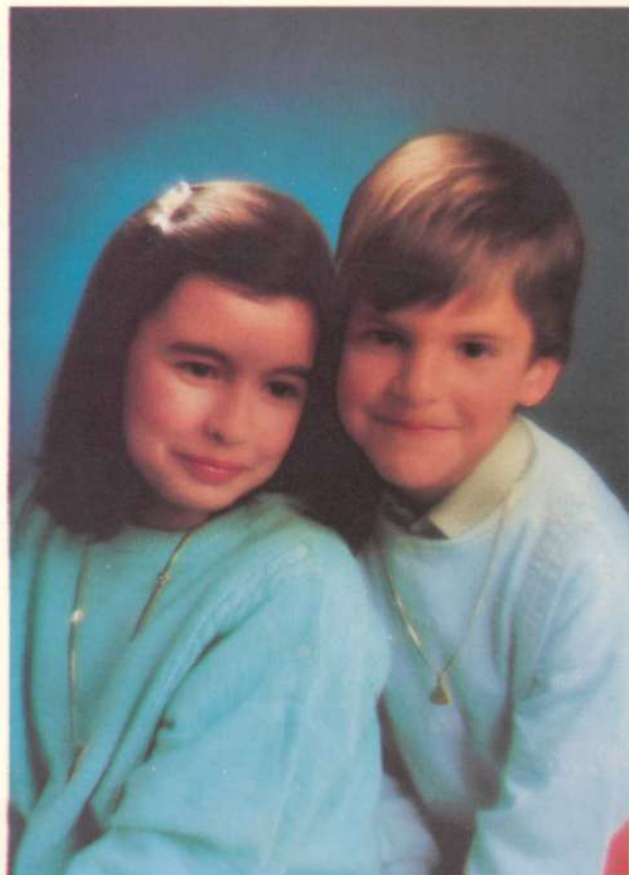
**CARLOS HERNANDEZ JIMENEZ
y VIRGINIA LLOPIS HERNANDEZ**
Comparsa Musulmanes



**LUIS EDUARDO CARRASCO PRATS
y SUSANA HERRANZ FERNANDEZ**
Comparsa Marroquíes



**ALEJANDRO GUASCH BUSQUIER
y ANA BELEN ROIG JUAN**
Moros Realistas



**FRANCISCO JOSE POVEDA BOTELLA
y VERONICA POVEDA BOTELLA**
Comparsa Huestes del Cadí

La Mahoma

Ese grotesco y peculiar muñeco de cartón que, en ciertos lugares de alta graduación festera, aparece como simbólico objeto de agasajo por festeros y no festeros, vestido a la usanza de nuestras comparsas moras —concretamente con el traje de una de ellas— recibe el impropio nombre de «Mahoma» o «La Mahoma», con toda la carga de desprecio e ingenua ofensa que ello conlleva.

Sin embargo, pocos serán ya los que recordarán que también en nuestra representación festera anual aparecía ese «fantoche» acartonado —vestido con los ropajes de moro marroquí— que movía convulsivamente su cabeza de izquierda a derecha mientras fumaba un ostentoso y demoledor puro. Todavía creo recordar cuando en la tarde del «martes» de fiestas la comparsa de Marroquíes —que tenía este singular privilegio— recogía con todos los honores tan enorme como pueril «ingenio» del domicilio —pienso— de quien cada año renovaba su explosiva y moruna testa. Recuerdo también su colocación en una de las almenas del castillo durante la celebración de la Embajada Cristiana y de cómo movía grotescamente su cabeza como si de burla y escarnio hacia los cristianos quisiera hacer gala. La ingenuidad propia de nuestra infancia adquiría particulares brillos cuando —una vez acabada la Embajada y el bando cristiano ocupaba triunfante el simbólico y «derrengado» castillo— se le encendía el enigmático puro a la «Mahoma» y su enorme cabeza estallaba por los aires entre el gozo de los festeros y el pequeño susto de los niños que asistíamos encantados al grotesco espectáculo. Luego, como broche de nuestras fiestas, el cuerpo sin cabeza de tan simbólica y a la vez inusitada figura era acarreado por la comparsa a quien se le imputaba tal honor en un desfile que quería ser ingenuamente triste, pero que exhalaba por sus cuatro costados un humor y un sarcasmo propio de la Fiesta por antonomasia. Este desfile o «Entierro de Mahoma», acompañado de los sones fúnebres que interpretaba la banda de música y con el mimetismo que ofrecían los festeros participantes, propio de quienes imitan un entierro de los «de verdad», presentaba un espectáculo sin igual y creo que característico de nuestra Fiesta eldense.

Hoy, desde mi punto de vista de festero partícipe y de amante de todo lo que irradie Fiesta y sea auténtica manifestación de ésta, creo ver esta costumbre tan singular como algo de unas raíces mucho más profundas de lo que pudiera parecer a simple vista.

Sin duda esta costumbre de sacar la «Mahoma» en fiestas, de destruirla toda o en parte, y ofrecer su posterior simulacro de entierro encierra un simbolismo muy característico de las fiestas rituales que llamamos de tipo carnalesco y a las que —sin duda alguna— nuestra representación festera pertenece por sus muchos vínculos comunes. En muchos de estos rituales agonísticos (1) o de lucha entre dos bandos contrarios (el Bien y el Mal), aparece frecuentemente un muñeco que representa invariablemente al principio del Mal —la Vieja del Carnaval, la Befana italiana, el Peropalo de Villanueva de la Vera— y que es destruido y al que después se le hace un entierro acompasado de lamentos con acompañamiento de risas y burlas. Este es un típico elemento «trenético» (2) que tiene —como es fácil observar ante lo dicho— un estrecho parecido con nuestro ritual cristiano-moro, especialmente en esta singular y desaparecida mimesis de la destrucción y entierro de la «Mahoma», que representa a un espíritu del Mal —la morisma, la propia religión musulmana— muy caracterizado frente al principio del Bien, es decir, la ideología cristiana imperante en nuestra española sociedad en los momentos de apogeo de la Fiesta.

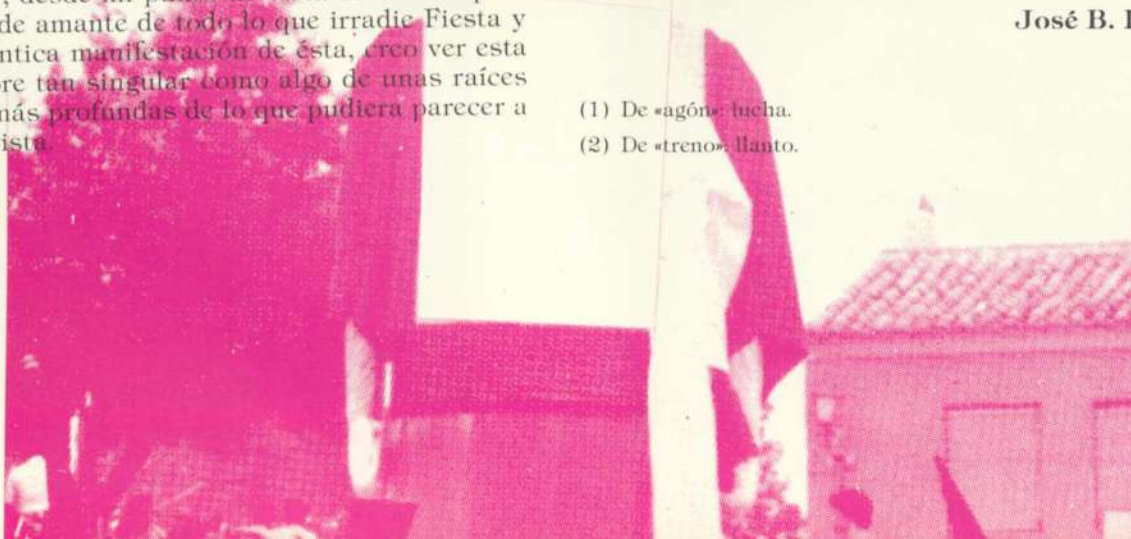
En la actualidad —como todos sabemos— ha desaparecido este interesante ritual de nuestros actos festeros. Creo entender que el motivo aducido para su desaparición es la ofensa que pudiera infringirse al pueblo árabe, amigo del nuestro por tantos lazos de unión como hay entre ambos, al mimetizar de forma grotesca y sarcástica sus símbolos más sagrados representados en la figura del Profeta.

No obstante, yo me pregunto por qué no resucitar esta magnífica costumbre, este rito simbólico de nuestra Fiesta que bien podría llamarse de otra manera y representar principios que no hieran la sensibilidad de nuestros amigos, los pueblos árabes. Estudiosos hay que podrían analizar el tema y buscar fórmulas que nos lleven a rescatar ese muñeco de cartón llamado «Mahoma» de las garras del olvido y adaptarlo a las circunstancias actuales de nuestra singular Fiesta de Moros y Cristianos.

José B. Blanes

(1) De «agón»: lucha.

(2) De «treno»: llanto.





*A mi sobrino Antonio Delicado Cano
y para todos los eldenses en
su fiesta de Moros y Cristianos.*

LOS MUSULMANES

Los Musulmanes
misteriosos cantan
a su media luna
su canción romántica.

Rudaces, valientes
van con su comparsa
igual a un romance
de poesía y alma.

Van los estudiantes,
también los piratas
y Elda en fiestas
se viste de gracia.

Los contrabandistas
las abanderadas
son cual unas reinas
de gran elegancia.

Moros Realistas
luciendo la espada
desde unos balcones
mi aplauso yo os daba.

Moros Marroquíes
despertar al alba
estrellas, luceros
en la noche cálida.

Huestes del Cadi
flor de la esperanza
vuestrós trajes verdes
con blancor de nácar.

Zíngaros, bohemios
de doradas alas
zíngaras vestidas
de oro y plata.

De un tiempo lejano
tiempo de una España,
van los españoles
con toda arrogancia.

Hombres y mujeres
con amor trabajan
para que esa fiesta
tenga rosas blancas.

Como la frescura
de una cascada
Amor y trabajo
en Elda es fragancia.

Y los Musulmanes
misteriosos cantan
a su media luna
su canción romántica.

Yo voy recordando
que fui la sultana
del Rey más valiente
que nadie soñara.

PAQUITA DIAZ DE SAEZ



Comparsa de ZINGAROS

Sorpresa en la Fiesta. Las calles de Elda se llenan de una nueva luz cuando en 1948 los Zíngaros hacen su irrupción en los Moros y Cristianos, y le dan así a la Fiesta de Elda un carácter peculiar y único que otros han tratado de imitar y nadie ha podido conseguir.

Tal vez los aderezos, una salsa muy especial hecha con gracia, cariño, carácter acogedor y aventurero, ánimo emprendedor, sueños y diseños de ilusiones; no nazcan en otros lugares en la justa medida que nacen en el Valle, haciendo que la fantasía domine al entendimiento.

Y aquí estamos una y otra vez. Naciendo siempre. Con amplios horizontes cada vez. Sin más recuerdos que los que vale la pena conservar.

Luna deshecha a lunares
que se vuelven panderetas.
Rayos de luna cortados
en forma de lentejuelas.
Corazón hecho de soles
que en la Fiesta centellea.
Rumores de cascabeles.
Cintas de nube a guedejas.
Peregrinaje festero
aunque no se haga en carreta,
y un horizonte de luz
tras una hermosa bandera.
Son los Zíngaros que pasan
teniendo por norte a Elda.

José A. Sirvent



Comparsa de CONTRABANDISTAS

Armas firmes al brazo. Ritmo y gracia en el desfilar de sus escuadras. Las navajas se abren para cortar esos claveles que lucirán en el pelo sus mujeres. Veteranos e infantiles compiten en el entusiasmo. Los Contrabandistas nacieron a la Fiesta con la Fiesta misma allá en el año 1945, cuando se les desbordó el entusiasmo de tal forma que aún sigue desbordándoseles.

Su carroza, la de siempre, es un abanico abierto que diríase trae una nueva frescura a nuestra Fiesta, no en balde es una comparsa precursora de la participación infantil y femenina. Su carroza es un abanico abierto que diríase quiere espantar o ahuyentar a los moscones de la Fiesta eldense, no en balde ha sido siempre una de las comparsas cumplidoras y celosas de que se guardara el orden en los desfiles y demás actos.

¡Templan cuchillos de luna
los anuncios de alborada!
De la plaza Castelar
los Contrabandistas bajan.
Ni ellas navaja en la liga
ni ellos la faca en la faja.
¡Que a ellas basta para herir
tan sólo con sus miradas!
¡Que a ellos les basta y les sobra
con su marcha siempre hidalga!
Al frente van dos jinetes
—simbiosis de Helio y Diana—
cada uno es el mejor.
Capitán y Abanderada.
Cortan cuchillos de sol
el aire de las miradas.
Allá abajo por Chapí
los Contrabandistas marchan.

José A. Sirvent



Comparsa de CRISTIANOS

En el año de la resurrección de la Fiesta estuvieron allí, y su presencia sirvió para que ésta tomara su auténtico nombre de Moros y Cristianos.

En el año 1985 en que escribo esto siguen ahí, continuando con su presencia la nomenclatura festera.

Han pasado —tanto es su valor y su valer— las mismas dificultades que otras comparsas, y también algunas dificultades más, y sin embargo, ninguna fue suficiente para que sus tambores y cornetas tocaran a retirada. Siempre adelante, renovándose, insuflando sangre nueva y conservando la antigua.

Cada año me traerían la sorpresa de su amor a la Fiesta, si no fuera porque su amor es tan grande que ya no me sorprende.

Espadas que se hacen cruces,
cruces vueltas en espadas,
no llevan de mallas cota,
plumas al viento, leonadas,
admiración a su paso
y al calor de sus miradas,
valor en sus corazones.
Y por la Fiesta soñada
nace ilusión cada hora,
cada día, cada semana.
Adelante los Cristianos.
¡Seguros y altivos marchan!

José A. Sirvent



Comparsa de PIRATAS

Tal vez la creación de la Fiesta les cogió allende los mares y por eso no fue hasta 1946, segundo año de la misma, cuando hicieron su irrupción en ella, y desde entonces y parodiando la célebre canción decir siempre: «Que es la Fiesta mi tesoro...».

La composición de esta Comparsa se ha ido renovando con el discurrir de los años y hoy podemos afirmar sin lugar a dudas, que es una de las más vistosas, tanto por el número de sus componentes, como por la imaginación de que hacen gala a la hora de diseñar el vestuario de sus escuadras, de las que cabría afirmar que todas son especiales.

Se iniciaron con el bando moro para pasar más tarde a nutrir las filas del bando cristiano, dada la desproporción existente en aquel momento.

Lentejuelas en los trajes
de dos mil rumbos sacados.
Colores de siete cielos
a diez mares asomados.
Galeones de fantasía
abordan para su paso.
Desfilarán los Piratas,
hermosas ellas, gallardos
los que portan calaveras
que quieren significarnos,
que hasta después de la muerte
de Elda están enamorados.

José A. Sirvent



Comparsa de ESTUDIANTES

Los puristas de la Fiesta no justifican demasiado a esta Comparsa que nació con nuestros Moros y Cristianos, y que también están presentes en muchos pueblos del ámbito festero.

Yo tengo una especial predilección por ellos, porque con ellos estuve a punto de nacer a las Fiestas. Sobre el fondo negro como la noche de sus vestidos, aletean los sueños de las multicolores cintas en las que es posible escribir lo real y lo absurdo.

Su crecimiento también ha desbordado todas las previsiones en los últimos años. Diríase que muchos aprendices de festeros necesitan hacer unos estudios o aprendizajes preliminares, porque se nutren principalmente de gente joven, aunque algunos se queden luego como queriendo hacer un doctorado eterno.

En Elda, los estudiantes,
cuando pasan desfilando,
van aplausos arrancando
lo mismo ahora que antes.
Tienen mil simpatizantes.
Tienen la sal a raudales.
Sus chavalas y chavales
bailan, incordian y cantan,
y los ánimos levantan
porque son... sensacionales.

José A. Sirvent



Comparsa de MOROS MUSULMANES

D. Emilio Castelar en 1876 apuntaba ya «... pareciannos Muza o Tarik, grandes sultanes de serrallo, incapaces de probar el torrezno y de respirar el vino, así que vestían los pantalones bombachos de seda amarilla...».

No obstante, esta Comparsa no nace hasta 1947, llevando como distintivo ese amarillo, símbolo de tesoros escondidos. El oro de sus colores se hace canción en los desfiles, al dar colorido al ambiente las voces de los componentes de esta comparsa, la más numerosa de todo el ámbito festero en el bando moro. Lágrimas en los ojos de los que alguna vez han sido festeros y de los que oyéndoles aprenden a serlo.

Los Musulmanes son dos veces moros. Dios y Alá quieran que siempre sean dos veces festeros y sobre todo dos veces eldenses.

Herederos de la historia.
La Fiesta hacen resucitar.
Cien apretadas hileras
seguras en su avanzar.
Mil alfanjes. Medias lunas
que no cesan de brillar.
Agradezco a mi fortuna
ver estas hordas pasar.
Rasgando el aire timbales
que acompañan su cantar
ya vienen los Musulmanes
imposibles de imitar
grandiosos y señoriales,
como las olas del mar.

José A. Sirvent



Comparsa de MOROS MARROQUIES

Los Marroquíes se simbolizan entre nosotros con el color rojo. El color del fuego. El color de las hazañas y de la sangre en las batallas que tendrían que lidiar para estar presente en el primer año de nuestra renacida Fiesta.

De entonces a acá el camino no ha sido fácil, y las dificultades no han sido pocas, pero todo se ha obviado siempre con el fuego del amor que nació en sus corazones y que se va transmitiendo de unos a otros.

Ellos son como una cercanía porque siempre han sido una comparsa afable, y lo siguen siendo. Dándonos ejemplos como el que supone rendir homenaje a la mujer festera, personalizándola en todas sus abanderadas. Hecho éste del homenaje a la mujer que ahora otros tratan de reivindicar, dando pruebas de su desconocimiento de la Fiesta eldense.

No las hacéis para historias
Marroquíes, las hazañas.
Las hacéis para la gloria
de la Fiesta de Elda y basta.
Suenan clarines, timbales.
Todos os ponéis en marcha,
las olas de los turbantes
con las olas de las capas,
semejan cálidos mares.
Son como arenas lejanas
que secan de tanto amor
del público las gargantas.
Y humedecen con amor
los ojos, con una lágrima.

José A. Sirvent



Comparsa de MOROS REALISTAS

Los Califas de Córdoba debieron de agitarse en sus tumbas al ver de nuevo su color —el azul— desfilan al ritmo firme de tambores y atabales.

¡Qué ilusión tan grande la de aquellos hombres que en 1945 cortaron girones de nuestro cielo siempre azul para vestirse con ellos!

¡Qué ilusión tan grande sería la que sintieron en aquellas fechas que aún hoy permanece y perdura, renovándose y ratificándose cada año con su participación en la Fiesta!

El ser moro equivale a ser español a partir de Córdoba, y ahora con los Realistas, ser moro adquiere una clara identidad de ser festero y ser eldense.

Aquí llega otra bandera.
Los Realistas se destacan
con el cielo prisionero
relumbrando entre sus capas.
¡Madre yo quiero ser moro!
Al verlos muchos exclaman.
Detrás de su Capitán,
honrando a su Abanderada.
Alfanjes ensangrentados
de las flores aromáticas
que tiñen el aire de Elda
con edenes y esperanzas.
Sorteando el aire de Junio
mecen y bailan sus capas.

José A. Sirvent



Comparsa de HUESTES DEL CADÍ

Es la más reciente de nuestras comparsas moras. Nos llegó en las Fiestas de 1977 luciendo por divisa el verde, que es el color árabe que simboliza la paz.

Es una comparsa que nació ya hecha, porque en ella se aglutinaron moros y cristianos —nunca mejor dicho—, que ya eran veteranos en la Fiesta. Con ellos y una cierta cantidad debidamente dosificada de elementos nuevos, se dio origen a otra concepción, a la vez tradicional del quehacer festero, ya que sin fallar ni faltar en éste, han alumbrado entre otras actividades un concurso-exposición de minicuadros con auténtica categoría nacional.

Lo cierto es que hacen honor a su nombre ya que el Cadí era el hombre sabio encargado de hacer justicia, y las Huestes tratan de hacer justicia a la Fiesta enalteciéndola y dignificándola.

La luna enmarca el castillo
con su lluvia plateada.
La media luna una torre
en sus lanzas se remata.
Verde paso. Verdes sueños.
El color de la esperanza.
Han completado el tesoro
de mi Fiesta bienamada.
Ya tenía el oro a raudales.
El rubí no le faltaba,
ni tampoco las turquesas.
Y ahora ya tiene esmeraldas.
Las Huestes del Cadí son
una joya que no estaba
en la corona festera
de la hueste mahometana.

José A. Sirvent



A las Fiestas de Elda

Festero, nunca te canses
de laborar por la Fiesta,
para que vaya en aumento
su calidad y pureza,
pues lo que vale, en la vida,
es aquello que nos cuesta.
Cuando te asalte el desánimo
por las cosas que te inquietan,
supera las negras nubes,
echa a los vientos tus quejas
y que el aire se las lleve
siempre, más lejos que cerca.
Sin tardar llegará junio
y con este mes tu Fiesta,
la de Moros y Cristianos,
con su alegría y belleza.
Se iluminarán las calles
de tu simpática Elda
con miradas y sonrisas,
con luceros, con estrellas,
pues los festeros son siempre
lo mejor que hay en la Fiesta.
Elda es una ciudad joven
aunque en su historia sea vieja

y sus Moros y Cristianos
lo rubrican y lo prueban.
Luce el festero su traje
cual guerrero de leyenda,
bien como moro o cristiano,
más en la paz que en la guerra.
La festerera hace del suyo
un alarde, una proeza,
pues diseños y bordados,
pedrería y lentejuelas
lanzan a los cuatro vientos
de la mujer la belleza.
Y así, llenos de ilusiones,
vais viviendo vuestra Fiesta.
Vendrá el forastero a veros,
disfrutará mucho al verla
y se marchará pensando
en volver de nuevo a Elda,
pues sus Moros y Cristianos
son cual ave marinera
que pasa evolucionando
por los aires de la tierra.

CONCEPCION QUERO

Abanderadas y Capitanes 1985

Bando Cristiano

COMPARSA DE ZINGAROS

Mayores:

NATIVIDAD ROMAN ROMERO
CAMILO VALOR ESTEVE

Infantiles:

RAQUEL ESTEVE GIL
JAVIER NAVARRO CREMADES

COMPARSA CONTRABANDISTAS

Mayores:

MARIA TERESA ESTEBAN VILAR
JOSE MIGUEL HERRERO CUENCA

Infantiles:

IVANA MARIA CEBRIAN OLAYA
FRANCISCO JAVIER GARCIA PEREZ

COMPARSA DE CRISTIANOS

Mayores:

MARIA ANGELES JAVALOYAS GIRONES
LUIS JAVALOYAS SEBASTIA

Infantiles:

RAQUEL GAMBIN ROCAMORA
JOSE MIGUEL VERA POVEDA

COMPARSA DE PIRATAS

Mayores:

ENCARNITA BUSQUIER RICO
ANTONIO MARTINEZ BERNABEU

Infantiles:

MARIA ANGELES REQUENA MARTINEZ
DIEGO VIZCAINO PEIRO

COMPARSA DE ESTUDIANTES

Mayores:

MARIA SALUD VERA JUAN
JOSE VERA JUAN

Infantiles:

MARIA DEL CARMEN SANCHEZ ALBERT
RAFAEL SILVESTRE GUERRERO

Bando Moro

COMPARSA DE MOROS MUSULMANES

Mayores:

ANA ISABEL AMANTE LLOPIS
JOSE ANTONIO AMANTE LLOPIS

Infantiles:

VIRGINIA LLOPIS HERNANDEZ
CARLOS HERNANDEZ JIMENEZ

COMPARSA DE MOROS MARROQUIES

Mayores:

TERESA GIL VERDU
PEDRO GRAS CHINCHILLA

Infantiles:

SUSANA HERRANZ FERNANDEZ
LUIS EDUARDO CARRASCO PRATS

COMPARSA DE MOROS REALISTAS

Mayores:

ISABEL RUEDA TOMAS
JOSE JOAQUIN RUEDA TOMAS

Infantiles:

ANA BELEN ROIG JUAN
ALEJANDRO GUASCH BUSQUIER

COMPARSA DE HUESTES DEL CADÍ

Mayores:

MARILUZ RUZAFÁ VIDAL
JOSE MARTINEZ SERRANO

Infantiles:

VERONICA POVEDA BOTELLA
FRANCISCO JOSE POVEDA BOTELLA



ROSABEL PEREZ AGUILERA

Comparsa
ZINGAROS
ABANDERADA 1984

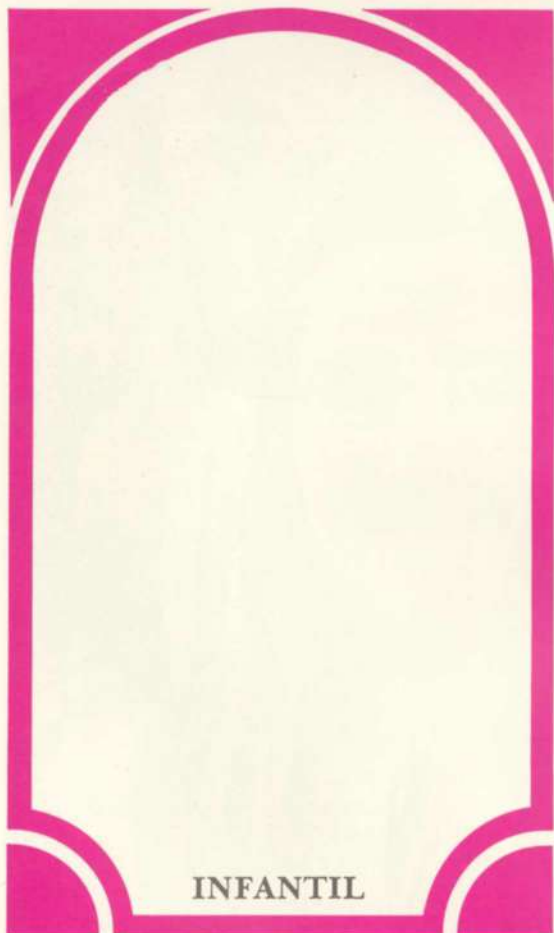
INFANTIL

CARMEN MELLADO VERA



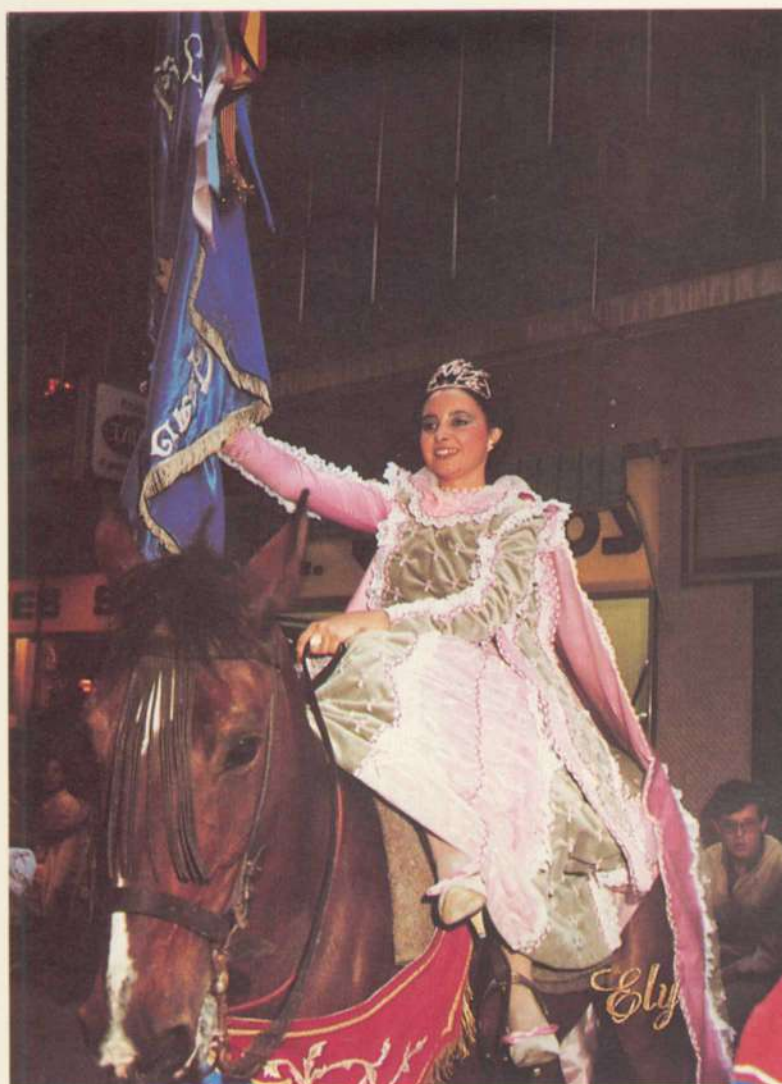


MARIA TERESA ESTEBAN VILAR



MAITE PUCHE HERRERO





Comparsa
CRISTIANOS
ABANDERADA 1984

M.^a ANGELES JAVALOYAS GIRONES



INFANTIL

RAQUEL GAMBIN ROCAMORA





ENCARNITA BUSQUIER RICO



ANA BELEN DIAZ BONETE





Comparsa
ESTUDIANTES
ABANDERADA 1984

DESIREE AGUADO RICO



INFANTIL

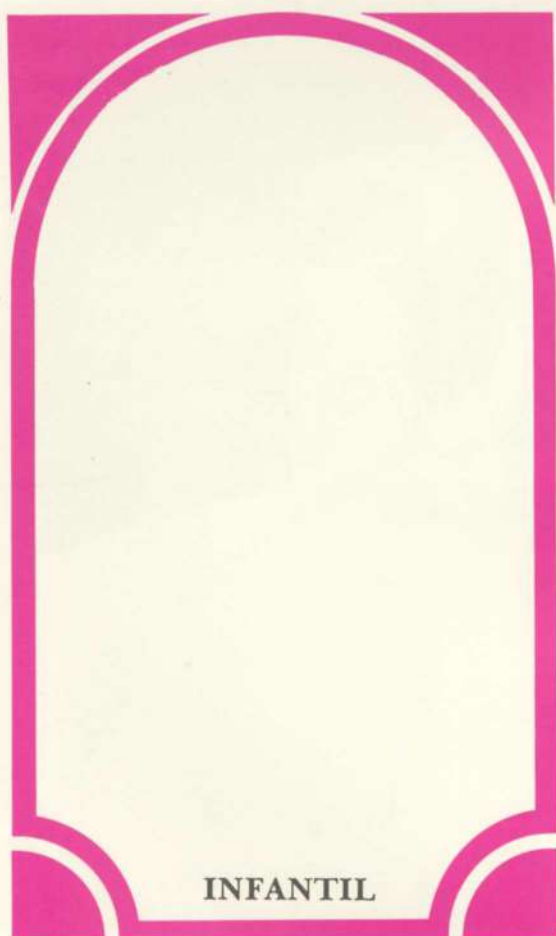
CLARA ISABEL VERDU LLORCA





Comparsa
MOROS
MUSULMANES
ABANDERADA 1984

ANA ISABEL AMANTE LLOPIS



INFANTIL

SONIA RODA PEREZ





TERESA GIL VERDU



JUDITH PARIS MAESTRE





Comparsa
**MOROS
REALISTAS**
ABANDERADA 1984

ISABEL TOMAS PORTILLO



INFANTIL

ANA BELEN ROIG JUAN





INMACULADA ARACIL SANCHEZ



M.^a ISABEL BONILLA MARTINEZ



La Fiesta como manifestación colectiva

Que la fiesta de Moros y Cristianos, nuestra Fiesta, anda por unos derroteros enormemente peligrosos en relación a su posible continuidad, es bien notorio. Hay —creo yo— un excesivo protagonismo, por un lado, que hace que quienes asumen los cargos representativos de la Fiesta (Capitán, Abanderada...) muestren una ostentosa participación en la mayoría de los casos que lleva a una acaparación de la propia Fiesta en manos de los que detentan el poder económico particularmente. Esto, sin duda, es grave e injusto a la vez. Para quienes defendemos la Fiesta como expresión popular, como tradición del pueblo que espontáneamente surge dando continuidad al primitivo sentimiento de «fiesta agraria» que todos llevamos dentro, heredado de nuestros antepasados, no debe tolerarse ésta llamémosle «privatización» de la Fiesta.

Es inadmisibles que sólo unos pocos —de acuerdo con esos mismos derroteros por los que va hoy la Fiesta en muchos lugares— puedan acceder a protagonizar la Fiesta por su excesivo costo —en un caso— y por ese afán de ostentación que «padece» —en otros determinados casos— el propio festero.

Creo sinceramente que la Fiesta debe tener esos retazos de protagonismo, de auténtica representatividad de unos cargos simbólicos y necesarios, pues sin ello perdería encanto y parte de su peculiar «modus faciendi»; pero lo que no debemos tolerar los festeros es que la detentación de cargos se convierta en simple acaparación de una determinada clase social —económicamente fuerte— en detrimento del resto de la población festera.

La Fiesta es una auténtica manifestación colectiva y espontánea —son importantes por lo repetidas estas características suyas— de todo un pueblo que festeja a un determinado y simbólico Patrón, que quiere representar —todo lo «descafeinado» y anacrónico que se quiera— unos hechos de nuestra inmortal Historia popularizados y magnificados en ocasiones. Como tal colectividad la Fiesta debe ser patrimonio de todos los festeros y no de una concreta y poderosa minoría.



Sin duda, en nuestra peculiar visión y organización de la Fiesta no cabe —por ahora— un excesivo protagonismo o abuso de esta representatividad festera. No se dan en nuestro caso —como sí está ocurriendo en otras poblaciones de honda raigambre festera— situaciones en las que ostentar la Capitanía —por ejemplo— con una cierta dignidad sea privativo de personas de abultada economía, quedando los demás festeros relegados a un decepcionante segundo plano.

En ese sentido pienso que debemos estar vigilantes para que eso no ocurra entre nosotros. La Fiesta debe estar protagonizada por la totalidad de los festeros, agrupados en escuadras y comparsas, y los cargos que las representan deben hacerlo dignamente y con empaque pero sin saltar los límites impuestos por el propio sentimiento de colectividad festera que debe caracterizarlos. Esos «boatos», esa sucesión de carrozas, escuadras de negros e incluso bandas de música que en otras ciudades «paga» ostentosamente el Capitán, en nuestro caso deben seguir siendo única y exclusivamente potestad de la Comparsa como ente colectivo y a la vez festero.

A pesar de esas escuadras especiales lujosas y atractivas —que deben existir, qué duda cabe—, a pesar de la renovación constante de trajes en escuadras femeninas y de negros necesarios pero no excesivamente costosos, a pesar de que la Fiesta se ha encarecido enormemente sin que nadie lo remedie, creo que debemos seguir con nuestra particular filosofía festera: que todo festero pueda representar a su Comparsa como Capitán o Abanderada sin que tenga para ello que «venderse al diablo», hipotecar su patrimonio o ser necesariamente un rico hacendado.

José B. Blanes



Acristianando lo moro en Elda, una cruzada imposible

1) Y en lontananza, albores de media luna

Todo empezó en los alrededores del monte Monastil. Aquella perdida mañana, en que la hembra «neandertalensis» o «eldensis» —qué en esto no se ponen de acuerdo los investigadores— fue seducida, a compás de garrota en ristre, con posterior arrastre capilar, hasta venir a parar con sus huesos enamorados sobre la nupcial piel de oso. (Dando por supuesto, que el catre es un invento muy posterior, como ha demostrado, hasta la saciedad, el ilustre «historiador» D. Antonio Mingote). Desde entonces, hasta hoy, ya ha llovido lo suyo, sobre este «jardín fresco y ameno» (según certe-

ra descripción del geógrafo ilustrado D. Antonio Joseph Cavanilles). Y eso que, a fuer de sinceros, habrá que reconocer, también, que estos pagos nunca fueron favorecidos, en demasía, por el tacaño y gurrumino dios de la lluvia. Pero, en fin, entre chaparrón y chparrón —que es tanto como decir entre milenio y milenio— dejemos dormir el sueño de los justos a los Indortes, Istolacios y a toda esa caterva de nombres misteriosos, que tachonaron de gestos y de gestas —dicen— la estrambótica noche de los tiempos, al par que, de bostezos, grandes como brocal de pozo, nuestras aulas de Historia pareada. (¡Oh, dramática epopeya de aquel Almanzor, que perdió el tambor en Calatañazor, en

mil dos!). Olvidémonos, incluso, del venerable Amílcar Barca, indómito cartaginés que, un día, dio un mal paso, tal vez el único, y acabó sepultado en las aguas —¿procelosas, torrenciales, aguas?— del desconcertante Vinalopó. Y, en fin, plantémonos, de una vez, en el año de gracia de 711.

Alguien había dado la voz de alarma: ¡los moros, en la costa! Y, como siempre, los dimes y diretes se desbocaron, imparables, como corcel sin jinete. Para las sufridas dahelianas, por ejemplo, hembras de rompe y rasga, que estaban hasta el moño de sufrir, en salva sea la parte, la chatarra mohosa de una ignominia llamada cinturón de castidad, la llegada de

aquellos brunos libertadores con tufillo a desierto y a jaima, de aquellos hombretones que en su virilidad a flor de piel traían colgada, además, la llave de la cerradura, por fuerza, tenía que ser vista con buenos ojos. Al que, sin duda, no le pareció tan cortés la visita fue al malaventurado D. Rodrigo. Y la cosa tiene su explicación. Que, en un mismo hacer, perdía la vida el hombre y, la corona, el monarca. «Ya no me queda una almena —que pueda decir que es mía», dicen que fue lo último que farfulló el godo. Mientras que, en sus reales adentros, maldecía a aquel ayo relamido, que le enseñó todo lo enseñable, menos el arte de mantenerse a flote, de nadar y guardar la ropa. Por eso, lleno de regia indignación, fue y se ahogó.

Ahogamiento que ni siquiera propició tres míseros días de luto oficial, ni importó un adarme a los recién llegados. Muy al contrario, cual dorada —voraz— nube de arena, se merendaron, de abajo a arriba, los confines del godo, instalando en ellos sus reales, sus fabulosas costumbres, su chocante religión, como más adelante se pormenorizará. Y, así, hasta vencer los últimos rincones de aquella erizada piel de toro. Soflama de la que tampoco se libró, ¿qué había de librarse?, el recóndito Valle del Vinalopó. Ni, por supuesto, Elda, en uno de sus ribazos. Horizontes, hay que reconocerlo, de tan encandiladora luz —torbellino de rojos, amarillos, blancuecinos— que evocaban un cierto resabio familiar, que traían a las mientes de los conquistadores un cierto confort archisabido. Por eso, los que tal vez iban de paso, se quedaron para siempre. (Un siempre de más de novecientos años, que tampoco es cosa de despreciar). Pero, la que armaron después, aquí, no es para ser contado. Sin dejar títere con cabeza, dijeron que no había más dios que Alá y que Mahoma era su Profeta. Lo demás era morralla, y punto. Y, para corroborar lo dicho, en el centro de Elda erigieron una Mezquita, en honor de la tal única divinidad. Que, bien mirado, no fue lo peor. Lo que levantó mayor sarpullido fue que a aquella fuente de siempre le llamaron Alfaguara; a aquel barranco de siempre, Handaq Almafrá; a aquel monte cimero de siempre, Cid. Al hombre más sabio del lugar le nombraron cadí; al guardia municipal, alguacil; al portal de la casa, zaguán; a la terraza, azotea; al taquillón, alhacena; a la silla, sofá; a la esparteña, zapato; a las bragas, zaragüelles y, al sursum corda, acabóse. De lo que resulta, que con aquella endiablada algarabía no había cristiano

que levantara cabeza, ni cristo que se entendiera. Y, claro está, vencido el primer susto, el susodicho rumí no se resignó a tal tropelía. Por contra, organizó su cruzada particular, ese continuo y penelopiano tejer y destejer que sesudos historiadores llamarían, después, Reconquista. Toma y daca que, a modo de descomunal hisopo relleno de jaculatorias y de agua bendita, vendría ganando terreno a la morisma, en sentido inverso al del comienzo; es decir, de arriba a abajo. Así fue cómo Elda, que quedaba en el centro, fue ganada para la cristianidad, cuando la Reconquista, que decimos, andaba a mitad de su camino. Cuando reinaba en Castilla D. Alfonso X el Sabio, un rey de sensibilidad tan acusada, que, hasta para maldecir del moro, endilgaba una cantiga aljamiada, acompañada de salterio. Pero, a lo que íbamos: la cristianización había comenzado, a bombo y platillos. Y con ello, las cuitas de lo moro y del moro, ahora convertido en mudéjar.

Poco después, la región entera pasaría a depender de la Corona de Aragón. Lo que tampoco mejoraría la situación. Porque, si bien, al mudéjar comarcano le fue permitido seguir gobernándose, en lo menudo, por medio de su aljama, de sus alcadies, de sus ideas y creencias; también es cierto, que fue condenado, para siempre, a compartir el pan y la sal, con una esquinada minoría de cristianos viejos. Lo que, a la larga, devendría en irrespirable convivencia. Hasta desembarcar, hacia el año de 1526, en una cruel decapitación de su estatus político-religioso, en un inapelable bautismo por decreto, en un amargo pasar de mudéjar a morisco. Esto último, bastante más injurioso, por si aún no estaban curados de espantos. En fin, que ya lo decía su propio adagio: «quien malos fados trae en cuna, o los pierde tarde, o nunca».

II) Los perfiles de una convivencia: latente tensión, drama interno

El 2 de enero de 1526, en efecto, la política cesarina de Carlos I de España y V de Alemania publicaba un intransigente bando, por el que se cifraba el 15 del mismo mes, como fecha tope, para que los moros del Reino de Valencia se convirtieran, de una pajolera vez, al cristianismo. O bautizarse, o emigrar a Berbería. Ese era el dilema, so pena de cautividad y confiscación de bienes. Ni que decir tiene, la mayor parte aceptaron el bautismo y la secuela de renunciaciones que implicaba. Del mal, el menos. Para mejor conseguir esta reconver-

sión espiritual de sus vasallos, los Señores de Elda —los Coloma habían comprado la villa a los Corella, algún tiempo atrás— hacia 1528, desde el alcázar que enseñoreaba el centro de la población, mandaron purificar la vieja mezquita y dedicar su recinto al Dios de los cristianos, que por algo era el verdadero Dios. Se abría, pues, para el Morisco, el paréntesis de la simulación, del recelo, de los ocultos acechos. Pero, por las barbas del Profeta, ¿que perdía el morisco eldense, en aquel aciago 2 de enero de 1526, para tanta polvareda? Lo perdía todo. O, prácticamente, todo. Mal que bien, hasta aquel momento, las dos comunidades se habían soportado, dentro de una problemática convivencia. (Según Boronat y Barrachina, hacia el 1526, Elda y Petrel sumaban 700 familias o «llars» de moriscos (1); Lamberto Amat, gran historiador de Elda, asigna a esta villa, para antes de la Expulsión, 360 familias de moriscos y 80 de cristianos viejos; en cualquier caso, los moriscos estuvieron siempre en franca mayoría). La problemática, que decimos, se canalizaba por tres vías fundamentales: diferencia religiosa (la más importante, tal vez); diferencia idiomática (algarabía frente a aljamía); y diferencia en usos y costumbres. El musulmán presentaba, además, rasgos físicos y temperamentales muy distintos y distantes de los del rumí. Entre otras señas, aquellos eran más sobrios en sus alimentos, más lujuriosos y fecundos en su vida sexual. O, al menos, así lo propalaba su vecino inquisidor. De cualquier manera, será interesante que nos acerquemos a las características vivenciales moriscas, antes de que el ciclón de 1526 las borre de la faz de la tierra. (Qué no borro —adelantémonos a decirlo—. De ahí que hubieran de aparecer nuevos bandos restrictivos, como el fechado en Valencia, el 22 de septiembre de 1545, el cual sería pregonado, entre otras, en las ciudades de Xátiva, Oriola, Alacant y en las villas de Ontinyent, Bocayrent, Elda y Novelda) (2).

a) *Vida Religiosa.*— El Morisco era un ser eminentemente religioso. Hasta se diría que un sí es, no es fanático. Y lo demostraba, a cada paso, practicando la çala u oración. Sobre todo, los viernes; para ellos, día santo: «día de oración e de holgar». Completaban estos indicios, con la práctica del atahor o purificación corporal: «se desnudan de cueros y ponen en una artesa con agua caliente y jabón y se laban todo el cuerpo» (3). Por si fuera poco, reincidían, con el guadox o ablución: con un jarro de agua fría se lavaban tres veces las manos, «Y la

badas las manos ponense de cuclillas y se laban las partes vergonzosas» (4). Anualmente, celebraban el Ramadán. Un completo mes de ayuno, al final del cual, festejaban, en familia, la Pascua, con grandes alborozos y convites. Refiriéndose, precisamente, a esta celebración, el Señor de Elda, Ruiz Corella, escribía a los «Honorables... Consells e homens bons de Villena», en 1493: «con los moros sian ara en dejuni a deca la lur Pasqua no puguen denegar la cequia de la dita Font del Chopo» (5). Pero, entre todas, dos prescripciones coránicas estaban muy arraigadas: no comer carne de cerdo y no beber vino. Lo primero era cumplido a rajatabla. Hasta el extremo de repugnar al Morisco la ingerencia de alimentos tales como zanahorias, rábanos o nabos, «por ser comida de cerdos». En lo que al vino concierne, hay mucha tela que cortar. Por supuesto que estaba prohibidísima su degustación, pero algunos se la pasaban a la torera, rindiendo un culto excesivo al morapio. Al menos, en la región granadina de Baza, Orce y Huéscar. Y, como nada hay nuevo bajo el sol, diremos que nuestros moriscos le daban, también, cosa fina, al hachís o «alhaxix»: especie de narcótico, sacado de las hojas del cáñamo, cuya definición nos la brinda el gran historiador de la cuestión morisca, Mármol de Carvajal: «es una yerba —escribía— que los turcos acostumbraban a comer cuando an de pelear, porque los haze borrachos, alegres y soñolientos» (6). Y, criticando los levantamientos moriscos de 1568, el Licenciado Alonso del Castillo, decía: «porque son borrachería de hombres que no tienen vergüenza de emborracharse ora con vino, ora con alhaxix que es más varato» (7). ¡Y la pasotería andante de nuestros días, que creía haber descubierto la pólvora!

b) *Indumentaria, abalorios e higiene*.— Por encima de cédulas y bandos, el morisco seguía ataviándose como lo hicieran sus antepasados. La mujer, en especial, demostraba un sumo placer en usar la almalafa, las alcandoras, los zaragüelles. Hacia 1560, el morisco castellanizado, Núñez Muley, confesaba que muchas familias guardaban, hasta tres y cuatro generaciones, los trajes femeninos propios de bodas y de otras ceremonias. Pero, ¿qué prendas llevaba la morisca debajo del sobretodo o almalafa? Veamos cómo la pintaba, del natural, el viajero veneciano Andrea Navagiero, en 1526: «Las mujeres visten completamente a la morisca, que es un traje muy fantástico: llevan camisas que apenas les bajan del ombligo, y ade-

más sus zaragüelles, que son unas bragas de tela de color, bastando que en ellas entre un poco la camisa. Las medias, desde las bragas abajo, ya sean de paño o de otra tela, están todas arrugadas, y los fruncidos hechos por el revés, de manera que hacen parecer muy gruesas las piernas. En los pies no llevan zapatillas, sino zapatos pequeños y ajustados... Encima llevan un manto de tela blanca (almalafa), que las cubre hasta dar en el suelo, en el cual se envuelven y tapan, de suerte que si no quieren, no son conocidas». Los hombres, por su parte, bebían los vientos por una hembra jamona, bien metida en carnes. Y, a ser posible, con dos ubérrimas razones, en el sitio de costumbre. Por esta cuestión, «todas se quiebran los pechos —sigue contando Navagiero— de manera que crezcan, y les cuelguen mucho, y sean grandes, que esto les parece hermoso» (7). Para cultivar este atractivo, la morisca pasaba mucho tiempo durmiendo, bañándose y comiendo. Y, una vez que salía del baño, se pintaba las uñas de rojo, se tatuaba brazos y piernas, se embadurnaba los negros cabellos con ungüentos olorosos, como la alheña, y remataba la coquetona operación, con un tocado de diadema. Después, a esperar al Mohamed de turno, con la más irresistible y sensual de las sonrisas.

Ya hemos hecho mención de los baños. Lugar tan imprescindible en toda colectividad morisca, como denostado y vituperado por los cristianos viejos circunvecinos. (Ignoramos el lugar ocupado por los de Elda; ¿por qué no en aquella evocadora calleja de «Cayda al Río», por ejemplo?). Los baños artificiales árabes, con agua caliente incluida, eran muy frecuentados, especialmente por las hembras, como medida de higiene. Que hay que reconocer que eran comadres bien relimpias, no como otras vecinas vecindonas de tres al cuarto. Y, aunque esté feo el señalar, digamos que el historiador cristiano Bermúdez de Pedraza, con los ojos como platos, clamaba de los moriscos: «¡Lávanse aunque fuese en Diciembre!». Con lo que caía en considerar al baño como un elemento verdaderamente excéntrico. Claro, que, bien mirado, ¿qué otro juicio podía esperarse de unas gentes que hacían vocinglera apología de la mugre? Que hasta su misma reina —la catolicísima reina Isabel— había aguantado, sólo Dios sabe cuánto tiempo, sin cambiarse de chambra, so color de una promesa. A la redomada cristiandad de autos, los dedos se le antojaban huéspedes. Y, en el mejor de los casos, en los baños no veía más

que un lugar de escándalo y de perdición eternal. En donde, para colmo, se ejecutaba el más nefando de los pecados: lavarse; amén de otros pecadillos, más disculpables, como el de «voyer». Porque era notorio que «estándose bañando las mujeres, entraban muchos hombres, a la (misma) hora, sin razones» (8). ¿Cómo no pensar que allí había gato encerrado? Pero, en fin, a pesar de los pesares, los moriscos siguieron glorificando al agua. Y lo único que se dignaron responder a los oprobios antiacuíferos del rumí fue que «quien lava al asno, pierde el agua y el jabón». ¿Qué más y qué menos se merecía aquella turba gorrina?

c) *Ritos y celebraciones*.— Las fiestas familiares eran vividas con gran esplendor por los moriscos; recorriendo, sin empacho, a los ritos ancestrales de su pedigrí oriental. Así, bodas, bautizos, entierros... Por aquello de que más vale una mala boda que un buen entierro, empece-mos por las coyundas. La novia, ataviada con el traje nupcial de sus abuelas, era llevada a la iglesia a lomos de una mula blanca. Le seguía un rumoroso tropel de familiares y convidados. Con la propia comparsa al retortero, los novios eran introducidos, seguidamente, en los baños. Allí celebraban rituales íntimos, que no son del caso. Y acto continuo, se encerraban a piedra y lodo en la mansión nupcial durante ocho días. Y para que no se distrajeran en acciones superfluas, la comida y esas menudencias les eran acercadas, diariamente, por familiares y amigos. Transcurridas las ocho agotadoras jornadas, los novios abrían, ¡por fin!, la puerta y recibían a sus amigas, las cuales les obsequiaban con cantares alusivos a su nuevo estado. Finalmente, todos celebraban las leilas o bailes nocturnos, al ritmo de instrumentos tan jaraneros como sonajas, adufer, rabeles y demás productores de jaleo. La escandalera colorista de estas celebraciones suscitaban, en efecto, un gran poder de convocatoria, entre los propios cristianos, por cuanto algunos sacerdotes y sacristanes rumies se pirrabán por asistir a tales regocijos, en los que se atrevían, ¡santo Dios!, «a cantar y dançar y tañer y hacer otros ejercicios indecentes» (9). Lo que, claro está, les fue prohibido terminantemente por el baranda de turno.

Y si lo que tenía que pasar pasó, transcurrido un tiempo prudencial, un nuevo morisco se dejaba caer por esta tierra. Aunque en esto la Iglesia había sido tajante: «ningún cirujano,

ni médico, ni otra persona alguna de licencia para cortar el prepucio de su miembro, sin expresa licencia del prelado o del corregidor» (10). Pero, la verdad sea dicha, los niños moriscos seguían siendo manipulados al nacer en sus partes verendas. Si, por un casual, la operación clandestina era descubierta, los padres se disculpaban, aduciendo que el niño había nacido así. «Ser cosa que puede acaecer así», decían. Aunque los estrechos vigilantes del orden prepuccial no se tragaban la bola. Sino que, en evitación de tales frivolidades, se prohibió a las parturientas ser asistidas por correligionaria morisca habiendo a mano parteras cristianas. Con todo, que la circuncisión continuó festejándose en el Reino de Valencia nos lo confirma el ya mentado Boronat Barrachina, trayendo el caso de un «especialista» que, en 1567, «retajaba o circuncidaba a los muchachos moriscos en Chelva y en otros muchos lugares, por la cual operación le daban trigo y dineros, y que los retajaba con unas tijeras» (11). Tampoco tenía más éxito la obligatoriedad de poner nombres de santos católicos a los recién nacidos. De tejas adentro los niños seguían llamándose Essilin, Mahomat, Hamet, Muza, etc. Como sus abuelos, como los abuelos de sus abuelos de allende el mar.

La muerte —cómo no, en un pueblo tan dado a maleficios y agüeros, tan avezado en sortilegios— también destilaba su propio ritual. Nada más expirar, el difunto era atahorado o purificado, lo que suponía ser enjabonado de cabo a rabo. «Después los amortajan con siete paños de mortaja y le ponen su chicafa para cubrir las partes vergonzosas». (Eran muy mirados estos moriscos nuestros: ¿cómo aparecer en impúdicos perendengues ante el mismísimo Alá?). El sepelio, con todo el griterío que se quiera imaginar, y será poco, venía después. Nunca después de la hora del azalá u oración. El cadáver era transportado hasta el maccaber o cementerio (por lo general, recinto situado a la orilla de algún importante camino), en donde era inhumado en fosa de ladrillo, no muy honda, boca arriba o de costado, con la cara mirando hacia Oriente, que era la Meca, la puerta del Paraíso.

d) *El trabajo y otros rasgos temperamentosos.*— Estando, como estaba, cada vez más marcado por una sociedad hostil, el morisco se mostraba sumiso al pie de tajo. Dócil, como pocos, ante el Barón o Señor Territorial. Por ende, dada su naturaleza frugal, su situación económica mejoraba de día

en día; lo que afilaba, más aún, la envidia de sus vecinos, los cristianos de siempre. En resumen, los moriscos constituían una de las fuerz productivas más rentables para la nobleza señorial. Y ésta, lógicamente, les apoyaba. Pero, en la pared de enfrente, la ramplona cristianería de viejo gritaba y gritaba para quien le quisiera oír, que los musulmanes —aquellos marranos!— les quitaban puestos de trabajo, al ser preferida por los nobles su mano de obra barata y dócil. De lo que resulta que el odio antimusulmán, ya no sólo albergaba un poético substrato religioso, sino también algo tan prosaico como una raíz económica y social. Para colmo de desdichas, el morisco mostraba una bien visible actividad sexual. Era hartamente prolífico. Lo que venía a desquiciar, todavía más, a su oponente. ¿Dónde iríamos a parar con semejante «overpopulation»? Se llegó a decir que aquellos berracos habían pedido a Mahoma que multiplicase su especie:

«Tanto del Moro y Morica,
como mimbres en mimbrera
y juncos en la junquera»...

Ahí era nada. El mismísimo D. Miguel de Cervantes se hacía eco de estos tópicos antimusulmanes —frugalidad y sexualidad desmedidas— en su «Coloquio de los perros»: «Todo su intento —hacía decir al perro Berganza es acuñar y guardar dinero, y para conseguirlo trabajan y no comen: en entrando el real en su bolsillo, le condenan a cárcel perpetua y a oscuridad eterna... Todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de generación». Sin ánimos de enmendarle la plana a señores de tal prosapia, es necesario apuntar que unos tenían la fama y otros cardaban la lana. Pues, sin ir más lejos, ¿qué fue del mismísimo rey D. Fernando, el llamado Católico? Tras haber contraído segundas nupcias con hembra lozana y retozona (casi tan famosa por ser poseedora de una monumental espetera, como por llamarse D.^a Germana de Foix), un buen día, el maduro monarca se sintió desfallecer de sus cuartos trasteros. Y, ni corto ni perezoso, el cristianísimo señor mandó que le aplicaran la cantárida o «mosca española» («spanish fly» en los «sex shop» de la media Europa actual del Mercado Común). Dicha mosca era ya un afrodisíaco que se estimaba muy eficaz al ser aplicado mediante masajes en la «recova» de machos ardientes, venidos a menos. Sin embargo, era a la vez ungüento asaz ladino, incluso aplicado de esta forma. En concreto,

las malas lenguas (que son las que siempre suelen afinar) dijeron que D. Fernando, Rey de Aragón, de Nápoles, de Sicilia, etc., murió en aquel destartado mesón de Madrigalejo, luego de haberle sido aplicada la reconstituyente caricia. Y aún hay más, mi señor don Miguel de Cervantes: D. Enrique Enríquez, a quien sin duda conocerá vuesa merced, por ser sobrino del antedicho monarca, y Señor de Orce, por más señas, tampoco fue manco (con perdón) en lo de hacer a pelo y a lana. Que hasta un frailecico, contemporáneo suyo, se lo echaba en cara de sopetón en 1532: «Días ha que yo se —le endilgaba el fraile correveidile— en cómo soléis ir a jubileo con las cristianas y aun a tener novenas con las moriscas, porque desde muy niño os avezastes a beber de todas aguas, y aun otras veces a escoger como en peras»... Un poco, pues, de seriedad. O todos juanlanas, o todos pelanas. Que no es justo ni necesario tomar el culo por las témporas. Porque además del Papa de Roma, abajo, ¿quién está libre de pecado, si es que pecado puede llamarse al alivio de las urgencias del rabo placentero?

III) Un largo y definitivo adiós

El último tercio del siglo XVI transpira un tufo enrarecido y hosco. La cuestión morisca seguía siendo noticiable. Los enfrentamientos, muertes incluso, estaban a la orden del día. Y, en general, las pragmáticas cristianizadoras de choque se iban quedando en papel mojado. En 1564, el Papa Pío IV creaba el Obispado de Orihuela, en el que se inscribiría la parroquia de Elda. Uno de sus primeros obispos, el Doctor Esteban, comunicaba al Rey Felipe II, hacia 1595, la necesidad de acometer una definitiva acción contra los moriscos del Reino de Valencia, pues su diócesis, especialmente, continuaba siendo mayoritariamente de ascendencia musulmana. Su calidad de vida, por tanto, se mantenía marcada por la pertinacia de sus alfaquies, aljamas, vestidos, algarabías, etc. «El Arrabal de Elche —apuntaba el obispo— terná 400 casas, Clivillent tiene otras tantas, Aspe tiene 480, Elda tiene 450, Novelda tiene 350, Petrel cerca de 200, Moínover tiene 280... en total 3.030 casas de moriscos» (12). En todos estos lugares, apenas, había un cura o «Rettor» competente en la retranscristianizadora, por la simple razón de que eran tierras de Señorío y sus rentas las disfrutaba el Señor territorial, con lo que la iglesia quedaba muy poco boyante. En esta situación, los Obispos obviaban perder tiempo en estos

mal pagados menesteres. Sobre todo en lo que toca a Elda, Petrel, Salinas, Novelda, Monóvar, Aspe y Crevillente, que «con ser lugares tan grandes», los Obispos «no trataron de la conversión de esta gente, sino muy por cumplimiento» (12). En cualquier caso, la suerte ya estaba echada para el morisco. El obispo Esteban, dispuesto a cortar por lo sano, en 1602 creaba la Rectoría de Elda, regentada por un cura propio y permanente. Desde ahora, los golpes de efecto se seguirán en cadena, resquebrajando a su vez la ya debilitada pertinacia morisca. Y, por fin, lo inevitable, el desarraigo, el amargo adiós. El primer bando general de expulsión de los moriscos de Valencia data del 22 de Septiembre de 1609. Sólo se salvaban de esta primera criba seis labradores con sus familias por cada cien casas de cada lugar, amén de los niños menores de 4 años y algunas otras excepciones. «El bando dio lugar —según Caro Baroja— a multitud de violencias, sublevaciones y maleficios, pero la generalidad de los moriscos valencianos se fueron con gusto, esperando encontrar en Africa un mejor trato que el recibido en su propia tierra» (13). Días antes, el 11 de Septiembre de 1609, el Conde de Elda había sido requerido por carta del Rey D. Felipe III, para que aprontase la expulsión de los moriscos de sus estados. Y no puede decirse que el Conde se durmiera en los laureles, puesto que el 4 de Octubre siguiente depositaba en el puerto de Alicante el doliente paquete humano de los moriscos de Elda y de Petrel, cargados con lo más imprescindible de sus ajuars. Llanto en el alma y estupor en los ojos enrojecidos, puede decirse que era todo lo que se llevaban de la tierra que les vio nacer. Inmediatamente después serían embarcados con rumbo a las inciertas costas norteafricanas. Transcurridos poco más de dos años, su vacío físico vendría a ser cubierto por gentes que no traían más carta de presentación que su limpieza de sangre porcuna, avalada en cualquier rincón de la aséptica España. La Carta de Repoblación de Elda data del 11 de Noviembre de 1611. Con lo cual, el acristianamiento, al menos de boquilla, se había consumado.

Sólo de boquilla, insistimos. Que bien se encargaron de publicarlo a los cuatro vientos los corifeos de siempre, los copleros papanatas que lanzaban aleluyas a toda acción gubernamental, fuese la que fuese, sin ver más allá de sus narices. Como la dedicada al rey Felipe III por su genial determinación:

«y es tan aseado y limpio,
que, de una vez, limpió a
[España...
echó, finalmente, a cuantos
por voto bebieron agua,
que en vino, tocino y bulas,
no gastaron una blanca» (14).

Pero, pese a tanta letrilla de saldo, aviado iba el Rey de las Españas, con lugares como Elda, por citar un caso de terquedad. Y no sólo porque así lo atestigüase el obispo de Orihuela en 1610, quejándose de que en su diócesis aún quedaban muchos moriscos; o un D. Francisco Maldonado en las Cortes de 1626, acusando que todavía andaban por los vericuetos de España montones «de moros circunciosos» o «esclavos que llaman cortados». Sino también, o más bien, porque ¿cómo arrancar una sombra pagana, anudada desde tiempo inmemorial a un paisaje que era, en sí mismo, pagano, hedonista, oriental? ¿Cómo apagar de un simple real cedula aquella concupiscente luminaria de colores, torbellino de rojos, amarillos, blancos, con horizonte subrayado de palmeras? ¿Cómo arrancar un sello, de su propio jaez, indeleble? Avengámonos a los hechos: aquel paisaje siguió viviendo a lo morisco por pura convicción. Allí estaban su fuente de Alfguar, su Barranco de Almafrá, su Morral del Talech, su calle de las Almazaras, su Rambla de Capralla. Y, sobre todo, su deslumbrante Cabezo del Cid-Señor, que perpetuaba por la parte de saliente una imposible nostalgia de mar. La tesis, por tanto, queda asentada: aquella brega centenaria de acristianar lo moro, en Elda fue una guerra perdida. O, cuando menos, una garullada imposible.

CODA: todo lo dicho no obsta para que, una vez al año, lo moro se avenga a convivir con lo cristiano en las calles de Elda, dentro de un generoso e imaginario echar los pelillos a la mar. Que ésa es harina de otro costal. Pero que nadie se llame a engaño cuando lean a la rumí Concepción Quero, licencias poéticas como la contenida en la seguirilla siguiente:

«Unidos en la Fiesta,
juntas las manos,
van alegres los Moros
y los Cristianos».

Alegres tal vez vayan los cristianos, que sus razones tienen. Pero, en lo que a los moros respecta, la verdadera procesión la llevan por dentro.

Antonio Guillén Gómez
Madrid y Marzo de 1985

NOTAS:

- (1) BORONAT Y BARRACHINA, Pascual: «Los moriscos españoles y su expulsión». (Valencia, 1901). V. I, pág. 428.
- (2) Ibidem, pág. 503.
- (3) Ibidem, pág. 508.
- (4) Ibidem, pág. 509.
- (5) Citado por NAVARRO PASTOR: «Historia de Elda». V. I, pág. 138.
- (6) MARMOL DE CARVAJAL, Luis: «Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada». (B.A.E. Vol. 21). Lib. VI. Cap. XII.
- (7) Citado por CARO BAROJA, Julio: «Los moriscos del Reino de Granada». Madrid, 1976, pág. 139.
- (8) GALLEGO BURIN, Antonio: «Sinodo de Guadix» (Granada), pág. 38.
- (9) Ibidem, pág. 38.
- (10) Ibidem, pág. 33.
- (11) BORONAT Y BARRACHINA. Ibidem, pág. 544.
- (12) Ibidem, pág. 645.
- (13) CARO BAROJA, Ibidem, pág. 226.
- (14) BORONAT Y BARRACHINA. Ibidem. Vol. II, pág. 395.



Una historia zapatera

No deja de pasmar al visitante profano el hecho de que sea San Antonio Abad, patrón de los buenos animalitos, el encargado de amparar bajo su báculo a todo un pueblo de felices zapateros. Es lógico pensar que si protege a los unos ha de desamparar a los otros y no es flaco trabajo este.

El oficio de zapatero parece ser de origen divino. Hay referencia de un artesano de este gremio que fue director del Hospital de Troyes, en la Champaña, así como rector de su Colegio. Se llamaba Balduino y sostenía fabricar coturnos por inspiración del cielo, orando antes de empuñar la lezna.

Sin embargo, y con ello volvemos al Santo de la zoología, este oficio no fue bien mirado entre los egipcios y judíos, por el hecho del sacrificio animal que reportaba. En la antigua Roma se les asignaba barrios exclusivos, así como a los curtidores y tintoreros, pero cabe pensar también que se debía a las emanaciones que tales industrias derivan, no muy gratas al olfato.

Con el cristianismo ya hay varios zapateros santos. El primero es San Aniano, obispo de Alejandría, que aún es el patrón oficial en muchos lugares. San Aniano era un pobre remendón al que se le apareció nada menos que San Marcos solicitándole unas sandalias. Accedió gustoso el amanuense y tal fue su afán en acabarlas presto, que se hirió con la lezna en una mano gravemente. Pero esta lesión fue inmediatamente sanada por milagro del Evangelista y el bueno de Aniano remató su faena, pasmado de gozo.

Más populares son los zapateros santos San Crispín y San Crispiniano. Eran estos dos hermanos de una ilustre familia romana que emigraron a las Galias a propagar la fe de Cristo. Creyendo



Taller de zapatería para caballeros cristianos. Siglo XVII.

con razón que habrían de adaptarse a un oficio humilde y ejemplar, no encontraron otro más adecuado que el de enfundador de extremidades inferiores, por su contacto con la tierra pecadora. Fueron muy afamados por sus creaciones en la ciudad de Soissons. Enterado Rictio Varo, que era el mandamás de la provincia, de tal habilidad, les mandó apresar en nombre del Emperador Diocleciano, tal vez para tranquilizar su conciencia, martirizándolos. Creemos que se pasó un tanto de la raya.

Con la reconquista española, los de Santiago por un lado y los de Damasco por el otro, enzarzados en interminable movida de escaramuzas y palizas incruentas, viene un auge zapateril. Así en «nuestra zona» los infantes usaban abarcas recias, los oficiales borceguíes y los magnates escarpinos, que abrigaban mucho más el pie. Por el otro bando —los infelices de a pie, que siempre los ha habido y habrá— debían ir un tanto incómodos con las babuchas, sólo utilitarias a la hora de dejarlas en la puerta de la mezquita. Los jeques (entonces sin petróleo, claro), se proveían de un buen repertorio de coturnos de origen griego, piezas que se sujetaban a la pantorrilla con un cordón pasado por ojete. Las damas de uno y otro lado, coincidían en engalanarse lo más posible, para aliviar las esperas de los belicosos y encargar a sus pajes, entre otros menesteres, que las calzaran ricos chapines de larga fronta o zapatines de raso, con hebillas de nobles metales. Tal las vemos en códices miniados de la época. También constan estos detalles exornativos en las meticolosidades del romancero.

Con el final de los fregados ideológicos con la victoria de los buenos, los zapateros, como otras artesanías, se agrupan en gremio, ya organizado y





Pintura egipcia

nombran cónsules o prohombres que toman parte en los consejos. Hay una prohibición rigurosa para la fabricación clandestina (subterránea se la denomina ahora) y se persigue a los intrusos que por lo regular (ya se cocían habas) eran los moriscos y judaizantes que habían perdido la contienda y no soñaban aspirar a la prebenda de un oficio legalizado. Entre otras razones porque no podían, como era normativo jurar sobre las reliquias de los Santos Patronos ejercer el oficio con acrisolada honestidad. Así de puritanos eran. Entre las prohibiciones a rajatabla del gremio encontramos algunas curiosas, como la de trabajar después del toque de vísperas del sábado, hasta el lunes siguiente o hacerlo con luz artificial o mezclar cordobán con badana (algo así como dar gato por liebre, metafóricamente señalando). Constan las comilonas anuales en honor de San Crispín y San Crispiniano a las que, naturalmente, no asistían los sospechosos de morisquería por más que hubiesen aprobado los severísimos exámenes de habilidad profesional zapatera que se imponían a los aprendices nuevos. Hay noticias ya de las primeras huelgas (¡Vaya por Dios!) y hasta un sindicato autónomo, «por libre», llamado «Compagnone», que dio muchos quebraderos de cabeza. Llegó a intervenir hasta la iglesia, que excomulgó a los zapateros rebeldes y un bando del lado árabe prohibía la crianza de cerdos para su consumo, siendo éstos destinados únicamente para el aprovechamiento de sus cueros en menester de talabartería y calzado», así las gastaba el Ayatollah Mahoma. En fin, sólo pretendo echar un vistazo a un



Antiquísima estampa de San Marcos evangelista, patrón de los maestros zapateros.

fascículo de la historia sin seguir adelante, que habría mucho material a contar, y con ello exponer que tanto los «fans» de Alá, como los que enarbolaban el estandarte de la cruz, jamás fueron a sus reyertas fraticidas, porque lo eran ya entonces, descalzos, siempre tornando de sus epopeyas con pingües logros, por lo que los pobretones lugareños apegados al terruño, como parias que eran (y éstos sí iban descalzos) exclamaban al ver pasar a sus señores con las mesnadas, aquello de «Ese sí que no va descalzo», sinónimo de que llevaba ya bien forrado el riñón y los pinreles. La prueba más contundente es la de aquel gato de la leyenda que, en cuanto se calzó las botas, enriqueció a su amo tanto que llegó hasta casarle con una damisela aúlica.

Madrid, febrero de 1985

SERAFIN



San Crispín y San Crispiniano, patronos de los oficiales de zapatero, en el momento de ser detenidos por orden del gobernador romano Rictio Varo.

REFLEXIONES PARA EL II CONGRESO

La Fiesta, salta a la vista, es una en su esencia pero varía en su forma. Y en defender eso estamos precisamente, aunque alguna individualidad quede por ahí que no le interese reconocerlo. Y como la Fiesta viene a ser aquello que el festero quiere, porque al fin no es más que el resultado, la declaración de su manera de entender las formas de honrar y conmemorar, de vivir, en una palabra, es fácilmente deducible que el festero es diverso y con personalidad determinada y la Fiesta su reflejo.

La Fiesta es la expresión de una colectividad y ésta pone en ella, lógicamente, su personalidad, su idiosincrasia. Por eso hay distintas formas de Fiesta, porque el festero le habrá prestado su impronta de austeridad o de exuberancia —extravertidos lo son todos—, de eclosión espontánea o de pausado desarrollo, de vertiginoso acontecer o de lenta degustación, según sea el festero que la interpreta, condicionado a su vez por una serie de circunstancias sociales, geográficas y económicas.

El festero será distinto, quizá, en su forma de expresión con el de otros lugares, pero idéntico en el fondo, en su adscripción a una idea, en su deseo de comunicación con los que tienen sus mismas raíces, en su defensa de los propios valores y de su patrimonio cultural.

Y hay una característica del festero auténtico, apenas atendida, que es la generosidad. Pero no esa generosidad eventual y externa, palpable en los días de la Fiesta, sino una más profunda y auténtica, que es la que le predispone a hacer partícipes a los demás, aun a los extraños, a sus formas de vida y mentalidad, de ese patrimonio cultural. El festero quiere que todos conozcan y participen de su Fiesta; que todos conozcan y participen de su alegría. Esa es la motivación —aparte de otros intereses espúreos— de algunas fiestas que se hacen precisamente cuando más extraños hay en la localidad. Claro que también hay que tener en cuenta la pizca de narcisismo que se halla en esos casos.

El festero da lo mejor que tiene: su Fiesta.

Pero esa generosidad debe dirigirla también hacia sus propias cosas, hacia su organización y las otras. Lo principal para el festero debe ser unir, no diversificar. Aunar esfuerzos, incluso desde posturas de oposición a momentos, personas o formas determinadas. Tratar de corregir pero no dinamitar ni destruir por el mero hecho de sustituir. Porque a veces resulta que no nos damos cuenta de estar equivocados.

Puede ser ésta una situación provocada por la falta del contraste de pareceres, o la falta de información. «Lo mío es lo mejor», es una idea mezquina, pobre y pueblerina, de muy limitados horizontes. Y prefiero pensar que quienes en tal postura se empecinan lo hacen más por ignorancia que por un orgullo o exclusivismo malsano, pues no puedo concebir a un festero con malas intenciones.

Por eso es conveniente de cuando en cuando propiciar la comunicación, el conocimiento de otras ideas, la constatación de otros grupos, otras comunidades consiguen los fines que nosotros perseguimos, siguiendo distintos caminos. Y en esta ocasión el ágora para ese intercambio va a ser el Congreso que vamos a celebrar en septiembre, juntos todos los pueblos y todos los festeros que quieran participar, de los más dispares lugares, representantes de las más distintas formas y costumbres.

Esa va a ser una llamada para una ocasión única por

ahora. La ocasión de hablar y escuchar, que no es poca oportunidad.

Bien está que el festero vuelque su entusiasmo en esos cuatro días señalados; que se divierta, que exulte de alegría. Pero como todo eso puede hacerlo tan sólo porque existe la Fiesta, tiene no sólo obligación, sino necesidad de preocuparse por ella en el ámbito local y también en general, porque la imagen que de la Fiesta den unos, será con la que el extraño identifique a toda la Fiesta.

Es deseable, por tanto, que en la medida en que le dejen, el festero participe en un Congreso que, cuando menos, le tiene a él como pretexto. Y digo «que le dejen», porque en estos casos siempre suelen haber «revoloteadores» que con sus gasas de colorines, fanfarrias y fogonazos de magnesio impiden cualquier trabajo serio de los que de verdad quieren participar.

Si el Congreso se llama de Moros y Cristianos, son éstos los protagonistas del mismo, la figura central y única, y no otros por más rimbombantes que sean. Si no fuera así, se le habría dado otro nombre más lúdico y menos comprometido, que indicara sólo un evento conmemorativo y festivo sobre todo.

Pero si bien es deseable la participación congresual del festero en el todo, lo es de manera especial en lo que es esencial del Congreso, es decir, en sus jornadas de trabajo. Se van a exponer tres ponencias con cuyas tesis podremos estar o no de acuerdo y deberán ser debatidas, aunque sus temas son la base de la circunstancia actual de la Fiesta. Y ahí es donde tiene el festero la voz. Todos los asistentes podrán no sólo oír, sino hablar. Y de la participación de todos saldrá el enriquecimiento de las ideas de todos. Porque nadie va a defender intereses particulares. Pero hay que estar allí. Malo sería y peor imagen daríamos del festero, si las sesiones de trabajo contasen con una pobre asistencia y los demás actos aledaños al Congreso —desfiles, exposiciones, vinos de honor, recepciones...— estuviesen repletos. Eso sin aquello no es válido, no tiene razón de ser ni debe llevar el nombre de Congreso de Moros y Cristianos.

Por eso la UNDEF ha querido restringir su «colaboración» a la parte de estudio, centrando su atención en las ponencias y comunicaciones. Y ahí es donde el festero debe estar presente aunque sólo sea para escuchar si no se siente impelido a hablar. No vayamos a asistir a un Congreso con nuestros emblemas para servir de espectáculo y solaz a aquellos que gustan de primeros puestos en mesas, fotos y tribunas.

Nos ofrecen la oportunidad de juntarnos para hablar de nuestros temas. Pues bien, aprovechémosla. No podemos ser islas, tanto el festero como los organismos festeros. Por eso hay que congregarse. Oír y hablar. Contrastar y aprender. También enseñar. A los que puedan pensar que el festero es algo manipulable, que puede servir de adorno en programas de televisión o desfiles infundados. Nosotros desfilamos unidos, para expresar nuestra alegría y los lazos de nuestra hermandad.

Nos quedan unos meses para reflexionar sobre nuestra postura ante la Fiesta y nuestra presencia en el Congreso. Y si decidimos que esas cosas serias no van con nosotros, mejor será que nos quedemos en casa.

Luis Sánchez Sánchez

Vocal de Información de la UNDEF

La Reconquista Los Papas Borgia La Media Luna

Hemos comentado en otra ocasión que los moros invadieron nuestra península en el siglo VIII, a base de algunos miles de soldados árabes y africanos que no traían mujeres. Muchos se unieron a hembras hispanas. Las gentes que habían aquí, unos se convertirían al Islam por la fuerza y otros voluntariamente para su seguridad personal. Exceptuando muy pocos cristianos, respetados en su religión, llamados «mozárabes», antes de la Reconquista las personas que ocupaban nuestra península eran españoles islámicos.

La Reconquista se podría interpretar como una guerra civil o de religión: los cristianos contra los musulmanes, que iba terminando lentamente con el triunfo de los cristianos. Los moros españoles esperaron siempre, para su liberación, el auxilio de los islámicos extranjeros, entre los que hubo los turcos (La Media Luna).

A la caída del imperio romano, surgió el imperio árabe que gobernó gran parte del mundo en aquella época. A este imperio perteneció la península Ibérica, aunque de una forma independiente, ya que «El Califato de Córdoba» no dependió nunca del Poder moro imperial de Damasco.

También vino la decadencia del imperio árabe, aunque los islámicos turcos se conservaron con bastante fuerza hasta que fueron vencidos en la batalla de Lepanto por las fuerzas navales que mandaba don Juan de Austria, hermanastro del rey de España Felipe II. Los vencedores formaban una escuadra cristiana, aliada del Sumo Pontífice con sus navíos.

En el siglo XIII, después de la muerte de Fernando III «El Santo», al que sucedió su hijo, Alfonso X «El Sabio», «La Reconquista» se hallaba muy adelantada. Castilla había progresado mucho; y, por otra parte, Jaime I de Aragón había conquistado a los moros Mallorca y la región valenciana; dos de sus hijas habían contraído matrimonio con dos hijos del indicado Fernando III: Violante con el infante Alfonso y Constanza con el infante Manuel, que más tarde residió en Murcia durante mucho tiempo, representando a su dicho hermano el rey Alfonso de Castilla. La Corona de Aragón se hallaba en todo su apogeo: comprendía en España, Aragón, Cataluña, Valencia y

Mallorca; en el sur de Francia, el Rosellón y la Cerdeña; y en Italia, Nápoles y Sicilia. Hubiese sido oportuno unir en aquel momento Aragón con Castilla, y la unidad de España se hubiese realizado en aquel momento del siglo XIII. Pero, a la muerte de Jaime I de Aragón, éste repartió sus territorios entre su descendencia, y ya la unidad de España no se pudo realizar hasta mediados del siglo XV, por el casamiento de Isabel de Castilla con Fernando, heredero de la Corona de Aragón. El episodio se produjo de la siguiente forma:

En el año 1454 ceñía la Corona de Castilla Enrique IV «El Impotente», hermanastro de Isabel. El rey tenía un carácter débil y la situación del país era anárquica, dada la rebeldía de los nobles, que comentaban chismes sobre los sucesos de Palacio. El rey había contraído matrimonio con doña Blanca de Navarra, a la que repudió por haber resultado estéril. Después se casó con una infanta de Portugal, llamada doña Juana. De este matrimonio nació una hija: Juana; pero en Palacio habían colocado a un apuesto mozo, llamado Beltrán de la Cueva. Dijeron que era hija de don Beltrán de la Cueva y le pusieron el mote de «LA BELTRANEJA».

Los nobles rebeldes exigían el destronamiento del rey y que fuese sustituido por un hermano menor con el nombre de Alfonso. A Alfonso lo envenenaron y murió, y entonces propusieron a la hermanastra Isabel. Ésta, con la ilusión de ostentar la Corona de Castilla, acudió presurosa en busca de su prometido, Fernando, heredero de la Corona de Aragón; y el arzobispo de Toledo falsificó la dispensa papal con el fin de que pudiera realizarse el matrimonio; ya que el papa reinante, Paulo II, conocedor del caso, no quiso dar facilidades para que le restaran los derechos de sucesión a Juana «La Beltraneja». Hubo una guerra civil, pues el pueblo era partidario del rey, pero la victoria se decidió a favor de Isabel, dado su matrimonio con Fernando, heredero de la Corona de Aragón.

Según el padre Mariana, las acusaciones contra Enrique IV no fueron más que intrigas a favor de Isabel y Fernando; y el doctor Marañón, que también estudió el caso, coincide con el padre Mariana, y no está conforme con la impotencia de Enrique IV al que también envenenaron.

Asimismo en el asunto del casamiento tuvieron suerte los reyes Isabel y Fernando. Como hemos dicho, el papa reinante Paulo II no reconocía el matrimonio; pero un cardenal que vino con otros fines, solucionó el caso satisfactoriamente. El cardenal se llamaba Rodrigo de Borgia, desempeñaba en Roma el cargo de Vicecanciller de la Iglesia Romana, era natural de Játiva y obispo de Valencia.

Amenaza de los turcos y su derrota Cisma de Occidente Unidad de España por la toma de Granada a los moros

En aquellos tiempos de las discordias en Castilla con la destitución y envenenamiento de Enrique IV, la «Media Luna» continuaba siendo un peligro para los cristianos, pues los turcos no habían renunciado a su proyecto de invadir Europa. Alarmado el papa Paulo II, envió legados a los príncipes cristianos, con el fin de tener preparada una cruzada que pudiera enfrentarse con la «Media Luna» en caso necesario. A España, como hemos dicho, envió al cardenal Rodrigo de Borgia,

Vicecanciller de la Iglesia Romana en Roma, cargo el más importante después del pontífice, que era natural de Játiva y obispo de Valencia.

En Valencia engalanaron las calles y le tributaron un fantástico recibimiento. Seguidamente el ilustre purpurado continuó viaje a Castilla para realizar la misión que tenía encomendada. En Castilla, el arzobispo de Toledo se arrodilló a sus pies para pedirle perdón por haber falsificado la dispensa papal con el fin de que se pudiese realizar el matrimonio de los reyes. Los visitó el legado pontificio, y, después de meditarlo, propuso que fuese reconocido como válido el matrimonio. Se trataba de un hecho consumado y por otra parte, Isabel y Fernando le prometieron atacar al rey moro de Granada, último baluarte islámico en España.

Después de otras gestiones en Aragón, el cardenal regresó a Roma, con la fatalidad de que durante el viaje de regreso le sorprendió una furiosa tempestad, que acabó con la vida de alguno de sus acompañantes y él mismo estuvo en grave peligro de perecer. Este cardenal ocupó posteriormente la cátedra de San Pedro con el título de Alejandro VI, y fue el que concedió a Fernando e Isabel el nombramiento de REYES CATOLICOS.

Cuando el cronista estuvo destinado en Valencia, solía visitar Játiva. Esta ciudad, que fue brutalmente incendiada con motivo de la Guerra de Sucesión, conserva todavía recuerdos artísticos de su historia, como antiguas fuentes preciosas y algunas fachadas monumentales de casas solariegas o residencias aristocráticas. Indicamos esta población por lo siguiente: el cardenal Rodrigo de Borgia, a que antes nos referíamos, era sobrino de Alonso de Borgia, que ocupó la silla de San Pedro con el título de Calixto III; había nacido en Canals y fue bautizado en la catedral, hoy colegiata, de Játiva. En una casa cerca de esta iglesia nació Rodrigo. A la puerta de dicho templo existen dos estatuas que representan a los papas Calixto III y Alejandro IV, revestidos de pontifical. El apellido era Borja; Borgia estaba italianizado.

¿Cómo ascendieron estos personajes a tan alta jerarquía?: un día que predicaba San Vicente Ferrer, se hallaba en la iglesia el chico Alonso con su madre. Fray Vicente los vio, anunciando al chico que sería un hombre importante, y a la madre le rogó que lo dedicara a la carrera eclesiástica. Así se hizo y Alonso fue canónigo de la catedral de Lérida, profesor de la universidad que hubo en aquella población, y asesor del rey Alfonso V de Aragón. Los acontecimientos se producían durante el Cisma de Occidente y por recomendación de Fray Vicente, Alonso estuvo adscrito, durante algún tiempo, a la curia de Pedro de Luna, que con el nombre de Benedicto XIII, residía en Tortosa y que más tarde se trasladó al palacio de Peñíscola, situado sobre una roca que parece avanzar hacia dentro del mar en la provincia de Castellón. Los reyes de Aragón y de Castilla reconocían a Benedicto XIII como pontífice legítimo.

El llamado CISMA DE OCCIDENTE que vamos a resumir, se producía a finales del siglo XIV; ya anteriormente hubieron diferencias entre el papa Bonifacio VIII y el rey de Francia, y varios pontífices residieron en Avignon. El Sumo

Pontífice había establecido algunos impuestos, y como representante de Dios en la Tierra, se consideraba jefe supremo, no solamente del Poder espiritual, sino también del temporal; mientras que Felipe IV de Francia reclamaba para su competencia la facultad de decidir en lo político y administrativo. Estas diferencias acabaron mal, pues los esbirros del francés visitaron al pontífice y lo maltrataron, de forma que poco tiempo después murió. Entonces los cardenales se dividieron en dos grupos: unos partidarios del papa fallecido y los otros, del rey de Francia. Por ello a partir de entonces algunos pontífices residieron en Avignon. Posteriormente, mientras en Roma el Cónclave elegía un nuevo papa, la plebe desde la calle exigía que fuese italiano, amenazando con agredir a los cardenales. Con esta presión salió el pontífice. Los cardenales no quedaron satisfechos y poco después celebraron otro cónclave y eligieron un nuevo papa. El primero se consideraba elegido en forma y el segundo tuvo que residir en Avignon con autorización del rey de Francia.

Uno de los sucesores del papa de Avignon fue el cardenal hispano Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII. Los franceses cambiaron de opinión, y Benedicto XIII tuvo que salir de Francia, refugiándose, como hemos dicho, primero en Tortosa y después en el palacio de Peñíscola que le cedieron los caballeros de la orden de Montesa. Se celebró el concilio de Pisa, en el que fueron depuestos los dos papas existentes y se nombró uno nuevo. Los papas existentes no hallaron válida esta solución, y entonces hubieron tres papas. Por fin intervino la alta política de los príncipes cristianos de aquella época, reuniéndose el famoso concilio de Constanza, al que acudió incluso el emperador de Alemania. En este concilio ya se conformaban todos en acabar con el cisma, exceptuando Pedro de Luna, Benedicto XIII, que se consideraba legítimamente elegido y que se negó a obedecer. Pero se murió, sucediéndole un canónigo de Valencia. Entonces vino un legado pontificio con el fin de ver si se terminaba con el cisma. Mas se decía que no era prudente acercarse al palacio de Peñíscola para discutir la legitimidad del pontífice allí existente. De inmediato se presentó Alonso de Borja, aconsejando al cardenal que quedara esperando en el pueblecito de San Mateo cerca de Peñíscola, pues él visitaría al antipapa, que lo conocía y vería de convencerlo. Alonso consiguió que el de Peñíscola presentara la dimisión y regresara de canónigo a Valencia. Se levantó acta y quedó restablecida la unidad de la Iglesia. En agradecimiento el pontífice definitivo de Roma nombró a Alonso obispo de Valencia.

Las tropas de Aragón entran en Italia Pontificado de Calixto III

Entre las ambiciones de Alfonso V de Aragón estaba el apoderarse de Nápoles. Con este fin se hizo a la mar con sus tropas, acompañado del obispo Alonso de Borgia, su asesor, al que nombró Vicecanciller. Las tropas de Aragón entraban en Nápoles el año 1442, cuando el pontífice se hallaba esperando en Florencia, sin poder continuar a Roma por discordias civiles. De inmediato viajó a Florencia el obispo Borgia, ofreciendo al papa la colaboración de las tropas aragonesas. Con esta ayuda en Italia de las tropas de Aragón, el pontífice pudo llegar a Roma e instalarse tranquilamente en el palacio apostólico. En agradecimiento nombró cardenal a Alonso.

Alonso siguió de cardenal en Roma durante once años, y después, ya viejo, lo eligieron pontífice con el título de Calixto III. Seguidamente canonizó a su amigo San Vicente Ferrer y dispuso la rehabilitación de Juana de Arco. Como además de ocupar la cátedra de San Pedro, era también rey de Roma, colocó allí a sus sobrinos y a muchos paisanos de Játiva y de la región valenciana. Pero lo más importante del pontificado de Calixto III, fue la cruzada contra «LA MEDIA LUNA». Avanzaban los turcos al mando del sultán Mahomet II, con el propósito de invadir Europa. El papa improvisó un ejército numeroso con la ayuda de los príncipes cristianos, que derrotó a los turcos en la batalla de Belgrado, contra un ejército regular que llevaba más de trescientos cañones. El general cristiano murió en la batalla; un fraile que no descansaba, enarbolando un crucifijo, circulaba por encima de las murallas arengando a las tropas. Los turcos se dieron por vencidos. El campo de batalla lo cubrían más de 4.000 cadáveres. Todo el material de guerra pasó a poder de los cristianos.

El pontificado de Calixto III sólo duró tres años. Cuando se murió el papa, los romanos organizaron una matanza de «catalanes», como llamaban a los valencianos que había colocado allí el pontífice. Entre ellos figuraba su sobrino Rodrigo de Borgia, al que nombró cardenal y vicecanciller de la Iglesia Romana tan pronto como terminó la carrera eclesiástica. Rodrigo permaneció al lado del cadáver de su tío hasta que lo enterraron. Le estropearon el palacio y se llegó a discutir la legitimidad de sus nombramientos, pero el nuevo papa los confirmó. Permaneció siempre en el cargo de Vicecanciller de la Iglesia Romana, hasta que él mismo fue elevado a la cátedra de San Pedro con el título de Alejandro IV. Durante dicho período, mucho después de la muerte de su tío, ocupando la silla de San Pedro Paulo II, fue cuando visitó Castilla, según hemos dicho anteriormente, y los reyes Fernando e Isabel le prometieron atacar al rey moro de Granada, como lo hicieron, último baluarte islámico en España.

Granada, dada su accidentada topografía, era difícil de atacar. La guerra duró diez años y los Reyes Católicos entraron en Granada el día 6 de enero del año 1492. Derrotados los moros en aquella guerra, quedó ultimada La Reconquista y la unidad de España.

JOSE NAVARRO PAYA



SOLEDAD

Declina la tarde austera
en pos de mis soledades...
Declina... y al declinar
sobre los campos esparce
mi apenada soledad,
y el sentir de mis pesares.

¡Pálida va padre mío
la luz de mis Navidades!

¡Grita el viento con voz grave
removiendo polvaredas
y rasgándome la carne!...
¿Qué viento de soledad
viene a nublar me esta tarde?
¿Qué perfumes de recuerdos
hacen que el alma desangre?
Viento, viento, viento, viento...
¡Decidle al viento que calle!

El corazón, dolorido,
su sombra sin brillo esparce
sobre los campos vestidos
por las hojas de los sauces.

¡Pálida va, padre mío
la luz de mis Navidades!

Un silencio de ataúdes
roza la penumbra suave,
y el alma rota en su llanto
imagina que se evade...
¡Y sueña! Sueña un regazo;
un regazo en donde ahogarse,
y en ese ahogo gritar
lo que el corazón le mande...
¡Panderetas! ¡Panderetas!,
zambombas, pitos, cantares...
Cantares. ¡Eso!, cantares...
¡Traedme la Navidad
con bullicio de cantares!...
Cantares del alma mía,
cantar que devata el aire...
Sueños, sueños, sueños, sueños,
¡y el cantar lo lleva el aire!
Y sigue la soledad
paseándose en mi calle.

Las hojas siguen callando
mientras se muere la tarde.

Se me quiebra la cintura.
¡Ay pesar de mis pesares!...
¡Ay qué sepultura en vida!
¡Ay qué sendero de males!

¡Ay padre... como se extingue
la luz de mis Navidades!

Evangelina Lorenzo

Los entresijos de un congreso

Ante la inminencia del II Congreso de Fiestas de Moros y Cristianos, a celebrar en Onteniente, bueno será recordar los conceptos básicos y generales sobre la esencia y circunstancias de todo congreso.

Una definición válida podría ser la siguiente: congreso es la reunión de personas de distintos lugares para tratar asuntos importantes de interés común y específico, pudiendo aportar cada cual sus ideas y criterios. Lógicamente se deduce que a un congreso no acuden todos los individuos que forman parte del colectivo en cuestión, sino tan sólo aquellos que tienen un interés especial por el estudio del tema; o sea, que el congreso no es una reunión masiva de personas sino de una minoría de ellas autoseleccionadas según la preocupación por los asuntos a tratar.

Los congresistas se reúnen para estudiar aspectos concretos del tema genérico que a todos les une y los incluye en el mismo colectivo. El trabajo normal de un congreso se desarrolla a través de unas ponencias elegidas y confiadas a personas concretas. Concluidas la exposición y defensa de cada ponencia, se abre el debate entre los congresistas para que puedan manifestar sus opiniones sobre el asunto. Otra forma de contribuir al congreso es presentar comunicaciones por escrito sobre el mismo tema de la ponencia en debate, con lo cual la aportación del congresista puede ser más completa y clara que tomando la palabra.

Al margen de estas comunicaciones directamente relacionadas con los asuntos de las ponencias, se suelen presentar también otras de tipo histórico, ensayístico, informativo, teórico, etc., que abordan facetas secundarias, parciales y locales del tema general. Este grupo de comunicaciones informativas no se leen ni debaten en el congreso y pasan directamente a formar parte del «corpus» documental del mismo, porque suponen un enriquecimiento de saberes sobre el tema general del colectivo.

Como fruto práctico de los debates de las ponencias y de algunas comunicaciones, el congreso formula unas conclusiones, pocas, claras y aceptables por la mayoría, con el fin de que sirvan como normas para que cada persona y cada sector las pueda asimilar, asumir y practicar libremente en pro del colectivo. Por último, toda la documentación (actas, ponencias, comunicaciones, debates, conclusiones y discursos) se publica después para conservar y divulgar las ideas y doctrinas aportadas al congreso, y es, en definitiva, el único fruto que perdurará a través del tiempo.

Hasta aquí los conceptos elementales y genéricos referentes a la parte básica, fundamental y «sine qua non» de todo congreso; es decir, la parte esencial que suele denominarse «el congreso trabaja» y que viene a constituir su razón de ser y celebrarse. Pero los congresistas son personas de carne y hueso, y necesitan alternar las horas de estudio, reflexión y controversia con otras de relaja-

miento y evasión, y para ello se organizan unos actos sociales (visitas, exposiciones, ágapes, conciertos, etc.) que constituyen lo que se denomina «el congreso se divierte». Es la parte vistosa, conveniente y necesaria pero secundaria y complementaria; es la parte más notoria y tangible para el público y para la masa del colectivo que no participa en la fase dialéctica, pero que sólo aporta distensión, adorno y convivencia; y es la parte fungible, transitoria y contingente que restalla sonora y multicolor como una carcasa en la oscuridad de la noche, y sólo deja imágenes gratas y leves pavesas en el recuerdo.

¿Y qué se necesita para hacer un congreso? Una ciudad que se ofrezca como sede. Una designación de los rectores del colectivo eligiendo una sede entre las candidatas. Una comisión organizadora formada por personas de la sede del congreso, inteligentes, decididas y sacrificadas, de ideas claras, voluntad firme y dispuestas al trabajo, y por directivos del colectivo para asesorar y colaborar estrechamente. Una campaña eficaz y sin alharacas, despertando el interés y la adhesión de personas y sectores del colectivo. Las subcomisiones necesarias para dividir el trabajo y multiplicar la eficacia. Captar y recaudar fondos para hacer frente a los cuantiosos gastos (25% para el congreso trabaja y 75% para el congreso se divierte, a ojo de buen cubero). Trabajo intenso durante muchos meses de la comisión organizadora suscitando ideas, concretando detalles, atando los mil y un cabos sueltos, y gobernando con pulso firme el timón de la nave para sortear los escollos e imprevistos que salgan al paso.

Recurriendo a un símil sencillito, la comisión organizadora equivale a los cimientos ocultos bajo tierra, que nadie ve pero que todo el mundo sabe que están ahí, y que sin ellos no se puede construir el edificio; su tarea específica no es lucir pechera sino trabajar, coordinar, resolver, organizar y alentar. La parte estudiosa del congreso se asemeja a la estructura del inmueble con sus muros, paredes, pilares, tabiques y techumbres, que integran los elementos funcionales para cumplir su cometido. Y la parte divertida del congreso se asimila a los complementos de carpintería, electricidad, fontanería, decoración y mueblaje, de segundo orden pero necesarios para la comodidad y habitabilidad de la casa.

Tales complementos secundarios no tienen razón de ser sin el edificio que los sustenta y requiere, y la estructura del mismo se vendría abajo como castillo de naipes sin los cimientos de la comisión organizadora. Finalmente, si en teoría se puede admitir un congreso con sólo la parte esencial de «el congreso trabaja», aunque resultase árido e incompleto, es inconcebible un congreso con sólo la parte accesorio de «el congreso se divierte», porque entonces no sería un congreso sino otra cosa muy distinta.

Salvador Doménech Lloréns

LA CALLE NUEVA

Como allá por los años 20, mi padre ya había estudiado allí, en el otoño del 44 me «metieron» interno en el Colegio de Valldemia que los Hermanos Maristas regían en Mataró. Viajar hasta Barcelona con el viejo Adler a gasógeno por aquellas carreteras era una odisea, hasta decían que había maquis por las Costas de Garraf, de modo que los dos días que pasábamos de camino se me hacían tan largos, que agrandaban la distancia, en mi mente infantil, como si me llevaran a la otra parte del mundo.

En el colegio me trataban muy bien; pues a parte de que era el alumno más pequeño, el que de más lejos venía, era también el hijo de un antiguo alumno al que habían educado muchos de los Hermanos que me acogieron a mí. Incluso una vez, el Hermano Luis Escorihuela, que había contado los tres años de cárcel durante la guerra por la caída de las hojas de los álamos que asomaban por lo alto de los muros del patio de la prisión, como única *referencia del paso del tiempo*, leyó ante toda la sección, como ejemplo para mí y para mis compañeros, las notas de mi padre en el último curso, en el que a pesar de sacar Matrícula de Honor tuvo que repetir por no tener la edad suficiente para obtener el título correspondiente.

Y es que entonces, más que en las clases, yo pensaba en mi pueblo. Yo pensaba en Elda, Barcelona era grande, la mayor capital que había visto en mi vida, pero no se podía comparar con mi pueblo. Me imaginaba la sorpresa que sentirían los forasteros al venir de Alicante y, al doblar el vértice del Reventón, encontrarse con Elda, en el fondo del Valle, guardada por Bateig, El Cid, La Torreta y Bolón, como un tesoro celosamente escondido. Y me imaginaba también que el túnel del tren se había construido intencionadamente como la entrada a un lugar privilegiado, y que estaba allí para causar, una vez atravesado, mayor sorpresa a los viajeros. Me pasaba los días mirando en los mapas de España el trozo correspondiente a la provincia de Alicante, buscando un punto pequeño con la palabra Elda. Entonces los pueblos de los alrededores

venían con letras más grandes. Incluso en muchos mapas estaban Monóvar, Novelda y Villena, pero Elda no aparecía por ninguna parte, y sentía al mismo tiempo una pena y una rabia inmensa.

Una de las primeras cosas que me llevaron a visitar en Barcelona fue la Avenida de la Luz, llamada así por la magnífica iluminación de que estaba dotada, en aquella época en que las restricciones eléctricas eran tan corrientes como el hambre. Aquella Avenida subterránea, llena de tiendas, cafeterías, cines y salas de juegos infantiles, que por unos instantes hacía olvidar los dramas que se vivían sobre ella, estaba bien. Pero no se podía comparar con mi Calle Nueva.

En la Calle Nueva, unida al Ayuntamiento y a la Iglesia por el estrecho cordón umbilical de la Calle Colón, a pesar de su pequeñez, teníamos de todo como si de un mundo pequeño se tratase. En la Calle Nueva «teníamos» Teléfonos, Correos, Telégrafos, un Banco, la Lotería, el Casino, el Estanco, el Cura, un Médico y hasta a D. Enrique el practicante. Pero no eran los edificios los que daban vida a estas instituciones. Lo verdaderamente real eran las personas que los humanizaban.



Desde mi casa contemplaba a Consuelo y a Virtudes con su uniforme oscuro, a tono con su pelo negro, siempre activas con los auriculares puestos y manipulando las clavijas de la centralita telefónica entre tentáculos de cables. De vez en vez, volvían la cara hacia la calle en un respiro. Recuerdo la llegada por la calzada sin asfaltar del «coche» de la Estación, con sus sacas de correos en la baca, y con el cuerpo menudo de José María, con la gorra calada hasta los ojos, dando tumbos colgado a la puerta trasera como una simbiosis de él. Nunca creí que pudiera existir esa calle, sin esa llegada puntual de «coche» al viejo edificio, día tras día, ni esas oficinas sin su antigua estufa de leña encendida en invierno.

Recuerdo a Rosalino, que alternaba su trabajo en Telégrafos con su oficio de barbero a domicilio. Rosalino tenía dos cosas singulares: un hermano gemelo en América y la afición a las casas recortables de cartulina. Rosalino iba en bicicleta. Casi todos iban en bicicleta; él, Antonio el del Negresco, Juan Antonio el relojero, septuagenario ya; D. Enrique, y sus bicicletas eran tan conocidas casi como ellos mismos.

Recuerdo perfectamente cada rincón de la calle y a cada vecino. Y les recuerdo tal como eran entonces. Como si cada uno hubiera sido «puesto» allí de la edad que entonces tenían, y hubieran seguido siempre con la misma edad. Incluso al tío Silvestre, con su siglo auestas. Los años le habían quitado la vista, pero no así la memoria, por eso subía y bajaba la escalera interior de la casa como si viera los escalones, y es que los contaba mentalmente. Lo veo todavía sentado en su sillón, abrigado con una manta, limpiando la pipa siempre al tacto y una vez llena, encenderla guiándose por el calor de la llama; o sentado junto a la mesa a las horas de la comida buscando con sus manos temblorosas, que recorrían el mantel como un rastro dando golpecitos con las puntas de sus dedos, los alimentos que día a día le colocaban en el mismo orden. Yo intentaba, cuando a hurtadillas le contemplaba pasar las horas en su silencio de años, con la pipa humeante entre sus manos, adivinar qué recuerdos estaría revisionando en su mente.

El Negresco, con sus veladores de mármol en la acera, las noches de verano, y dentro, entre el penetrante aroma del café y el sonido de las fichas del dominó contra el mármol, en lo alto y difuminado por el humo de los cigarros, el pequeño palco para orquesta. Durante el día, perros y gatos adormilados ante la puerta. El Bazar Madrileño, con su eterna rosa pintada en el cristal del escaparate. La ferretería «Los Leones», cuya dueña aficionada a los perros grandes también, debió bautizarla así por asociación de ideas. La carnicería de Magdalena; la tintorería de Remigio y Leonor; El Bebé, donde todavía se componían relojes; Samper, el fotógrafo, estudio que a mí me parecía misterioso, y me recordaba las películas en las que los espías se intercambiaban los microfilms con rostros impenetrables y andares sigilosos; Casa Singer, que estaba

allí pero como si no estuviera; la tienda de muebles de Magdalena; la Imprenta Vidal, con sus altas estanterías de madera que al ser yo pequeño me parecían más altas; «cá» La Mortaja, donde comprábamos chufas, «cacahuets», «tramosos» y demás, todo medido en cubiletes formando un «mezclao» en cartuchos de papel de estraza.

Enfrente «cá» El Platanero, en competencia con la tía Pepica de la Calle Jardines, donde la sola presencia de los dueños era suficiente publicidad de la saludable propiedad de la fruta; el «cuartico» de Arocha, que aún sigue igual, donde conocimos a Cartapacio y Seguidilla, a D. Triqui y al Guerrero del Antifaz; el postigo de Victoria, salida a la Calle Jardines, para muchos conocidos cuando las puertas del jardín del Casino estaban cerradas; el callejón del mismo Casino, por el que nos colábamos en la repostería sin pasar por el salón; el «cuartico» del betunero, limpiabotas él, limpiabotas ella, donde te hablaban de toros aunque fuese vegetariano; las dos peluquerías, la de Vicente para caballeros y en la que había que tomar número los días punta, y la de Cirilo para señoras y a la que se subía por una «escalérica». Curioso personaje para mí este señor Cirilo, pues nunca le vi, pero allí estaba y érame tan importante y familiar como todos los vecinos; y «cá» Aguedeta, muy húmeda porque estaba un poco honda, donde se hacían adornos y lazos con gasas y se vendían pasteles. Y teníamos nuestros sastres, Vidal y Yago, y la tienda de tejidos de Valor, con Camilo midiendo las telas extendidas sobre el largo mostrador con su medio metro de madera y dándoles el corte cuidadosamente con la tijera, lo que no podía evitar que la tela soltara un levísimo quejido. Sí, todos los vecinos eran importantes.

Las noches eran silenciosas, hasta el punto que se oían los pasos sordos sobre la baldosa, de cualquier transeúnte, y los golpes secos del garrote del sereno al tocar el suelo. Antonio tenía poco trabajo, pero allí estaba todas las noches enfundado en su blusón negro y con la gorra de visera acharolada, apoyado somnoliento en cualquier rellano de un portal, y asomando la cabeza al menor ruido. Algunas noches de invierno, cuando el frío era más intenso, el buen hombre se refugiaba en nuestro «auto» y echaba una cabezada.

Por las mañanas, la calle recuperaba la vida. Apenas se apagaba el eco de las sirenas y de los «pitos» de las fábricas llamando al trabajo, empezaba el espectáculo. Yo desde mi cama les oía y les veía la cara, tan de memoria me los sabía, y adivinaba sus movimientos. Cada vendedor tenía su voz, su música y su tono en el pregón. Cada uno acentuaba una letra, o alargaba otra, el mismo tiempo exacto siempre, como ciñéndose a los compases de una partitura bajo la batuta de un exigente director. Los vendedores aparecían casi siempre unos tras otros, dejando las pausas marcadas para cada papel, sin formar casi nunca empastes de voces.

Los más madrugadores eran, con pasos rápidos:

—¡El churrero! ¡Churros caléeeeeeticos!

y con su delantal blanco:

—¡La bollera! ¡Ensaimadas y roooooollicos!

Ya entrada la mañana, el basurero, haciendo sonar por campana un troquel colgado al carro que golpeaba con un escoplo viejo a modo de badajo, y dando órdenes a su mula, con la que se entendía perfectamente.

—¡Arre! ¡Siió Booó!—, para que avanzara unos pasos y se detuviera cada dos o tres puertas, donde ya las mujeres le esperaban con el cubo de la basura que casi le entregaban en la mano.

Entre tanto la calle alcanzaba su momento cumbre de animación comercial. El trapero había llegado ya con su carro lleno de colgajos:

—El trapero! ¡Compro trapos, alpargatas viejas y pieles de conejooo!

En medio el silbido estridente y el grito de:

—¡El afilaooooor!

Y si había algún cuchillo para afilar, el lamento lastimero de la muela accionada al pedal de la bicicleta al rozar el filo de la hoja.

Y el carbonero, que soltaba un Do de pecho sostenido mayor, impresionante en cada o final de su:

—¡Carboneroooooo...!

y pesando el carbón en un plato, en el otro las pesas, de su balanza de cadenas.

Algún día, no todos, también llegaba de algún remoto lugar a lomos de su burro el

—¡Arropero! ¡Arrope y calaaabazate!

y el estañador, con su bote agujereado para ventear las brasas, con un alambre por asa, protegido con un canuto de madera para evitar el calor.

—¡Estañaooooor! ¡Se arreglan peroles y lebriloooo!

Y el carro del

—¡Arenero! ¡Arenica y tieeeerra blanca!

y cuando caían cuatro gotas, como surgido de entre ellas

—¡El paraguero!

y también el lechero, con sus lecheras y medidas de hojalata.

Y ya, más avanzada la mañana, los golpes de algún picaporte, el picaporte de cada puerta tenía su sonido propio, y el grito del

—¡Cartero!

y a continuación, en voz bien alta, el nombre del destinatario, para que nos enteráramos todos.

Las voces estaban tan asociadas al diario vivir de aquella calle, que si algún día faltaba alguna, la echábamos de menos.

—Hace dos días que no ha pasado el... ¿Estará malo?

Hasta teníamos los pobres abonados, La Clavelina y Paquico el Tonto, a los que nunca les faltaba un plato de comida caliente o un pedazo de pan con «companaje» en cualquier casa y con los que charlabas un rato.

Aquella era nuestra Calle Nueva. La calle por la que, cuando había llovido, corríamos tras los barquitos de corcho siguiéndoles por los torrentes de agua que se formaban al borde de las aceras. La calle por la que se asomaban en invierno las humeantes chimeneas de las estufas; cortos tubos horizontales de hojalata y de las que ningún vecino se sentía molesto, porque el frío, el calor y el humo los compartíamos juntos. La calle en la que al producirse un apagaón por las tardes, una vez anochecido, tan corriente en aquella época, venía acompañado de un ¡¡ooooh!! entre admirativo y burlón, como un desafío a la oscuridad, y poco después la calle se llenaba de los haces de luz de las linternas, preciado tesoro, de los chiquillos jugando a la rata bajo las cornisas de los tejados cuajados de nidos de golondrinas; de aquellas golondrinas que venían cada primavera, y que con sus vuelos raseantes de una esquina a otra, nos anunciaban la lluvia.

En aquella calle se corría la vaca, y al canto del

—¡Ná, ni ná, ni ná! ¡Jé carralé!

de Perlusia y el colchonero, se bailaban los «Gigantes y Cabezudos»; pasaban los desfiles, las procesiones y hasta el Rosario de la Aurora.



Allí era raro, por Navidades, el hogar o la tienda donde no se montara el Belén que los críos visitábamos vestidos de pastorcillos. Y donde era corriente encontrarse con algún brasero junto a la puerta de alguna casa, a media mañana, con las incipientes brasas cubiertas de cisco. Y colgados en los balcones de hierro, secándose, las tiras de mondas de naranja que servirían después como combustible. Aquellos balcones y miradores que se engalanaban de cubertores con la bandera nacional en las grandes solemnidades, muchos de ellos con

crespones negros aún, y en los que dejábamos los zapatos ilusionados, con un capazo de paja para los caballos, junto a una carta para los Reyes Magos.

Y en la que tan pronto desaparecía el desfile matutino de comerciantes, alguna vecina recogía con la pala del hogaril o con un trozo de cartón, los «moñigos» de las caballerías para abono de las macetas.

En aquellos tiempos las puertas de los pisos de las plantas bajas permanecían abiertas en verano, tras las desplegadas persianas para que entrara el aire, y se llamaba al entrar con un

—¿Quién está aquí?

o con un

—¡Ave María Purísima!

si lo hacían en casa de D. José María, el cura.

Por las noches en el caluroso estío, los vecinos sacaban las sillas a la calle, hasta las mecedoras los más cómodos, y pasaban un rato conviviendo como en una prolongación del propio hogar. Y es que en realidad allí casi todos éramos familia: la tía Soledad, el tío Manolo, el tío Gabriel, mamá Marina, el tío Isidro, la tía Salud, la tía Carmen, la tía Rosalía, la tía Victoria y muchos otros tíos de los que no sabíamos en qué generación anterior se perdía el parentesco.



Han pasado cuarenta y tantos años. Algunos vecinos nos fuimos trasladando a otras calles, unos siguen allí, la mayoría se habrán ido para siempre. Varias de las casas han cambiado sus fachadas y han crecido en estatura, las tiendas fueron modernizando sus escaparates, desapareciendo aquellas hojas de madera con las que se cerraban por las noches al amparo de un candado, muchas se han convertido en pubs, cafeterías o discotecas, haciéndonos olvidar con sus «baffles» los «Se va Covadonga» y los «Exámenes de Machinet de la Caña», que amenizaban nuestras horas de las comidas en las viejas radios de madera salpicadas de interferencias cuando algún vecino ponía en marcha el «motorico». De las fachadas fueron desapareciendo las chimeneas, y su lugar ha sido manchado con las señales prohibitivas de tráfico, en lugar del caballo

de D. José Vera Millán, aparece la grúa, y a la pobre calle hasta nos la esclavizan, con una cadena, los fines de semana.

Antes éramos los amigos de toda la vida, nuestras cortas vidas de siete u ocho años, los de la calle; hasta el punto que cuando por cualquier tontería nos enfadábamos con alguno y ya no le «ajuntábamos», éste pasaba los días más tristes y solos que se pudiera imaginar.

Hoy son centenares los jóvenes que la animan por las tardes y las noches. Unos, los menos, son de Elda, otros ni siquiera han nacido aquí. La calle se ha convertido en uno de los centros neurálgicos de la ciudad y los acoge a todos en su seno pequeño y corazón grande de madre. Millones de pisadas han borrado las «chulas» de tizas que las chiquillas trazaban en las aceras, para jugar a la pata coja con un tacón de goma por leva, siempre ante la vista, tras los cristales de las ventanas, de sus madres, tías o abuelas. Hace mucho, mucho tiempo que el asfalto cubrió los picotazos de los clavos de las trompas en la tierra y las huellas que, al deslizarse, inapreciablemente, formaban las bolas de barro, los «mármoles», los «guilis» y las «sinquetas».

Ahora cuando la veo, con su animación impersonal, su tráfico y su veleidad, me siento como ese amante olvidado por una mujer que otros han ido halagando y embelleciendo hasta transformarla en una estrella, en una mujer objeto, que es de todos, pero que en definitiva no es de nadie, y la contemplo con cierta pena y un cariño entrañable pensando en mi interior que sus mejores años, cuando ella era sencilla, humilde e íntima, fueron míos. Y mi cariño se acentúa cuando observo, como inevitables arrugas que ni el tiempo, ni el maquillaje, ni la cirugía pueden ocultar, las fachadas viejas y abandonadas que inexorablemente marcan el paso de los años. Y es que los verdaderos enamorados, casi aman más las imperfecciones.

Sí. Hoy otra vez le han dado su antiguo nombre. Pero todos sabemos que la placa con el nombre, igual que la calle, no es la auténtica, no es la misma que aquella que decía CALLE NUEVA.

J. Tomás Aguado V.

La fiesta y la hermandad

Un año más me invita vuestro Presidente a que emborrone unas cuartillas para colaborar en la bien cuidada Revista de vuestra Fiesta de Moros y Cristianos.

Un detalle que a mí me honra, pero —a decir verdad— cada vez lo voy teniendo más imposible, por cuanto creo que tanta reiteración va cansando a los lectores, amén de que no soy la persona... con dotes literarias a la altura que requiere tan importante publicación.

Creo que la amistad que generó el Congreso de Villena, muy íntima, por cierto, con vuestro Presidente, sea el motivo principal para que se acuerde de mí y sea un asiduo colaborador de vuestra Revista.

A esta amistad me voy a referir principalmente, tratando de dar mi modesta opinión —en extracto— sobre los resultados de aquel gran Congreso que todos recordamos y que difícilmente se superará, sin que esta afirmación quiera decir que el Congreso que se avecina no vaya a tener resultados positivos.

De las conclusiones de Villena, la que más me gusta es la 28.^a, que se refiere a la creación de un organismo supralocal, pues si bien es verdad que el Congreso en sí tuvo la suficiente fuerza para crear unas amistades que perdurarán mientras vivan los hombres y las mujeres que, de una manera u otra, participaron en el mismo, no es menos cierto que el resultado de la mencionada conclusión, es el que ha hecho que la amistad y hermandad que allí nació, se vaya cultivando y ampliando con los contactos periódicos que la Unión de Entidades Festeras ha venido motivando.

Ahí están los intercambios de personas representativas de la Fiesta, en las anuales asistencias para presenciar los actos a los que mutuamente nos invitamos; ahí están las Asambleas en las que, aparte de tratar nuestros asuntos, nos sirven para dar un abrazo al que ya es amigo, o para darnos a conocer a otros que se van incorporando a las tareas responsables en cada pueblo; ahí están los intercambios de ideas, que cada uno puede acoplar —si las cree oportunas, al mejor resultado de la Fiesta de su pueblo— ahí están esas convivencias, aprovechando cualquier motivo, para compartir una comida; ahí están las demostraciones de alegría y de dolor, cuando alguno de los que formamos esta gran «familia» pasa por estos avatares de la vida; ahí están las ayudas que nos prestamos... Y es posible que algún detractor diga que todo esto es solamente a un nivel de directivos, y que los festeros de a pie ni se enteran. Festeros de a pie tuvieron la oportunidad de contraer amistades en el desfile de Villena, en el desfile conmemorativo de su fiesta en Ollería, en el desfile homenaje a las bandas de música de Alicante, en las Comisiones de trabajo de la UNDEF, y van a tener contactos con festeros de otras poblaciones, si se animan a participar en el II Congreso de Onteniente.

No cabe duda de que la Fiesta ha generado, a partir del Congreso de Villena, una hermandad entre la mayoría de los pueblos que la celebran pertenecientes al área levantina, que a buen seguro se verá ampliada en Onteniente, cuando tengamos oportunidad de mantener contactos con personas de pueblos que no conocemos.

Y finalmente quisiera hacer mención a un detalle, que no puedo pasar por alto y que se refiere concretamente a esa amistad y hermandad de la que hacemos gala las mujeres y los hombres de la Fiesta. Se trata de vuestra felicitación publicada en vuestro Boletín Festerro, al tener conocimiento de la declaración de Fiesta de Interés Turístico a favor de la Fiesta de Moros y Cristianos de Ollería, y en la que se considera a mi modesta persona como gran amigo de Elda. El hecho de insertar en una publicación interior esta buena noticia para nosotros, es otra demostración de esos lazos que nos siguen uniendo, hermanando y que nuestras alegrías son las vuestras.

JOAQUIN CAMARENA REIG

Presidente de la Junta Central de Moros
y Cristianos de Ollería



EL SANTO Y LOS HOMBRRES DE LA FIESTA

Mucho se ha dicho de los hombres de la Fiesta, de los hombres que llevan la dirección de la Fiesta.

Por una parte se les alaba y se les piropea, mientras que por otra se les censura y airean sus errores. Pero estas personas no están donde están, ni para lo uno ni para lo otro, sino para servir, con la mejor voluntad, a la Fiesta como seres humanos que son, con todos sus defectos y virtudes.

No podemos afirmar que en la dirección de las distintas Comparsas, que componen nuestra Fiesta, ni siquiera en la del órgano superior a ellas, llámese Junta Central, Comisión, Asociación de Fiestas, etc., etc., estén las personas más capacitadas para desempeñar los cargos o las misiones correspondientes, pero sí son, mientras no se demuestre lo contrario, las que mayor ilusión y espíritu de sacrificio poseen de entre las restantes que están integradas en la Fiesta.

Ciertas personas o grupos, pretenden hacer creer a la familia festera, que los dirigentes de la Fiesta sólo pretenden, con su trabajo, lograr el papel de protagonistas, con la aureola de popularidad que ello les podría suponer, y así manejar a Fiesta y festeros con fines políticos, lucrativos o cualquier otro que les pueda rondar por su imaginación. He de afirmar categóricamente que esto es totalmente falso, y a la vista está la trayectoria de muchos de los hombres de la Fiesta, por nosotros sobradamente conocidos, que dedicaron, dedican y dedicarán sus mejores esfuerzos e ilusiones al engrandecimiento de la misma.

Pero claro está, simplemente por el hecho de que aquí se diga, y se alabe a estas personas, no se va a conseguir que sus detractores cambien de opinión. Tampoco lo pretendo, ya que no se puede plasmar en un escrito aquella labor y aquellos resultados positivos, que estamos viendo, se producen año tras año para regocijo y satisfacción de los que amamos la Fiesta sin que en ello estén mezclados intereses ocultos.

No quiero tampoco que nadie piense que mi idea al escribir estas líneas, es la de elevar a los altares a los dirigentes de la Fiesta. No pretendo añadir halagos a su labor, ya se ha dicho mucho, ni pretendo explicar el por qué de las censuras, el tiempo todo lo aclara, simplemente quiero dejar bien sentado el ideal de estas personas, que sin más pretensiones que las de hacer FIESTA, con mayúsculas, dedican a ello muchas horas de su vida, sin pedir nada más a cambio que la comprensión, la colaboración y el entendimiento de todos los que componemos la Gran Familia FESTERA.

Antonio Mallebrera



Las Fiestas de Moros y Cristianos es un hecho histórico

¿ES IMPRESCINDIBLE EL CASTILLO?

Favorecidos por lo abrupto del terreno en el último período de la Reconquista los árabes hacían de la tierra andaluza el último baluarte de su lucha contra el pueblo español y cristiano; ante la inminencia de la derrota definitiva se unieron en armas a Ferraz-Abenfaraz en un supremo esfuerzo de sacudir el yugo de los españoles entre finales de 1568 a 1571. En esta época tuvo lugar la noche sangrienta del 24 de Diciembre de 1568, noche memorable para los cristianos por la celebración de la Natividad de Cristo, en la que la barbarie sarracena acabó con la vida de 51 sacerdotes, 28 niños y más de 3.000 cristianos, que regaron con su generosa sangre las tierras de La Alpujarra, desde la más alta montaña al más profundo valle.

El odio satánico a la religión cristiana les llevó a la destrucción de vidas humanas, de iglesias y viviendas con el intento de hacer renegar de su fe mediante martirios y amenazas a los cristianos, y en palabras de los historiadores el empleo de los medios más conocidos en sangrientas persecuciones.

La sublevación de los moros de Las Alpujarras dejó una profunda huella en el alma del pueblo español y hoy, el nombre de FIESTAS DE MOROS Y CRISTIANOS es la mejor expresión del grado de independencia que durante ocho siglos mantuvieron los españoles.

¿ES IMPRESCINDIBLE EL CASTILLO?

El castillo es pieza fundamental en la fiesta; si ésta transcurre plenamente por los caminos de una tradición, el castillo, símbolo de la defensa del territorio patrio y de hechos verdaderamente heroicos, debe ser un complemento indispensable en el desarrollo de las conmemoraciones.

Para los cristianos de la Edad Media el castillo constituía la máxima garantía para la defensa de las villas y los pueblos, baluartes inexpugnables en ocasiones; las murallas de los que todavía se conservan en pie por toda la geografía española, particularmente la Castilla señorial guardan en sus murallas un puñado de historia gloriosa, de la grandeza y poder de un Reino. Tanto para los moros como para los cristianos la conquista de un castillo suponía uno de sus mayores triunfos guerreros; los primeros dejaron sembrada nuestra geografía de estas fortalezas que les permitían, en ocasiones, la defensa de los terrenos conquistados.

En el I Congreso Nacional de Fiestas de Moros y Cristianos celebrado en Villena, D. José Linares Palma presentó una ponencia sobre el hecho histórico de las fiestas y en ella, entre otras cosas, expresaba que no se comprende ésta si se prescinde del Castillo, del que no puede discutirse su pasada gloria. Los castillos nos trasladan a épocas anteriores plenas de ilusiones y esperanzas, nos hacen vivir horas felices de un pasado histórico, fieles testigos de las cruentas batallas de los cristianos por recuperar el suelo patrio y de los moros por mantener lo que con engaños nos habían usurpado. El castillo era en ocasiones lugar seguro para los cristianos que velaban por la seguridad de los caminos de España y con su conquista se conseguía, paso a paso, la ansiada independencia, ya que aumentaban las defensas cristianas.

Las guerras entre los caudillos moros permitían a los cristianos reparar sus fuerzas, siempre al amparo del castillo recientemente conquistado y defendido con valor para que en sus robustas torres no volvieran a ondear los pendones de la media luna.

En las fiestas estos hechos históricos de los castillos se rememoran y junto a ellos se celebran los actos más trascendentales y significantes de las mismas.

Vicente Valero Bellot

Resumen de un año de Fiesta

Si en el mes de Febrero del año pasado, decíamos que se estaba preparando con mucha ilusión, tanto los actos que había previsto la Junta Central, como aquellos que tenían organizados las comparsas que componen la Fiesta de Moros y Cristianos de Elda, ahora, al comienzo del mes de Marzo del 85, cuando prácticamente quedan tres meses para que la Fiesta con todo su esplendor esté en la calle, nos disponemos de nuevo a pasar en limpio todos aquellos datos que sobre la Fiesta hemos recopilado a lo largo de esos meses que van desde Marzo de 1984 a Marzo de 1985.

En este resumen vamos a intentar dar a conocer todo aquello que haya sido de interés para la Fiesta y que de alguna forma haya dejado huella en el ámbito festero de Elda.

Sabemos positivamente que habrá quizá cosas o hechos que, con nuestra mejor voluntad, no podamos captar aquí, pienso que puede ser producto de que alguna nota se haya extraviado y ése es el motivo principal. Si esto ocurre, perdón de antemano.

MARZO - 1984

Día 24.— La Comparsa de los Contrabandistas celebra su cena de todos los años, en donde se hace entrega de los premios a la mejor escuadra que ha desfilado en las fiestas del año anterior.

También en este acto festero, los Contrabandistas, como ya viene siendo norma en ellos, hicieron entrega del Contrabandista de Plata, que en esta ocasión fue para Antonio Barceló Marco, Presidente de la Comparsa Huestes del Cadí, y a la vez Presidente de la Mayordomía de San Antón; y a Lolita Díaz González, por la labor desarrollada en pro



de la Fiesta y de la Comparsa por estos dos festejos.

Día 31.— La Comparsa de Piratas celebra el acto infantil de cada año en honor de todos sus pequeños festeros.

Este acto tiene lugar en el Bar Campico, y acuden alrededor de treientos pequeños festeros, que lo pasan en grande con juegos, concursos y sobre todo con una estupenda merienda.

El acto fue presentado por el Cronista de la Comparsa, Juan Gómez, quien agradeció la asistencia de todos los chavales, así como la de diferentes invitados.

ABRIL - 1984

Con la llegada del mes de Abril, aparece el Boletín Festero número 25, que sale ilustrado con gran cantidad de colaboraciones literarias de los diferentes pregoneros que ha tenido la Fiesta de Moros y Cristianos desde el año 1970.

Día 7.— La Comparsa de Piratas que una semana antes había celebrado un acto para todos sus pequeños, en esta ocasión la fiesta corresponde a los mayores. Como es norma en la comparsa, se rinde homenaje a las escuadras que premiaron en las fiestas pasadas, y se hace la presentación a los comparsistas de la Abanderada y el Capitán para las fiestas del mes de Junio. En este mismo acto, la Junta Directiva de la comparsa entrega al festero Miguel Gómez Rivas, una placa de reconocimiento a la labor de este hombre en beneficio de la Comparsa de Piratas.

Día 14.— La Comparsa de Moros Musulmanes, al igual que en años anteriores, celebra el acto dedicado a los peques. Un gran ambiente, con más de doscientos cincuenta pequeños festeros se dan cita en el restaurante de la FICIA para dar buena cuenta de una estupenda chocolatada. Asiste al acto el Concejal de Cultura, Luis Gabriel Torregrosa Mira.



Día 15.— Una fecha que se ha quedado como tradicional dentro del calendario de actos festeros que tiene programados la Junta Central. Se celebra el cuarto concierto de música festera, interpretado en esta ocasión por la Instructiva Musical «Santa Cecilia» de Elda, que obtiene un éxito en todas y cada una de sus interpretaciones. Al final, no podía faltar, con el público puesto en pie, se interpreta lo que se ha dado en llamar quizá el himno de nuestras fiestas, como es «Elda Musulmana», que puso los pelos de punta a los aficionados a la música, que llenaron por completo el Teatro Castelar de nuestra ciudad.

Día 28.— En los salones de la Caja de Ahorros Provincial, se inaugura el Concurso Nacional de Dibujos de Humor, con la asistencia de las primeras autoridades, tanto municipales como festeras.



Este mismo día, pero a las diez de la noche, se celebra el acto que la Comparsa de Moros Marroquíes había programado y en el que habían puesto todo su empeño y entusiasmo para homenajear a todas las Abanderadas, que desde el año 1944 habían tenido como portadoras la roja bandera marroquí. El restaurante de FICIA se vistió de gala, se vistió de fiesta y naturalmente la emoción estuvo por todo lo alto en una noche que seguramente para muchos de los que allí se encontraban presentes será de inolvidable recuerdo.

Quizá el momento más importante de la noche fue cuando el presidente honorífico de la comparsa, Eduardo Gras Pascual, se vio rodeado de casi todas las abanderadas que a lo largo de toda su historia había tenido esta comparsa.

Las autoridades eldenses estuvieron presentes en este acto, al igual que los presidentes de todas y cada una de las comparsas que gentilmente fueron invitados para este acto.

MAYO - 1984

Día 5.— A la una del mediodía, se clausura la exposición de Dibujos de Humor, que había estado

abierta toda la semana, en donde resultó ganador Fernando Fuster Villanueva.

Por la noche de este mismo día, de nuevo la fiesta y la ilusión estaban presentes. La proclamación de Abanderadas y Capitanes se llevaría a cabo, como en los años anteriores, en el restaurante Miramar de Santa Pola. Cerca de quinientas personas se dieron cita en este acto importantísimo, de nuestras fiestas, en donde un hombre de la talla y categoría de Juan Antonio Vallejo-Nágera pronunciaba



el Pregón de las fiestas eldenses. La verdad es que no había sido fácil conseguir los servicios de este ilustre doctor en psiquiatría, pero gracias a que en estos momentos la Fiesta eldense está a gran altura, este hombre accedió a venir a pronunciar el pregón, que resultó, tal y como se esperaba, un completo éxito.

Como es costumbre, en este acto del pregón se procedió a la presentación de Abanderadas y Capitanes de las distintas comparsas que iban subiendo al escenario, estupendamente engalanado, para recibir esas bandas que les acreditaban como los máximos responsables durante las fiestas de sus comparsistas.



Los galardonados esta noche por parte de la Junta Central fueron: con el Moro de Plata, Francisco García Serrano, Jefe de la Policía Municipal, y Juan Sanchiz Rubio, de la Comparsa de Moros Musulmanes. El Cristiano de Plata fue a parar a la solapa de Luis Javaloyas Sebastián, de la Comparsa de Cristianos, y Alberto Galiano Santos, de la Comparsa de Contrabandistas.



En medio de un ambiente realmente extraordinario, la fiesta siguió hasta bien entrada la madrugada, con la música festera sin parar de sonar un solo instante.

Día 12.— Con la asistencia de las primeras autoridades, se celebra en el restaurante de la FICIA el acto anunciado por la Comparsa de Moros Musulmanes. Si en todos los actos que se celebran siempre hay algo importante, en éste, e incidiendo en que cuando suena la marcha mora «Elda Musulmana», parece que todo cambia un poquito, habrá que señalar que fue un acto inolvidable para cuantos estaban presentes en el mismo. El balanceo de las marchas moras y la emoción que no se podía contener en muchos momentos del acto, hacían de esa noche festera una fiesta que realmente es difícil de poder superar.

Durante el transcurso de la misma se hizo entrega de los premios a las mejores escuadras premiadas por la comparsa, y también se hizo entrega del Musulmán de Oro a un hombre que prácticamente dedicó toda su vida a la comparsa, como es José Muñoz Ortega.



Día 19.— La verdad es que el mes de Mayo resultó ser un mes netamente festero. Todas las semanas alguna comparsa celebró actos. Sin embargo, este día, concretamente a las seis de la tarde, en la FICIA, una nueva chocolatada esperaba a los casi cuatrocientos festeros infantiles que se habían

dado cita en este local, para participar en la gran cantidad de sorteos con innumerables regalos que se había previsto para todos ellos. Lo único que no acompañó fue la tarde, que desde primeras horas no paró de caer una lluvia intensa, pero que no fue obstáculo, lógicamente, al celebrarse en un local cerrado para este importante acto de presentación de Abanderadas y Capitanes infantiles.

Las primeras autoridades, con el Alcalde de la ciudad al frente, estuvieron presentes en este acto dedicado a los pequeños, que año tras año va adquiriendo mayor importancia dentro de los programados por la Junta Central de Comparsas de Moros y Cristianos.

Día 24.— Las fiestas se están aproximando, las comparsas hacen sus últimos actos antes de la Fiesta y las Huestes del Cadí, que ya había celebrado un acto importante el día 13, con un concierto de Música Festera en donde se premiaba una marcha mora con ciento cincuenta mil pesetas, y que ganó Jesús Mula Martínez, de Novelda, en esta noche volvía a organizar una cena, en la que se iban a entregar los premios a los ganadores del Concurso de Minicadros, y también al compositor de la obra galadornada. La cena estuvo presidida por el Alcalde de la ciudad, Roberto García Blanes, al que acompañaba su esposa, al igual que el presidente de la Junta Central, Jenaro Vera, que junto a los presidentes de las comparsas estaban presentes en el acto, acompañados también por sus señoras.

Día 25.— Si la noche anterior habían sido los Moros Cadíes, esta noche era una comparsa totalmente distinta, los Zíngaros.

Esta comparsa multicolor prepara y celebra todos los años su cena zíngara con todo detalle, es una de las comparsas pioneras en esta clase de ac-



tos, y la verdad es que la noche zíngara es una noche de ensueño, es una de las noches que gusta vivirla, es una noche para recordar. Como recordamos esa Z de oro/entregada a un hombre que desde hace ya muchos años trabajó y trabaja por la comparsa, siendo además uno de los pocos zíngaros que todavía quedan de los que salieron con la comparsa allá por el año 1948: Luis Juan Alba, fue el Z de oro del año 1984, sumándose así a la larga lista de galardonados que hay dentro de esta comparsa.

JUNIO - 1984

Día 1.— Llegamos a las fiestas. La ciudad durante toda la semana se había preparado con todo detalle para las mismas, y las calles estaban prácticamente engalanadas con esos arcos de perillas, ban-



derolas, etc. Sin embargo, los festeros miraban una y otra vez hacia las alturas, porque no se creían que la temperatura que hacía fuera posible. Una temperatura totalmente veraniega hizo que las calles de nuestra ciudad se inundaran de gente para ver en acción a los moros y cristianos. Ya desde muy temprana hora de la mañana, el ambiente en nuestra ciudad era de auténtica fiesta. Sin embargo, cuando la fiesta comenzó realmente fue a las seis de la tarde, que desde los aledaños de la Plaza de Castelar, un auténtico mar de festeros comenzaban una fiesta que había sido esperada y deseada por todos: los Moros y Cristianos.

Quizá el acto más importante de este día uno fuera el de la cabalgata de humor, que congregó en las calles eldenses a más de veinticinco mil personas.

Día 2.— Por la mañana se celebra el primer acto oficial de fiestas. La guerrilla y embajada discurre por el centro de la ciudad hasta llegar al lugar en donde está enclavado el castillo, y allí se celebra con el esplendor de otros años el simulacro de asalto al Castillo, un Castillo que era estrenado en este año 1984.

Por la tarde, se celebra la primera de las entradas, la Entrada Cristiana. La gente se agolpa en todo lo largo del recorrido para presenciar lo que se ha dado en llamar el gran espectáculo de los Moros y Cristianos. Cerca de treinta mil personas presencian este primer desfile de las fiestas eldenses, que cuenta con el aplauso del público que se entrega por completo a los festeros.

Día 3.— El domingo amanece como terminó la noche anterior, con un frío increíble. Más bien parecía que la fiesta se celebraba en el mes de Enero que en Junio. Sin embargo, esto no hace mella en los festeros, que acuden a la Ofrenda de Flores con



sus mejores galas, en un alegre desfile a ritmo de pasodoble, que comienza en la Plaza de Castelar y finaliza en la Iglesia de Santa Ana.

Por la tarde, a la misma hora del día anterior, comienza el segundo desfile, o mejor dicho, la Entrada Mora. En este desfile sale a relucir todo el esplendor de una fiesta que va a más, toda la belleza de los trajes que las nueve comparsas, que conforman los Moros y Cristianos eldenses, aportan a las mismas. Mucha más gente en las calles, aunque la temperatura, que sigue siendo bastante fría, hace que muchos espectadores no acaben de presenciar



el desfile, que en perfecto orden discurre por el itinerario oficial, que se encuentra repleto de gente llegada desde los lugares más insospechados de nuestro país.

Día 4.— De nuevo Elda, por obra y gracia de la pólvora y trabucos, se convierte en una auténtica guerrilla entre moros y cristianos. Se celebra la Guerrilla y la Embajada Cristiana, que tiene momentos muy espectaculares, sobre todo cuando se realiza el asalto al castillo por parte del Bando Cristiano.

Una vez acabado este importante acto de las fiestas, sale a escena otro no menos importante. Se celebra el Desfile Infantil, en donde toman parte más de mil jóvenes festeros, que demuestran unas excelentes dotes para poder mirar con optimismo



el futuro de nuestra fiesta. Ya por la tarde, como acto final de las fiestas, se celebra la Procesión en Honor a San Antonio Abad. A este acto, precisamente uno de los que anteriormente acudían muy pocos festeros, ahora, quizá, no sabemos, si porque se celebra el lunes y los festeros quieren apurar al máximo sus horas de fiesta, acuden al mismo gran cantidad de festeros que le dan a este acto final un aire totalmente distinto, más bonito, más agradable.

En definitiva, con una estruendosa «mascletá», que coincide con la entrada del Santo a la Ermita, finalizan estas fiestas, con vivas a San Antón y con lágrimas en muchas mejillas que no pueden contener la emoción del momento. Y es que hay que señalar que la fiesta, poco a poco, va calando en los festeros, que cada año son mejores, más responsables.

SEPTIEMBRE - 1984

Día 12.— La Comparsa de Moros Realistas celebra una reunión para elegir nuevo presidente. En esta reunión, al parecer, surgen dificultades y de nuevo, ocho días más tarde, se vuelve a convocar Asamblea General en esta comparsa, y es cuando sale elegido Manuel Amat Piqueras como Presidente de los Moros Realistas.

OCTUBRE - 1984

Día 25.— Regino Pérez Marhuenda es reelegido Presidente de la Comparsa de Zingaros, después de haber celebrado una reunión general para tratar este punto.

En este mismo mes de Octubre se comienza a preparar la obra de Teatro «El Señor Don Juan Tenorio o dos tubos un real».

NOVIEMBRE - 1984

Lógicamente en este mes es cuando se comienza a preparar la Media Fiesta. La Junta Central de Comparsas inicia las gestiones para designar pregonero para las fiestas del mes de Junio de 1985.

DICIEMBRE - 1984

En los primeros días de este mes, se confirma en la Junta Central que el pregonero para las fiestas de 1985, será el actor cinematográfico ALFREDO MAYO. Las gestiones llevadas a cabo por el Presidente, Jenaro Vera, con el que fuera pregonero en las fiestas de 1983, Arturo Rigel, dan fruto, y Alfredo Mayo será quien pronuncie el Pregón de Fiestas.

Día 8.— La Comparsa de Moros Realistas celebra su noche festera de todos los años en un céntrico restaurante de Biar.

En este acto, al que asiste el Alcalde de Elda, Roberto García Blanes, los Moros Realistas le imponen la insignia de oro de la comparsa a CARMEN PUCHE, por el trabajo que esta dama ha hecho durante muchos años en favor de esta comparsa.

Además, se hacen entrega de los premios a las escuadras premiadas por la comparsa en las fiestas pasadas.

Día 28.— Como todos los años, se pone el cartel de no hay billetes en la función de la noche en la obra del eldense Emilio Rico Albert, «El Señor Don Juan Tenorio o dos tubos un real». El grupo de actores de la Junta Central de Comparsas representa de nuevo esta obra y es motivo para que de nuevo la gente se dé cita en el Teatro Castelar y aplauda a rabiar a estos «actores», que demuestran estar a gran altura.



ENERO - 1985

Día 12.— Es inaugurado el concurso de fotografías organizado por la Junta Central de Comparsas de Moros y Cristianos de nuestra ciudad.

La asistencia al acto de inauguración de los festeros, hay que decir que es bastante grande.

★ **Día 18.**— Por la tarde, se clausura el Concurso de Fotografías y en la misma clausura se hacen entrega de los premios a los galardonados. En el tema



«Elda» es ganador Francisco Santos González, mientras que en el de «Moros y Cristianos» es Rafael García Richart el que consigue el premio.

Día 19.— Comienza la Media Fiesta en honor a San Antón.

Por la mañana, con más gente que nunca, se celebra en la Ermita del Santo una misa, que es oficiada por el Párroco de Santa Ana, D. Enrique Garrigós, y al finalizar la misma se reparte el típico pan de San Antón. Por la tarde, a las seis, desde la Plaza Castelar, se inicia el desfile que lleva a todas las comparsas a la Ermita del Santo, desde donde San Antón será trasladado a la Iglesia de Santa Ana, acompañado de las músicas y festeros.

Por la noche, las comparsas, algunas de ellas habían preparado su fiesta particular. Los Estudiantes, en el restaurante de la FICIA, celebran una cena a la que acuden las primeras autoridades locales. En dicho acto la comparsa estudiantil, aparte de presentar a su Abanderada y Capitán, entrega los premios a las escuadras que habían conseguido ganar en las pasadas fiestas.

También la Comparsa de los Piratas, conmemorando el cuarenta aniversario de la misma, celebra una gran fiesta en la Discoteca Tabarca de nuestra ciudad, con la asistencia de gran cantidad de festeros, que llenaban por completo la sala.

También en esa noche festera la Comparsa de los Contrabandistas celebró una cena de hermandad, en donde fueron homenajeados Abanderada y Capitán.

Día 20.— El domingo de la Media Fiesta amanece con una temperatura bastante diferente a los días anteriores, en que se había llegado a cinco grados bajo cero en nuestra ciudad.

Por la mañana tiene lugar la Santa Misa en honor de San Antón, con la Iglesia de Santa Ana prácticamente llena.

Una vez trasladado el Santo a la Ermita, se celebra el Desfile de la Media Fiesta. Aquí, en este acto, hay una gran sorpresa y es que las calles por donde había de discurrir el citado desfile, están a tope, más de diez mil personas se supone presenciaron este acto de la fiesta de San Antón, en donde participaron por parte de las comparsas cerca de trescientas personas.

Ya cerrando los actos de la Media Fiesta, a las tres de la tarde, en los salones de la Feria Internacional del Calzado, se entregaron los premios a las

mejores escuadras galardonadas por la Junta Central en las fiestas del año 1984.

A este acto asistieron las primeras autoridades de nuestra ciudad y cerca de cuatrocientos festeros, que entre música festera dieron buena cuenta de la comida que en su honor se había preparado.

Y a partir de esta fecha se empieza a trabajar de firme para ultimar los detalles de todos y cada uno de los actos que a pesar de que están programados, hay que precisar uno por uno para que den el resultado apetecido.

Tenemos convocado el XV Concurso Nacional de Dibujos de Humor (que se celebrará el día 10 de Abril) y tan sólo dentro de diez días, el 31 de Marzo, se celebrará el V Concierto de Música Festera.

Cerramos, pues, este resumen de un año de Fiesta con la inminencia de la celebración de este Concierto, para el cual tenemos contratada a la UNION MUSICAL DE ADZANETA de Albaida y una vez celebrado el mismo, será el punto de arranque para el resumen del año festero de la próxima Revista de Fiesta del año 1985-1986.

Nos resta tan sólo desear a todos, festeros y espectadores, unas ya cercanas y felices Fiestas de Moros y Cristianos.



Relación de Juntas Directivas de las Comparsas del Bando Cristiano

CONTRABANDISTAS

Presidente de Honor: VICENTE VICENT VIDAL
Presidente: JOAQUIN PUCHE IBAÑEZ
Vicepresidente 1.º: ANTONIO AMAT SANCHEZ
Vicepresidente 2.º: JOSE NAVARRO ESTEVE
Tesorero: JUAN ESPAÑOL VIDAL
Secretario: FRANCISCO VERA BELTRAN
Vicesecretario: MANUEL MORANTE ESQUITINO
Secretario de Actas: ALBERTO GALIANO SANTOS
Contador: FRANCISCO GANDIA LOPEZ
Delegados de Desfiles: BERNARDO REQUENA SANCHEZ
RAMON RICO MELERO
Delegado Prensa
y Radio: JUAN SANCHEZ MIRALLES
Delegados de Guerrilla
y Alardo: ANDRES MUÑOZ PINA
PEDRO CORREOSO MINGUEZ
Delegados de la
Junta Central: ANTONIO AMAT SANCHEZ
RAMON RICO MELERO
Vocales: JOSE GONZALEZ VERA
ANTONIO SIRVENT JUAN
FRANCISCO SIMON SANCHEZ
FRANCISCO MALLEBRERA RICO
FENELON GARCIA CARBONELL
SEBASTIAN PIQUERAS POMARES
FELIPE CEBRIAN PEREZ

PIRATAS

Presidente: FRANCISCO DIAZ CHICO
Vicepresidente: FRANCISCO VIDAL SERRANO
Secretario: ANTONIO MARTINEZ BERNABEU
Vicesecretario: PASCUAL G. PEREZ MARTINEZ
Secretario de Actas: SALVADOR FELIPE SAPENA
Tesorero: JOSE M.ª SIRVENT MARTINEZ
Cronista Comparsa: JUAN GOMEZ RICO
Vocales: HELIOS VERA BOTELLÁ
LUIS LOPEZ MARIN
JUAN JOSE GRACIA GARCIA
MIGUEL GOMEZ RIVAS
BENJAMIN ORTUÑO ESTEBAN
JOSE REQUENA TORNERO
MIGUEL PEREZ SANCHEZ
JOSE ORTUÑO FALCO
ENCARNITA BUSQUIER RICO
MARISA PARDO BERNAL
ENRIQUE PINA ROMERO
EZEQUIEL DELTELL DOMENECH

CRISTIANOS

Presidente: VICENTE QUINTANILLA COLOMINA
Vicepresidente 1.º: JOSE GAMBIN ROCAMORA
Vicepresidente 2.º: ALFONSO BROTONS ROMERO
Secretario: PEDRO BLANES AMAT
Tesorero: LUIS JAVALOYAS SEBASTIA
Vocales: EMILIO GIMENEZ MONZO
FIDEL SANTOS PIÑEIRO
MANUEL GAMBIN ROCAMORA
JOSE IBAÑEZ MARTINEZ
JOSE M.ª ESTEVE GUILL

ESTUDIANTES

Festera de Honor: VICTORIA E. GARCIA CASAÑEZ
Presidente: ANTONIO MIGUEL LUCAS DIAZ
Vicepresidente: JOSE VERA JUAN
Secretario: JOSE MARTINEZ RIQUELME
Vicesecretario: JOSE JOAQUIN GRACIA BARCELO
Tesorero: TOMAS PAYA BARRACHINA
Vocales: JUAN BELTRAN CREMADES
JOSE ANTONIO GONZALVEZ AMAT
FRANCISCO MARTINEZ RIQUELME
JUAN JOSE MEJIAS DIAZ
JUAN VERDU CORBI

ZINGAROS

Presidente: REGINO PEREZ MARHUENDA
Vicepresidente: CAMILO VALOR GOMEZ
Secretario: JOSE ANTONIO SIRVENT MULLOR
Tesorero: VICENTE FORT MARTINEZ
Delegados de Fiesta: RAMON NAVARRO PLA
RAUL PEREZ LALIGA
Delegado de
Contratación: FERNANDO AGUILAR LOPEZ
Delegado Zingaros
Club: JOSE A. MARTIN RIOS
Delegado de
Patrimonio: JOSE M. ROMAN CREMADES
Delegados de
Guerrilla y Alardo: JAVIER RIVERA ESCRIBANO
JOSE PASCUAL CASAÑEZ BAÑON
Delegados de
la Junta Central: CAMILO VALOR GOMEZ
SALVADOR CASAÑEZ JUAN
Delegado de
Organización: JOSE M.ª HUMARAN NAVARRO
Cronista Comparsa: JOSE A. SIRVENT MULLOR
Vocales: EMILIANO GONZALEZ MARTIN
MANUEL VALIENTE CARTAGENA
VICTOR SALES PLANELLES
FRANCISCO JUAN NAVARRO

Relación de Juntas Directivas de las Comparsas del Bando Moro

COMPARSA DE MOROS MUSULMANES

Presidente: JOSE BLANES PEINADO
Vicepresidente 1.º: PEDRO PRADAS PEREZ
Vicepresidente 2.º: ROBERTO NAVARRO CANDELAS
Vicepresidente 3.º: ISIDRO CALVO JUAN
Secretario: OSCAR ORGILES BARCELO
Vicesecretario: VICENTE MALLEBRERA COPETE
Tesorero: ANTONIO MALLEBRERA COPETE
Secretario de Actas: JOSE B. MUÑOZ MIRALLES
Contador: JAIME BELLOT CHIQUILLO
Cronista Oficial: JOSE BLANES PEINADO
Vocales: MANUEL SELLES OLIVER
JULIAN MAESTRE DELTELL
ANTONIO HERNANDEZ VERDU
HERMELANDO AMAT PEREZ
MIGUEL A. ALONSO BELLON
JOSE IBAÑEZ LEAL
JOAQUIN J. MARCO FERRIZ
Consejo Asesor: JAIME BELLOT AMAT
FRANCISCO BUENDIA FALCO
GABRIEL ARENAS PUCHE
JOSE M.ª GIL FERNANDEZ

COMPARSA DE MOROS REALISTAS

Presidente: MANUEL AMAT PIQUERAS
Vicepresidente 1.º: ELOY ROIG MARTINEZ
Vicepresidente 2.º: ANTONIO JUAN MUÑOZ
Secretario General: JOSE JOAQUIN PEREZ IÑIGUEZ
Secretario de Actas: FELIX DIAZ MUÑOZ
Tesorero: JOSE SERRANO PALAO
Representantes de
Guerrilla y Alardo: JOSE FCO. GUACHS BUSQUIER
JUAN JOSE MAÑEZ GARCIA
Representantes en la
Junta Central: ANTONIO GARCIA TARREGA
EMILIO SEMPERE SANCHEZ
Vocal de Honor a
título póstumo: MANUEL MORENO GONZALEZ
Vocales en activo: ARTURO BERENGUER QUILES
JOSE VILAR ALBA
JOSE FCO. NAVARRO CASTAÑOS
MANUEL MORENO AMAT
MIGUEL COLLADO RODRIGUEZ
ERNESTO LOPEZ AMAT
JOSE REIG OLIVER

COMPARSA DE MOROS MARROQUIES

Presidente de Honor: EDUARDO GRAS PASCUAL
Presidente: RUBEN MARTINEZ PAYA
Vicepresidente 1.º: ANTONIO VALIENTE LLORET
Vicepresidente 2.º: ANTONIO HERNANDEZ PLANELLES
Secretario: LUIS CARRASCO MAESTRE
Tesorero: RAFAEL PARREÑO PAREDES
Representantes de
Guerrilla y Alardo: MANUEL GONZALEZ PAYA
VICENTE JUAN ESTEVE
Representantes en la
Junta Central: ANTONIO VALIENTE LLORET
LUIS CARRASCO MAESTRE
Vocales: FLORENCIO PEREZ MARTINEZ
JAVIER GOMEZ ENGUIDANOS
ANTONIO CREMADES ROMERO
JOAQUIN MAESTRE NAVARRO
VICENTE JUAN ESTEVE

COMPARSA DE MOROS HUESTES DEL CADI

Presidente: ANTONIO BARCELO MARCO
Vicepresidente: JOSE M. LOPEZ ALCARAZ
Secretario Admón.: FRANCISCO JUSTAMANTE GRAN
Secretario de Actas: MANUEL AMAT YAGO
Vocales de la
Junta Central: ANTONIO CASTELLANO ARIAS
RAMON ALBERO GONZALEZ
Vocales de Guerrilla
y Alardo: FRANCISCO MOLLA CALVO
FRANCISCO JOVER ALFAZ
Vocales: MARILU RUZAFÁ VIDAL
SALVADOR GARCIA CUENCA
FRANCISCO SOGORB GOMEZ
PILAR BARCELO RODRIGUEZ
JOSE LUIS AMAT VERA
ANTONIO CANTO BUSQUIER
MARI ANGELES VERA